

# SIMON CRITCHLEY

## EN QUÉ PENSAMOS CUANDO PENSAMOS EN FÚTBOL

TRADUCCIÓN DE MILO J. KRMPOTIĆ

sexto piso realidades



**En qué pensamos cuando pensamos en fútbol**

# En qué pensamos cuando pensamos en fútbol

SIMON CRITCHLEY

TRADUCCIÓN DE MILO J. KRMPOTIĆ



sextopiso

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*What We Think About When We Think About Football*

Copyright © 2017 SIMON CRITCHLEY  
Publicado originalmente por PROFILE BOOKS,  
Gran Bretaña, 2017

Primera edición: 2018

Traducción  
© MILO J. KRMPOTIĆ

Imagen de portada  
© STEVE POWELL

Copyright © Editorial Sexto Piso, S. A. de C. V., 2017  
París 35–A  
Colonia del Carmen, Coyoacán  
04100, México D. F., México

Sexto Piso España, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España

[www.sexto piso.com](http://www.sexto piso.com)

Diseño  
Estudio Joaquín Gallego

Conversión a libro electrónico  
Newcomlab S.L.L.

ISBN: 978-84-16358-86-1



## Índice

Portada

SOCIALISMO

ÉXTASIS SENSORIAL

PARA DESUBJETIVIZAR EL FÚTBOL

¿QUÉ SE SIENTE AL SER UN BALÓN?

REPETICIÓN SIN PUNTO DE PARTIDA

EL TEATRO DE LA IDENTIDAD Y LA NO IDENTIDAD

LA MÚSICA DEBE RESONAR

TEORÍA Y PRAXIS

LA ESTUPIDEZ

LA INTELIGENCIA

ZIZOU

NOSTALGIA POR EL ENTRENADOR

EL TIEMPO DE KLOPP

LA HISTORICIDAD DEL FÚTBOL

LA RECUPERACIÓN

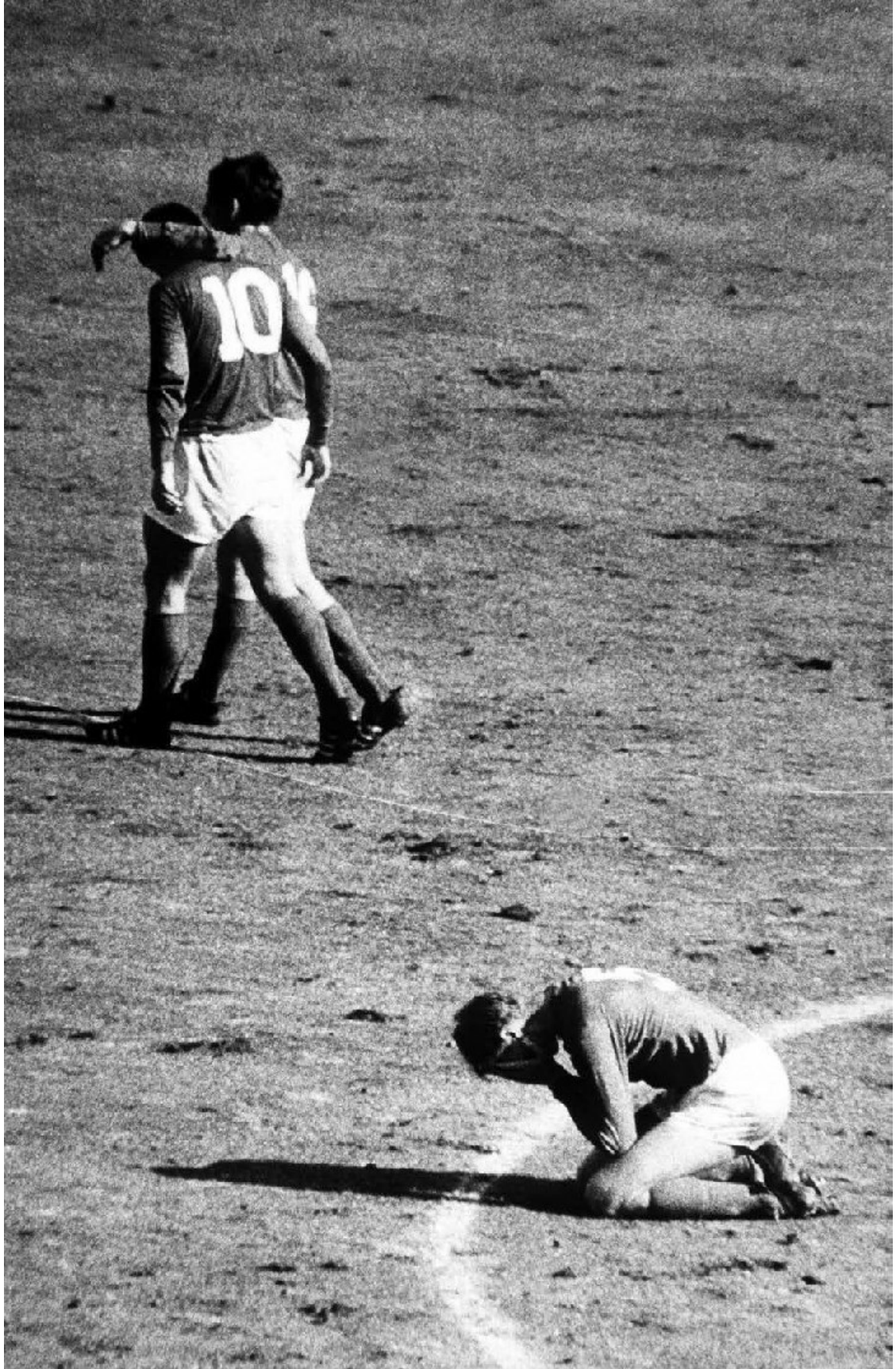
REPULSIÓN

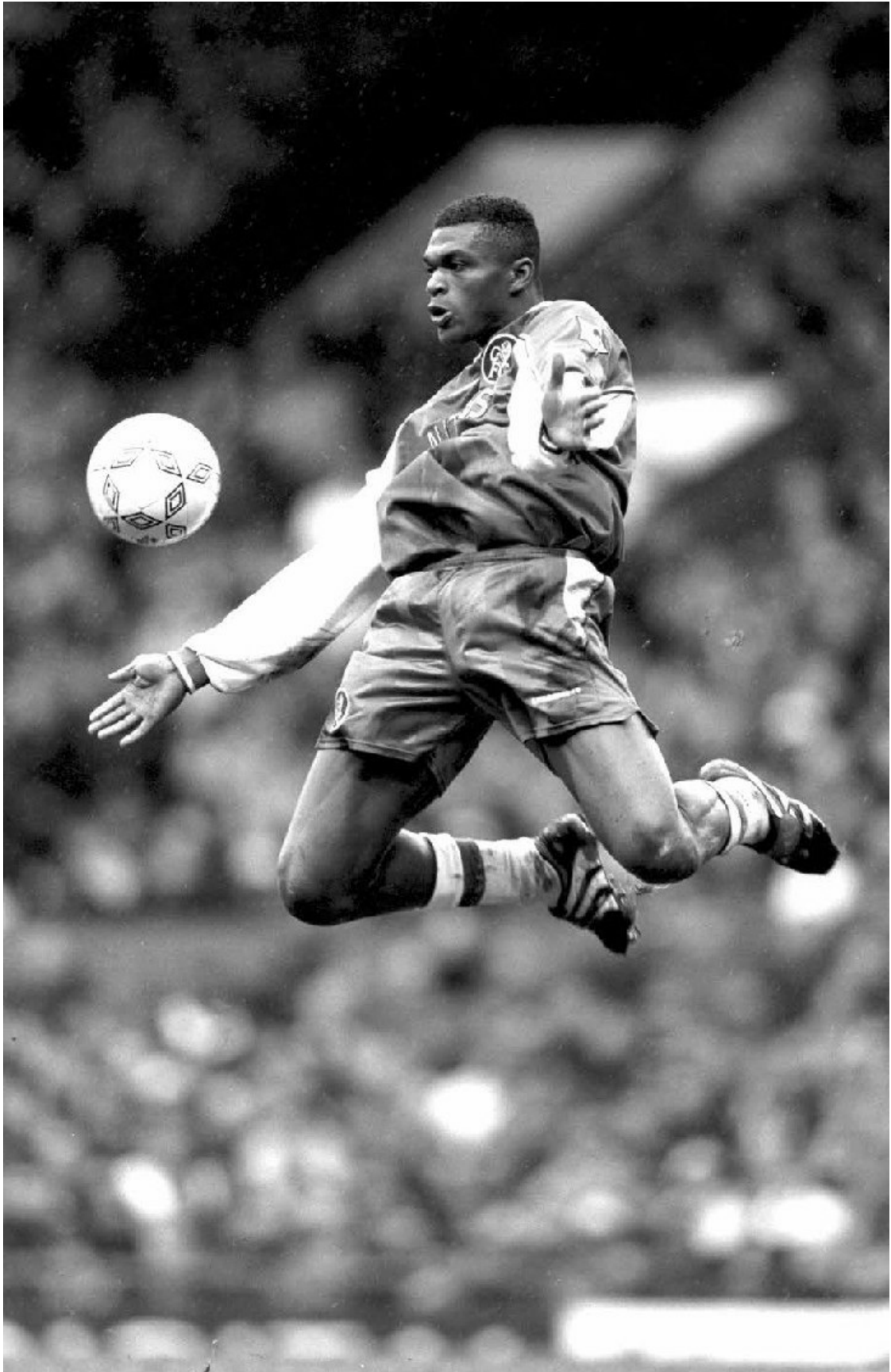
BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

AGRADECIMIENTOS

NOTAS





Compadezco al niño y a la niña, al hombre y a la mujer que jamás han oído las voces de esa misteriosa vida sensorial, con toda su irracionalidad – si así queréis que se diga–, mas también con su vigilancia y con su felicidad suprema. Las fiestas de la vida son las funciones de ella cubiertas con aquella especie de mágico encanto que no puede ser descrito.\*

WILLIAM JAMES, *Una singular  
ceguera de los seres humanos*







## SOCIALISMO

¿En qué pensamos cuando pensamos en fútbol? El fútbol tiene que ver con tantas cuestiones, y estas cuestiones resultan a la vez tan complejas, contradictorias y conflictivas...: la memoria, la historia, el territorio, la clase social, el género en toda su problemática de variantes (especialmente la masculinidad, pero también cada vez más la feminidad), la identidad familiar, la identidad tribal, la identidad nacional, la naturaleza grupal –tanto en lo que respecta a los grupos de jugadores como a los grupos de seguidores– y la relación, a menudo violenta pero en ocasiones pacífica y discretamente admirativa, que se establece entre nuestro propio grupo y otros grupos.

El fútbol, evidentemente, es un juego de estrategia. Requiere disciplina y requiere de un entrenamiento constante a fin de que los jugadores se mantengan en un buen estado físico, pero –lo que resulta más importante aún– también para que el equipo alcance y mantenga una estructura. Ese equipo es una cuadrícula, una figuración dinámica, una matriz de nódulos en movimiento, en cambio constante, pero que a la vez se esfuerzan por perpetuarse en un mismo estado, por retener su forma. Cada equipo es una estructura móvil y cambiante que se ve enfrentada a otra estructura, la del equipo rival. El propósito de la estructura de un equipo –más allá de la posesión, más allá de que se realice un juego ofensivo o defensivo– consiste en ocupar y controlar el espacio. La manera en que un equipo controla el espacio presenta una analogía evidente con lo que representaría el control policial o la militarización de ese espacio, tanto en términos de ataque como de retirada, de ocupación como de asedio. Un equipo de fútbol debería organizarse al modo de un pequeño ejército: una fuerza compacta, unificada, móvil y cualificada bajo una cadena de mando clara. Como muchos han comentado antes, el fútbol es la continuación de la guerra por otros medios, pero los medios del fútbol son claramente belicosos: tienen que ver con la victoria (y, a veces, con una derrota heroica).<sup>1</sup>

Tal y como dijo Bill Shankly –mi héroe de infancia y el legendario entrenador del Liverpool Football Club entre los años 1959 y 1974–, el fútbol es un juego sencillo: se trata de controlar el balón y de pasarlo, controlarlo y

pasarlo, una y otra vez. Cuando el control y el pase se combinan con el movimiento y la velocidad, en un contexto donde, tras cada pase, el jugador con el balón disponga de dos o tres opciones para un nuevo pase, al final el equipo al que pertenece acabará marcando. Y el equipo que marque más goles ganará. Es tan fácil como eso.

A diferencia de otros deportes como el golf y el tenis, o incluso como el béisbol, el críquet y el baloncesto, el fútbol no se basa en las individualidades. Aunque no quepa duda de que cuenta con un régimen de estrellato basado en la fama, donde ciertos jugadores reclaman y cultivan sumas cada vez mayores de autonomía financiera, el fútbol no tiene que ver con la consideración de los jugadores uno por uno, por muy dotados que éstos estén. El fútbol tiene que ver con el equipo. Es esencialmente colaborativo. Se basa en el movimiento entre unos elementos que juegan en conjunto, que juegan con y para cada uno de ellos, y que conforman la red móvil y espacial del equipo. Ahora bien, un equipo puede estar compuesto por jugadores de auténtico talento, como es el caso del Barcelona, o por individuos menos dotados que funcionan juntos como un grupo cohesionado, como una unidad efectiva en su autoorganización donde cada miembro conoce a la perfección el papel que debe desempeñar en la constitución general del colectivo. Pienso en equipos como el del Leicester City de la Premier League inglesa durante la temporada 2015-16 (que realmente le devolvió el fútbol a los hinchas), el de Costa Rica durante el Mundial de 2014 o el de Islandia durante el Europeo de 2016. En los equipos de esas características, el todo es claramente superior a la suma de las partes.



No fue ningún accidente que, en su intento por reflexionar acerca de la naturaleza organizativa, Jean-Paul Sartre se fijara en el fútbol.<sup>2</sup> La acción o actividad libre –aquello que Sartre denomina *praxis*– del jugador individual se subordina al equipo, se integra en él a la vez que lo trasciende, de modo que la acción colectiva del grupo ampara el refinamiento de la acción individual a través de su inmersión en la estructura organizativa del equipo. En todo equipo organizado se establece una dialéctica ininterrumpida entre la actividad colectiva y asociativa del grupo y las acciones individuales de apoyo que florecen entre unos jugadores cuya existencia se administra únicamente a través del grupo. Lo que atrae una y otra vez la atención de Sartre es el modo en que la estructura moldea las relaciones entre la acción individual y la colectiva dentro de esa forma dinámica y en cambio constante que es el equipo de fútbol. Los movimientos individuales de cada jugador se encuentran predeterminados por su función –ser un buen portero, ser un central decente, ser un medio de contención correcto o lo que sea–, pero esas funciones individuales hallan altura y trascendencia en la práctica creativa y colaborativa del equipo que juega bien como conjunto. Cuando un equipo no juega bien como conjunto, la acción colectiva se colapsa en sus partes individuales y atomizadas, y todo se viene abajo. Los jugadores se echan la culpa los unos a los otros, y los hinchas la toman con los jugadores individualmente. Ésta es una estructura deficiente en todos los sentidos.

La naturaleza esencialmente colaborativa del fútbol abarca también los patrones de sociabilidad que se establecen entre los jugadores, así como el contraste entre el equipo cuyos miembros juegan los unos para los otros y el equipo donde cada miembro juega para sí mismo –la dialéctica que se establecería entre Lionel Messi y Cristiano Ronaldo, si se quiere–. Para que nos entendamos, me refiero a la sociabilidad *formal* del equipo como unidad funcional, como cuadrícula efectiva en su interactividad. Si un equipo juega bien en el campo, es posible que sus miembros se lleven bastante bien fuera del mismo. Pero no resulta imprescindible. Aparentemente, algunos de los jugadores de la selección francesa campeona del mundo en 1998 no se dirigían la palabra fuera del estadio y, al parecer, el gran Eric Cantona tampoco era tan sociable cuando él solito definió el estilo con el que el Manchester United dominaría la Premier League inglesa durante la década de los noventa. Además, dado el creciente multilingüismo y la variedad cultural

que caracterizan la extracción de los jugadores (por no hablar de la increíble juventud de muchos de ellos), me pregunto de qué hablarán y qué tendrán verdaderamente en común. Lo que de veras importa es el formalismo del lenguaje futbolístico común a todos ellos, el que hablan cuando juegan juntos.

Estos patrones de sociabilidad encuentran tanto una resonancia como una fuente de energía en la vida colectiva de los hinchas (y son los hinchas quienes en realidad me interesan, pero ya volveremos sobre este tema). La sociabilidad se extiende hasta el nombre mismo del deporte sobre el que estamos hablando: Fútbol Asociado, que en Estados Unidos abreviaron en la forma de *soccer*, aunque en el Reino Unido el fútbol se denominara comúnmente *soccer* hasta la década de los 1970, cuando el término pasó a ser malinterpretado como un americanismo. El fútbol es el movimiento del *socius*, la libre asociación de los seres humanos, tal y como dijo Marx en *El capital* (aunque, lamentablemente, no se refiriera con ello al fútbol).<sup>3</sup> La razón por la que el fútbol resulta tan importante para tantos de nosotros apunta precisamente a la experiencia asociativa que constituye su núcleo, y al vívido sentido de comunidad que proporciona. Forzando un poco la cosa y reconociendo que me la juego con esta comparación, podríamos decir que la forma política más apropiada para el fútbol es la del *socialismo*. La libertad no es algo que se experimente alejado de los demás, sino que es resultado únicamente de la asociación, donde el acto colectivo integra a la vez que realza la acción individual. Por citar de nuevo a Bill Shankly –aunque también expresaron sentimientos similares Sócrates, leyenda del fútbol brasileño; Paul Breitner, integrante marxista de la selección de la República Federal de Alemania que ganó la Copa del Mundo de 1974; o Javier Zanetti, excapitán del combinado argentino–: «El socialismo en el que creo no tiene que ver con la política. Es una forma de vida. Es una forma de ser humano. Considero que la única manera de vivir y de alcanzar un éxito verdadero es a través del esfuerzo colectivo, donde todos trabajan para el resto, donde todos se ayudan entre sí y donde, al final del día, todos disfrutan de su parte de la recompensa». Brian Clough, una presencia habitual entre los piquetes de la huelga minera que tuvo lugar en Inglaterra durante los años ochenta, dijo lo siguiente: «Para mí, el socialismo surge del corazón. No veo por qué ciertos sectores de la comunidad deberían tener la franquicia del champán y las mansiones». Y, como señaló Barney Ronay: «La mayor parte de los clubs de

la Premiership tienen sus raíces en la iglesia o en el pub de la localidad... Son una refutación viviente a la noción thatcherista de que no existe algo así como una sociedad». <sup>4</sup>

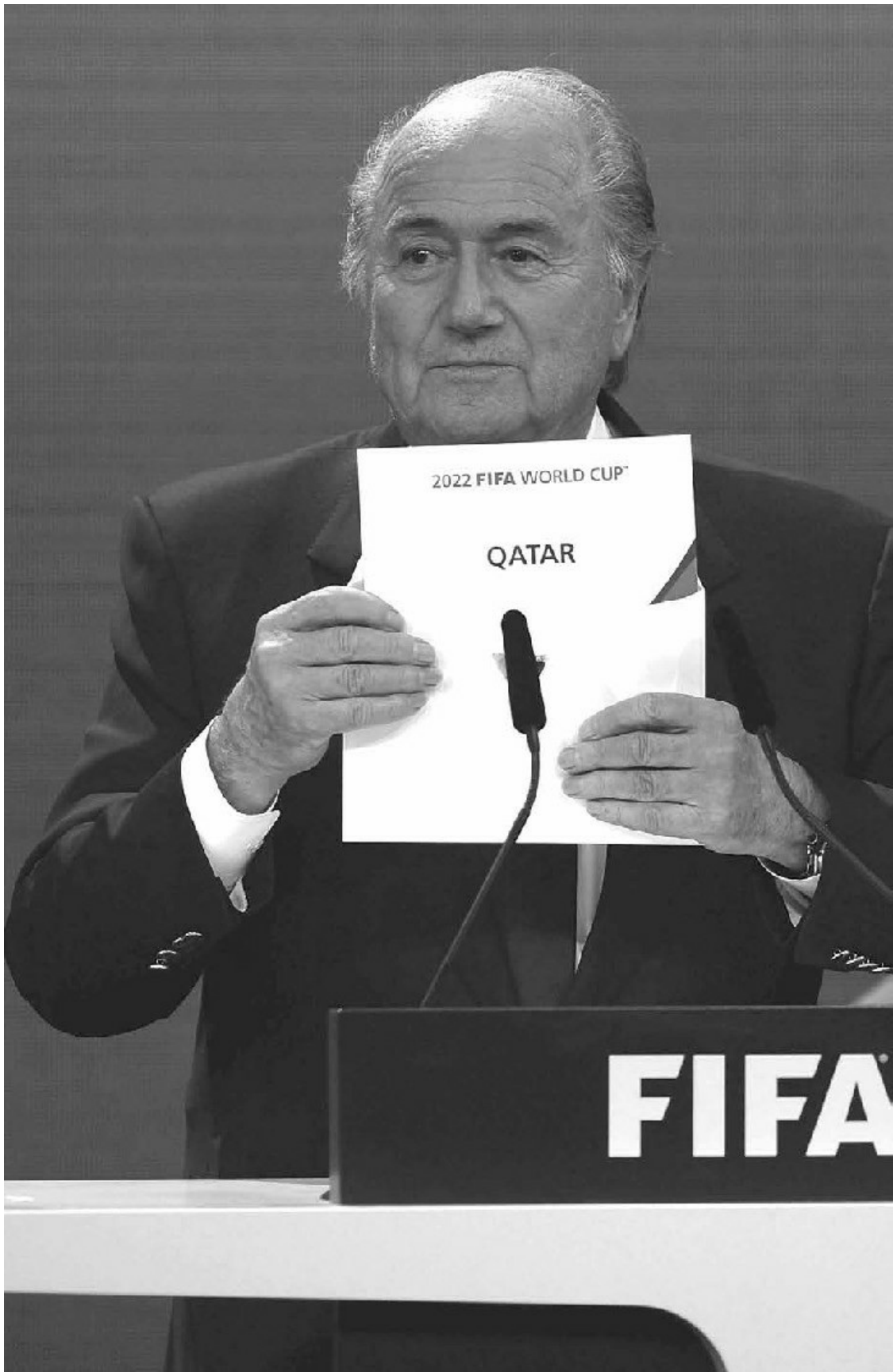




Por supuesto, estos sentimientos tan socialistas parecen ridículos –o, de hecho, positivamente risibles– si pensamos en el sumidero de corrupción autocrática que es la FIFA, el órgano que controla el fútbol desde la comodidad burguesa de su sede de Zúrich. Pero ese sentimentalismo también parece cómico a causa de la masiva y cada vez mayor influencia del dinero en el fútbol, donde los jugadores son alentados –o, en muchos casos, obligados– por la codicia de sus agentes a actuar como mercenarios; donde los clubs se convierten en juguetes de los millonarios y de los poderosos, y donde la devoción de los hinchas se ve vorazmente monetizada y su lealtad se da por sentada en todas las situaciones que quepa concebir. Y aquí radica, posiblemente, la contradicción más básica y profunda del fútbol: en la forma es asociación, socialismo, sociabilidad y acción colectiva, tanto por parte de los jugadores como de los hinchas, pero su sustrato material es el dinero, un dinero sucio, a menudo procedente de fuentes altamente cuestionables e infraexaminadas. El fútbol está completamente mercantilizado, saturado por los mecenas y por la cultura de marca más estúpida y vulgar (véanse los interminables anuncios de la Champions League –Heineken en Estados Unidos, Gazprom en Rusia, etcétera– y la omnipresencia de los patrocinadores del Mundial de la FIFA, como McDonalds o Budweiser). Se trata de un espectáculo vendido al mercadeo y a veces insoportable, propio del período del capitalismo (tardío, realmente tardío, de última hora o, incluso, del fin del mundo) al que estamos intentando sobrevivir ahora mismo. Puede ser algo horroroso. Y, aun así, insisto en que el fútbol no es sólo eso, sino mucho más. Por citar de nuevo a Cruyff: «¿Por qué razón no se podría ganar a un club más rico? Jamás he visto a una saca de dinero marcando un gol». Quizá aquello que nos une, como espectadores y amantes de este juego, sea la verdad y la falsedad que se presentan de manera simultánea en esas palabras del holandés.

Por un lado, hace falta una crítica enérgica y rigurosa de la estructura corporativa, transnacional y corrupta del fútbol. Esto se podría lograr a través de un análisis marxista de los flujos de capital y de la iniquidad que existe en la propiedad de los medios de producción balompédicos, o a través de un análisis de las relaciones de poder en el fútbol que siguiera el espíritu de alguien como Michel Foucault. Esa crítica no debería rehuir la conexión intrínseca que hay entre fútbol y violencia, entre fútbol y guerra, entre fútbol

y colonialismo, entre fútbol y racismo, y entre el fútbol y las formas más retrógradas y atávicas del nacionalismo (como demuestran los feos encontronazos entre hinchas ingleses y rusos que se produjeron durante la Eurocopa de Francia de 2016, aunque los ejemplos son legión). Dicha crítica es del todo urgente, en especial dada la muy deprimente perspectiva que ofrecen los dos próximos Mundiales, el de Rusia 2018 y el de Catar 2022, cuyas designaciones fueron claramente resultado de la corrupción sistémica que existe en la FIFA.



Pero, por otro lado, el fútbol también requiere de una poética, ya más centrada en su forma, que intente evocar su belleza, intensa y profundamente conmovedora. Como dice el entrenador argentino Marcelo Bielsa (para algunos, como el entrenador del Tottenham Hotspur, Mauricio Pochettino, una fuente de inspiración, y para otros un genio loco), la esencia del fútbol es el gesto al servicio de la belleza.<sup>5</sup> Porque hay belleza en él: la de los jugadores; la de la intersección entre el exuberante verde del césped y la nitidez geométrica de las líneas blancas; la de los movimientos en cambio constante, interconectados y entrelazados, que definen cuadrículas dinámicas y formaciones nodales sobre el terreno de juego; y la de las pancartas y banderas que hacen ondear los hinchas, amén del sonido, la fuerza y el ritmo de sus cánticos. Y también hay *gracia*, una cadencia y una elegancia espontáneas y, a veces, involuntarias. Pienso, es evidente, en jugadores como Zinedine Zidane, especialmente tal y como se le muestra en la maravillosa película que realizaron Philippe Parreno y Douglas Gordon en 2006; también, en el porte y la movilidad extraordinarios de los Roberto Baggio, Paolo Maldini, Thierry Henry, Andrea Pirlo o Andrés Iniesta. Pero pienso también en la sencilla gracia con que se puede mover un equipo entero como, por ejemplo, el de Alemania durante la primera mitad de su *Destruktion* de Brasil por 7-1 durante la Copa del Mundo de 2014. Lo más impresionante de este último caso fue la simplicidad del juego germano: control y pase, control y pase, movimiento al espacio, recepción del balón, disparo, gol.

El fútbol a menudo ha sido descrito como el juego bello, pero sin ahondar demasiado en esa idea. ¿Por qué es bello y en qué consiste esa belleza? En este libro me serviré del método que los filósofos denominan «fenomenología» para intentar ofrecer algún tipo de respuesta a esas preguntas. La fenomenología es una tradición filosófica que se inicia a principios del siglo XX con los escritos de Husserl, y que halla su definitiva elaboración existencialista con los trabajos de Heidegger, Sartre y Merleau-Ponty. Es muy simple: la fenomenología es la descripción de lo que se presenta ante nosotros en la vida cotidiana. Es un intento de trasladar al terreno del pensamiento aquello que pasamos por alto en nuestras existencias esenciales y felizmente irreflexivas. Es un intento de explicitar el apartado implícito de nuestra experiencia. Es por ello que Merleau-Ponty describe la fenomenología como una forma de aprender a ver el mundo de nuevo. El

planteamiento fenomenológico nos conducirá hacia una poética del tiempo, del espacio, del drama y de los elementos de aquello que William James llama «esa misteriosa vida sensorial», todo lo cual conforma la diversidad de la experiencia futbolística. Tengo la esperanza de que este enfoque permita al lector apreciar la belleza del fútbol desde una mirada ligeramente diferente.





¿Cómo debemos gestionar la contradicción entre la necesidad de una crítica y la posibilidad de una poética? ¿Se puede solucionar el conflicto entre el carácter asociativo y socialista de la forma futbolística y el capitalismo rampante de su contenido? Llegados a este punto, podría pecar de cobarde y decir algo así como «tal cometido se encuentra más allá de las capacidades de esta obra». Pero eso sería demasiado fácil. En cambio, pienso que tales contradicciones deberían permanecer abiertas, menos como dialéctica irreconciliable que a modo de una especie de herida sin cicatrizar que no dejamos de rascarnos al inicio de cada partido, de cada torneo, de cada temporada. El fútbol es un juego que nos subyuga y deleita en la misma medida en que nos repele y exaspera. El deleite y la repulsión son reacciones igualmente justificadas y se alternan con regularidad en todos los partidos que vemos. He pretendido dirigir el foco principal de este libro hacia el deleite, hacia la poética del fútbol, hacia la fenomenología del juego bello.

Para que nos entendamos, no he intentado aquí escribir una «filosofía del fútbol» en el sentido de confeccionar una serie de axiomas, categorías o principios –y mucho menos un sistema– que puedan derivarse de la observación del juego.<sup>6</sup> Por el contrario, la tradición filosófica a la que me siento más cercano –la fenomenología– intenta hacer exactamente lo opuesto: acercarse todo lo posible al grano, a la textura, a la matriz existencial de la experiencia tal y como nos viene dada, y permitir que las palabras presten resonancia a esa experiencia de manera que nos permitan verla bajo una nueva luz, con un aspecto diferente. Se solía pensar que el fútbol apenas era merecedor de un acercamiento filosófico por tratarse de una actividad menor, popular, ciertamente cotidiana y vulgar (recuerdo que, en 1988, cuando estaba terminando mi tesis de doctorado, tuvieron que refrenarme para que no se la dedicara a Kenny Dalglish, legendario jugador del Liverpool). No obstante, las cosas han cambiado y, a lo largo de los últimos veinticinco años más o menos, el fútbol se ha consolidado como sujeto legítimo de la literatura más seria. Pienso aquí en las obras de Eduardo Galeano, David Goldblatt, Paul Simpson, Uli Hesse, Simon Kuper, Jonathan Wilson, Barney Ronay, Barry Glendinning y tantos otros; trabajos que he leído, que respeto

enormemente y de los que he aprendido muchísimo. Si llevara sombrero, me lo quitaría para saludarlos colectivamente.

Para mi sorpresa y satisfacción, mientras escribía este libro descubrí que muchas de las cuestiones que considero filo- sóficamente ciertas –referentes a asuntos tan genéricos como el espacio, el tiempo, la pasión, la razón, la estética, la moral y la política– resultaban aún más ciertas en su aplicación futbolística. De hecho, es posible que dichas cuestiones tan sólo sean ciertas en esa aplicación futbolística. Por supuesto, esto implicaría que o bien la filosofía puede verse reducida a una disciplina deportiva que muchos considerarían banal, o bien que el fútbol nos ofrece un acceso privilegiado a un conocimiento permanente sobre lo que significa ser humano en este mundo. Espero poder persuadir al lector de que esta última es la opción buena.

He sido un apasionado del fútbol durante toda mi vida. De hecho, es una de las escasas afirmaciones que otorgan un carácter unitario a esa vida y que la vinculan con las vidas de otras personas, algunas de ellas muy cercanas a mí, como mi padre y mi hijo, y otras bastante más alejadas (aunque uno de los aspectos más extraordinarios del fútbol apunta a la manera en que te lleva a conocer gente constantemente, y a establecer incluso amistades futbolísticas más profundas y duraderas). A través de estas páginas pretendo prestar sentido a esa pasión del único modo que conozco: a través de textos y conceptos filosóficos que parecen, por lo menos en mi imaginación, encontrar un alto nivel de resonancia en la experiencia futbolística.



También debería confesar que no he escrito este libro desde una perspectiva neutral. Mi único compromiso religioso es para con el Liverpool Football Club. Mi familia entera proviene de Liverpool y, aunque hubo una rama de hinchas del Everton por el lado materno, el Liverpool ha predominado siempre. Fui criado en una devoción fanática hacia el Liverpool y en la creencia no sólo de que mi equipo es muy bueno, sino de que sus seguidores son especiales y la cultura que lo rodea, única. Considero que no tiene sentido ocultar mi compromiso porque la lealtad a un equipo, a una identidad, a un territorio y a una historia constituye buena parte de la experiencia futbolística y sobre eso tratan estas páginas. Me declaro culpable, pues, de ser un supremacista de Anfield. Y soy consciente de lo irritante que esto puede resultarle a la hinchada de otros equipos, ya que los incondicionales del Liverpool parecen estar siempre muy pagados de sí mismos, convencidos como se encuentran de que todo lo que les ha pasado, les pasó antes / mejor / con mayor intensidad / con mayor profundidad que a cualquier otro. Obviamente, se trata de una actitud del todo ilusoria y empíricamente errónea. Cuando la devoción degenera en dogmatismo o se traslada hacia la violencia verbal e incluso física, no puede decirse simplemente que se haya torcido algo. Es más bien que se ha extraviado el sentido básico del fútbol. Tal y como yo lo veo, e intentaré demostrarlo así, hay una racionalidad inherente al fútbol que permite mantener un compromiso apasionado hacia el equipo propio y, a la vez, tolerar, comprender e incluso apoyar que se anime sentidamente a los equipos ajenos. En ese punto, cuando los hinchas de dos equipos rivales se encuentran, se establece una discusión de ida y vuelta, a menudo de lo más interesante, en la que ambos cuentan con sus razones y con sus pruebas. El fútbol es una disputa y el objetivo de este libro no consiste en resolverla, sino en describirla y seguir alentándola.

## ÉXTASIS SENSORIAL

Quiero comenzar abordando la idea de la poética del fútbol. Es una línea de pensamiento que he tomado prestada del escritor y artista belga Jean-Philippe Toussaint. En 2006, Toussaint publicó un breve y lírico panfleto que llevaba por título *La melancolía de Zidane*, y en 2015 apareció un pequeño compendio de sus piezas dedicadas a la Copa del Mundo.<sup>7</sup> La cautivadora idea de ese texto es que, en su mutis último del escenario futbolístico, durante la final del Mundial del 9 de julio de 2006, Zidane quedó marcado menos por la tarjeta roja que le mostró el árbitro que por la tarjeta negra de la melancolía. En cualquier caso, considero que el acercamiento general de Toussaint al fútbol resulta decepcionante, falto de detalles y, de alguna manera, *démodé*. La traducción al inglés del *Football* de Toussaint fue brutalmente masacrada por Simon Kuper, quien afirmó que se trata de uno de los peores libros de fútbol jamás publicados, al nivel del *My Defence* de Ashley Cole.<sup>8</sup> Si tenemos en cuenta la cantidad de libros terribles que se le han dedicado al fútbol, en especial todas esas autobiografías de jugadores escritas por negros literarios, se trata de una hazaña notable. Argumenta Kuper, y estoy de acuerdo con él, que aquello que defiende Toussaint –que el fútbol merece ser tomado en serio por la intelectualidad– es algo que ya ha demostrado plenamente el aumento de textos cada vez más articulados y detallados acerca del mundo del fútbol, por lo menos desde la aparición de *Fiebre en las gradas* de Nick Hornby en 1992. Toussaint parece ignorar por completo esa evolución. Pienso en publicaciones como *FourFourTwo*, *When Saturday Comes* y, más recientemente, la estupenda *The Blizzard*, que están repletas de fascinantes reflexiones conceptuales e históricas sobre la naturaleza del fútbol, además de proporcionar un inmenso archivo sobre la sociología más profunda del juego y su cultura.<sup>9</sup> Pero Toussaint se esfuerza por articular, y creo que hasta cierto punto lo consigue, un problema básico a la hora de pensar el fútbol: la naturaleza del tiempo. Intentaré explicarme.









Con el fútbol se despliega una dimensión especial de la experiencia temporal. La mejor manera de percibirla se da mientras vemos un encuentro en directo. Al hacerlo quedamos atrapados, nos encerramos por completo en un presente marcado por el suspense. Nos suspendemos en el tiempo presente del partido mirando cómo se mueven los jugadores y el balón, mirando lo que sucede con la pelota, mirando al árbitro, mirando al público. En cada instante de ese presente, el futuro está abierto y es incierto. Podría pasar cualquier cosa, por más que a menudo, y de forma insistente, no sea así. Como espectadores nos involucramos en el partido, nos tornamos sujetos embelesados, vigilantes y, por usar un término al que regresaré más adelante, *pensativos*; ejercemos una atención intensa y muy especial. Observamos el momento y esperamos ese momento entre momentos en el que ocurra algo extraordinario: la súbita aceleración tras un saque de banda, un intercambio rápido de pases, el defensa que resbala, el atacante que se escora hacia la derecha, se crea un espacio, se produce un disparo y llega el gol. En algún punto del estadio lanzan una bengala. El humo de color rojo se dispersa entre las cabezas de unos hinchas que celebran el tanto salvajes y jubilosos. La gente –gente formal, adulta, inteligente, considerada, algunos de ellos con carreras universitarias y entrados ya en la mediana edad, a veces mayores incluso– se da besos, choca los cinco y se abraza entusiasmada.

Durante ese momento entre momentos, de algún modo, nos vemos elevados, transformados. Intentamos recuperar el aliento. «Está pasando», susurramos para nosotros mismos. Nos encontramos en una de las fiestas de la vida, tal y como lo denomina James; algo parecido a un hechizo que nos arranca de lo cotidiano y nos traslada a un estado de euforia, fugaz y compartido, un sensorio sutilmente transfigurado. Eso es lo que yo llamo el éxtasis sensorial.

Hay quien considera que el fútbol es aburrido –debería añadir que muchas de esas personas son norteamericanas–.

Se trata de un error. Los aburridos son quienes piensan así. En realidad, el fútbol es un deporte que obliga a meditar, a pensar más que otros. El fútbol es una experiencia de sumisión al flujo del juego. Gianni Brera, el gran escritor del *calcio* italiano, consideraba que el partido ideal debía acabar con un 0-0, pues los dos equipos habrían disputado una especie de partida de ajedrez, anulándose entre sí, alcanzando el equilibrio perfecto y la armonía estética.

En efecto, teniendo en cuenta sobre todo la obsesión de los medios con el gol, repetido incesantemente a cámara lenta y desde numerosos ángulos, hay que reivindicar el arte del fútbol defensivo. Quizá sea porque como jugador yo mismo fui defensa, pero siempre he hallado una extraña belleza al ver cómo un equipo inhabilita por completo al otro. Tachar de «negativo» ese tipo de fútbol implica perderse el gozo dialéctico de la negación y las sutilezas del *catenaccio* o cerrojazo italiano, donde se suprime por completo al rival. Pensemos en la fuerza y en la inteligencia espacial de Barzagli-Bonucci-Chiellini, la BBC de la Juventus, esa envejecida zaga cuya asociación ha dado lugar a la mejor defensa del mundo futbolístico contemporáneo. La tradición italiana del fútbol defensivo es bien conocida, y me lleva a recordar el período de hegemonía de jugadores como Baresi y Maldini, que pasaron toda su carrera en las filas del Milan. Así es, la belleza de un buen equipo reside en el hecho de que todo su peso descansa sobre una defensa sólida y consistente, basada en un entendimiento profundo entre sus componentes que puede tardar años en desarrollarse por completo.

Como dice el perturbado y muy perturbador Joseph Bloch, excancerbero protagonista de la inolvidable novela de Peter Handke *El miedo del portero al penalti*: «Un buen juego se desarrolla con mucha tranquilidad».<sup>10</sup> El ritmo del fútbol no es como el *staccato* del béisbol o del tiro al plato, sino que se acerca más al *legato*, donde el tiempo fluye de manera regular, incipiente y sutil. El fútbol también presenta alteraciones en la experiencia temporal, cambios en la intensidad de esa experiencia que coinciden con el momento entre momentos, donde el tiempo se revela maleable, plástico y elástico.



Esto también se puede aplicar al espacio. En el fútbol hay que saber interpretar el espacio. Al delantero alemán Thomas Müller, notable exponente de ese «falso 9» cuya principal función táctica consiste en merodear por el área rival, se lo conoce como «der Raumdeuter», «el intérprete de espacios», o incluso «el investigador del espacio». En otras palabras, el espacio de juego en el fútbol es también un juego de espacios. Steven Connor apunta eso mismo en su excelente libro *A Philosophy of Sport*, cuyo uso de lo que él denomina «fenomenología cultural» se acerca mucho a lo que intento hacer en estas páginas, si bien él lo aplica a todos los deportes y no sólo al fútbol.<sup>11</sup> Connor toma prestadas las observaciones que Merleau-Ponty hizo en *La estructura del comportamiento* acerca de las líneas de cal para demostrar que el terreno de juego siempre es más que un mero objeto. En su lugar, el espacio de juego ampara un juego de espacios que incluye, según Merleau-Ponty, «las intenciones corporales de los jugadores, tal como esas intenciones se ven impregnadas y orientadas por el espacio en el que han de representarse».<sup>12</sup> Las líneas del campo de fútbol reclaman un mecanismo de actuación concreto y determinado, «inician y conducen la acción como si el jugador desconociera su presencia». Las señales que delimitan el terreno son verdaderas líneas de fuerza que aportan un entorno que modelará la acción de los jugadores. No es correcto decir que la consciencia de los jugadores reside en ese entorno, como sería el caso de un adorno sobre un estante o de un cartón de leche dentro de la nevera. Antes bien, la consciencia no es más que el juego, la dialéctica que se establece entre el entorno y la acción. El carácter espacial del juego es, igual que el temporal, maleable, flexible y dúctil.

En ocasiones, el fútbol puede ser un poco como la obra *Esperando a Godot* de Beckett, donde nada sucede dos veces, en cada una de sus dos partes. Cuando veo al Liverpool o, peor incluso, uno de los esforzados partidos de Inglaterra durante una competición internacional importante, la cosa puede convertirse en un mal sueño lleno de ansiedad de noventa minutos de duración, en una de esas pesadillas recurrentes y en apariencia interminables de las que uno intenta despertar sin conseguirlo. Es horrible. Pero el fútbol también puede ser otra cosa, algo diferente a todo lo demás. Toussaint sugiere, desde un cierto gesto libertino muy propio de los belgas, que quizá la analogía más cercana a la intensidad de la experiencia futbolística sea el acto

sexual. Como les gusta decir a los filósofos, ésta es una cuestión empírica que dejaré en manos de los lectores para que ellos la resuelvan por sí solos.

Así que estamos inmersos en el momento, viendo el partido, rendidos por completo al presente, aguardando el momento entre momentos, ante un futuro abierto e incierto. Pero en ese instante el pasado se borra, se va borrando continuamente, como la memoria de un pez dorado. El pasado de un partido se olvida con rapidez y a veces cuesta recordarlo. Es por ese motivo que ver un partido grabado resulta tan diferente. Claro, el resumen de las mejores jugadas puede resultar divertido para los hinchas (a menos que tu equipo haya sufrido una paliza), para los entrenadores (es una tarea importante) y para los comentaristas (una labor bastante menos importante). El parecer de Toussaint, representado por una distinción del fenomenólogo Husserl, es que el carácter poco memorable del fútbol puede reactivarse a través de las palabras, que impiden que se hunda y sedimente en un pasado olvidado con rapidez. Siempre y cuando sean cercanas al asunto en cuestión, las palabras de la poesía o de la literatura pueden rozar la experiencia futbolística, «captar sus movimientos, acariciar sus colores, arrullar sus encantos, lisonjear su hechizo». Toussaint define esa poética del fútbol como «apotrpaica»; concretamente, por el tipo de magia que mantiene a raya a los malos espíritus del olvido absoluto y la mala suerte.

Quizá esa necesidad de magia explique también por qué el fútbol es un deporte tan supersticioso y por qué jugadores e hinchas se aferran por igual a tantas idiosincrasias peculiares. En mi caso, tengo la convicción de que, si no veo la retransmisión, el Liverpool perderá el partido de turno. De algún modo necesitan que yo esté ahí, mirando atenta y ansiosamente desde Brooklyn. El portugués Eusebio solía jugar con una moneda de la suerte metida en la bota. Nils Liedholm, jugador sueco del AC Milan, acudía a un hechicero personal llamado Mario Maggi. El delantero rumano Adrian Mutu se ponía hojas de albahaca en las medias. Los días de partido, Cristiano Ronaldo deja sus botas al pie de un busto de su padre. Laurent Blanc, capitán de Francia, se pasó el Mundial de 1998 dándole besos en la calva al portero Fabien Barthez. Algo menos conocido es el hecho de que el equipo francés escuchaba el «I Will Survive» de Gloria Gaynor antes de cada encuentro, lo cual evoca una imagen bastante extraña del vestuario galo, con figuras imponentes como las de Lilian Thuram, Marcel Desailly o el propio Zizou rompiendo a cantar un tema que habla de tener miedo hasta el punto de quedarte petrificado.<sup>13</sup>



Para Toussaint, la experiencia futbolística puede ser evocada de manera casi mágica a través del poder de las palabras y en un formato lírico, que para él se halla íntimamente ligado a la rutina de las estaciones, el entorno, la melancolía, el paso del tiempo y los recuerdos de juventud. En su apartado más extremo, la idea de Toussaint es que las palabras que definen y preservan la relevancia de la experiencia futbolística pueden salvarnos de la muerte, en cuanto nos prestan un sentido de continuidad respecto al pasado y la posibilidad de una pervivencia póstuma en las palabras y las vidas de los hinchas del futuro.

Aunque pueda parecer abstracta, muchos de nosotros le encontramos un sentido intensamente personal a esta línea de pensamiento. En mi caso, mi padre fue seguidor del Liverpool durante toda su vida, y llegó a entrenar en Anfield a principios de los años cincuenta, hasta que una lesión de tobillo acabó con su carrera (por ello, desde entonces tuvo que calzar siempre botines Chelsea, pues le sujetaban mejor la articulación, si bien le daban un aspecto bastante elegante). Para ser sinceros, el fútbol fue probablemente el único tema sobre el que mi padre y yo conseguimos hablar desde la razón y la pasión compartida. Y mi reacción violenta primordial y patriarcal para con mi hijo Edward consistió en llenarle la habitación de parafernalia del Liverpool, para asegurarme de que no siguiera a ningún otro equipo (funcionó). Edward me recordó hace poco que, cuando tenía diez años, pidió por Navidad una camiseta del Arsenal, que en aquel momento era el mejor equipo de Inglaterra. Al parecer, ni siquiera le contesté y en su lugar le compré otra camiseta del Liverpool. Y para mí es un motivo de satisfacción casi perversa que Edward sea un hincha *red* mejor informado, más leal y mucho más desencantado que yo. Los seguidores de mi generación tuvimos la suerte de ver al Liverpool en toda su pompa, durante los años setenta y ochenta, cuando, como dijo Shankly, hubiera hecho falta un equipo procedente de Marte para derrotarnos. Diría que el cuarenta por ciento de las conversaciones que he mantenido con mi hijo a lo largo de los años, así como el ochenta por ciento de nuestra comunicación escrita, ha versado sobre el fútbol. No digo que esto sea lo correcto, como tampoco me siento especialmente orgulloso de ello; me limito a explicar lo que muchos de nosotros hacemos en lo referente al fútbol. Y, por supuesto, tengo la tácita esperanza de que, en caso de que mi hijo tenga hijos, éstos también sean hinchas del Liverpool. Hasta ahí, mis sueños de ultratumba.





Bueno, en realidad, no. Quiero confesar algo que nunca antes había revelado en público. Hará unos siete años fui a ver el derbi de Merseyside entre el Liverpool y el Everton con mi sobrino Daniel y mi hijo. Antes de que comenzara el partido, mientras hacía cola para comprarles algo de comida y bebida a los chicos, y una taza de Bovril bien cargado para mí, a unos cinco metros de mi posición, en una cola paralela, vi lo que me pareció el fantasma de mi padre. Quiero decir que era él. Tuve la seguridad de que lo era. Me quedé observándolo un buen rato, aunque él estaba orientado en la misma dirección que yo y no me devolvió la mirada. Pero la forma de su cara, su nariz, su piel morena picada de viruela, su papada, su pelo, sus andares... Todo era idéntico.

No dije nada, les di a los chicos sus cosas y vi el partido. Ganamos por 2 a 0 y Steven Gerrard marcó. Salimos de allí felices. En el coche de mi sobrino, de regreso a Birmingham, donde él vivía, con mi hijo durmiendo en el asiento de atrás, le referí tímidamente mi historia a Daniel, que conoció bien a mi padre de pequeño. Él también lo había visto.

## PARA DESUBJETIVIZAR EL FÚTBOL

El fútbol necesita una poética que lo salve tanto a él como a nosotros del olvido. Requiere de una fenomenología en la que, durante unos pocos instantes, y particularmente en los momentos entre momentos, seamos libres para subsumirnos en las tortuosas elaboraciones del destino –y es posible que esa libre sumisión al destino sea la única experiencia real de libertad que tengamos a nuestro alcance. Así que voy a intentar realizar algunos gestos encaminados hacia esa poética del fútbol–.

Me gustaría comenzar pensando en el movimiento del juego y la naturaleza del partido. Para ello, haré mucho hincapié en *Verdad y método*, el importantísimo e influyente trabajo de Hans-Georg Gadamer publicado en 1960.<sup>14</sup> La principal intención del autor en ese libro es la de proporcionarnos una manera de describir las afirmaciones, ideas y juicios propios de las artes y de las humanidades, que no pueden verse simplificados o explicados a través de los métodos de las ciencias naturales. En cambio, esas afirmaciones necesitan de una teoría interpretativa que ampare, según Gadamer, una ontología completa de las maneras en que los seres humanos participan del mundo. Esto es lo que él llama «hermenéutica», y la idea que impulsa su parecer es que los tipos de interpretación que practicamos durante nuestra experiencia estética cotidiana revelan las estructuras profundas y perdurables de nuestro estar en el mundo.

En cualquier caso, lo que de veras me interesa acerca de *Verdad y método* es el hecho de que Gadamer dé comienzo a su argumentación con una consideración acerca del juego. El punto clave, aunque simple, dice que «jugar es un ser jugado», por lo que importa más el juego que el sujeto que lo lleva a cabo. Siguiendo la observación de Merleau-Ponty que he mencionado antes, el juego no consiste en que una consciencia individual ocupe un campo de juego. A fin de comprender el juego, debemos dejar atrás el lenguaje de los sujetos y los objetos, de la consciencia y de los entes supuestamente inanimados. Los jugadores deben extraviarse en el juego, en vez de jugarlo en el interior de su cabeza. Saben que se trata de un juego, y es más, saben que debería ser una actividad festiva. Pero, aun así, tienen que jugar con lo

que podríamos definir como una seriedad alegre. A eso es a lo que me refiero cuando digo que hay que desobjetivizar el fútbol. Con la intención de comprender lo que sucede en el terreno de juego, tanto los jugadores como los hinchas deben abandonar su propia mente.









De ahí la importancia de las normas, de las diecisiete reglas que presiden el juego, desde las dimensiones precisas del campo (regla n.º 1) hasta el procedimiento que debe seguirse para efectuar un saque de esquina (regla n.º 17). El terreno de juego debe estar claramente delimitado y señalado: 16,5 metros para el área de penalti, 11 metros para el punto de penalti, un semicírculo con un radio de 9,5 metros a partir del punto de penalti y que sólo se dibuja al salir del área... Las normas –incluida la del fuera de juego, con sus misterios sutiles y herméticos (regla n.º 11)– deben ser respetadas. Si me pongo un poco anglocéntrico por un instante, diré que ésa es la razón por la que parece que nos disgusten tanto las trampas, el teatro o las simulaciones. Podría afirmarse que odiamos ver cómo un jugador cae dramáticamente al suelo, cubriéndose la cara con las manos, después de que un codo volador le haya rozado apenas el hombro (sirva como ejemplo el lamentable comportamiento de Pepe, el jugador portugués del Real Madrid, durante la final de la Champions League de 2016, o la espectacular caída del brasileño Rivaldo tras recibir un pelotazo en el muslo frente a Turquía en el Mundial de 2002).

Dicho lo cual, aunque el juego sucio esté mal y deba ser reprobado, también es un arte que las selecciones italiana y uruguaya han llevado a cotas sublimes. Pienso en el momento en que Luis Suárez detuvo la pelota con la mano sobre la línea de gol durante el partido contra Ghana del Mundial de 2010, lo cual le valió la expulsión, pero, de forma indirecta, permitió que su equipo acabara venciendo en la tanda de penaltis. El 8 de marzo de 2017, Suárez también se ganó una pena máxima decisiva dejándose caer aparatosamente en el minuto 90 del extraordinario encuentro de Champions League en el que el Barcelona derrotó al Paris Saint-Germain por 6 a 1 para revertir el 4 a 0 que había sufrido en el partido de ida. O pensemos en las incontables veces en que defensas de sutil brutalidad, como Giorgio Chiellini, cometen falta sobre el delantero rival pisándole el pie de manera que éste quede lastimado pero el árbitro no lo detecte. O podríamos recordar la «mano de Dios», el gol de Maradona contra Inglaterra durante el Mundial de 1986, o el «anca de rana», la mano voluntaria de Thierry Henry ante Irlanda en un partido de 2009 clasificatorio para el Mundial. La verdad es que resulta placentero ver cómo se tuercen las reglas, el modo en que se las estira hasta su punto mismo de ruptura. El de la trampa es un arte sutil y estratégico, que

requiere tanto de la presencia de la ley como del acto transgresor. Quizá sea por eso que a tantos de nosotros nos gusta volver a ver las faltas a cámara lenta. Hay belleza en ese acto de violencia controlada.

El juego es un juego y lo sabemos, pero hay que tomárselo con seriedad. Incluso las trampas son algo muy serio. Gadamer pone el énfasis en lo que podríamos denominar el alivio del juego, la relajación a que conduce. Con el fin de jugar bien, el jugador debe estar relajado, que es el estado más difícil de alcanzar y lo que los entrenadores intentan infundir en sus pupilos. Tal es la verdad que se esconde tras ese mantra banal que recitan tantos entrenadores: salid ahí fuera y divertíos. La mejor manera de jugar al fútbol es desde el gozo serio pero relajado, no como una emoción que se encuentre en la mente del jugador sino como el brillo o la pátina que desprende el equipo que juega bien.

El juego tiene prioridad sobre la consciencia del juego. Para ser más concreto, no se puede explicar el juego a partir de intenciones subjetivas, estados mentales o funciones biológicas, tal y como no se puede explicar a través de una sucesión interminable de datos y estadísticas. Todos estos elementos pueden representar condiciones causales necesarias para el juego, para que el partido de fútbol sea viable (estar consciente y alerta, no lesionarse, intentar completar tantos pases como sea posible), pero no son suficientes para describir la vida del fenómeno, que es lo que aquí nos ocupa. No, el propósito del juego es el juego en sí mismo. El juego no es la expresión de una realidad psicológica interna. Por tanto, en un primer paso, debemos realizar una separación entre el fútbol y nuestra interminable fascinación hacia cuanto sucede en las mentes o cuerpos de los jugadores, tal y como reza la típica pregunta estúpida del entrevistador a pie de campo: «¿Qué te ha pasado por la cabeza en el momento de marcar el gol?». Cuando el futbolista juega bien, por su «cabeza» no pasa gran cosa, y ésa es toda la cuestión: el juego, no la consciencia del juego. Si comenzamos a separar el fútbol de nuestra obsesión por la mente, la consciencia y lo que supuestamente ocurre en el interior de nuestras cabezas, entonces lograremos apreciar la peculiaridad del fenómeno futbolístico. Sea cual sea la «mente» que está en juego, no se encuentra en la cabeza, sino ahí fuera, junto a los jugadores y los hinchas. Entre ellos, y no en algún lugar aparte. Quizá el fútbol requiera de algún tipo de mentalidad de colmena, fusión mental o

prolongación de la mente que preste brillo a la superficie de los elementos del juego. Es por ello que necesitamos desubjetivizar el fútbol.

## ¿QUÉ SE SIENTE AL SER UN BALÓN?

El fútbol es un juego de movimiento, estructura y forma. Ni es objetivo en un sentido naturalista, pues no puede ser explicado a través de los procedimientos de la ciencia empírica, ni es meramente subjetivo. Por tanto, si hace falta desobjetivizar el fútbol, también tenemos que desobjetivizarlo en la misma medida. Con esta terminología más bien feota quiero decir que el fútbol tiene lugar en una zona «intermedia». El fútbol se juega en la zona intermedia entre los reinos de la subjetividad y la objetividad, a los que la modernidad lleva tanto tiempo intentando dar rigidez, principalmente con el laborioso y admirable, pero en última instancia discutible, proyecto crítico de Kant. Tomando prestada la jerga del influyente filósofo francés y antiguo oficial de la Marina Michel Serres, el fútbol tiene lugar en el Reino Medio, y lo juegan «cuasiobjetos» y «cuasi-sujetos»; esto es, jugadores que no se ven definidos por sus intenciones subjetivas en un juego que no se puede explicar a partir de fuerzas causales de carácter objetivo.<sup>15</sup> Con objeto de comprender el fenómeno del juego, no sólo debemos salir de nuestras propias cabezas y abandonar nuestra obsesión por la psicología, la consciencia y los estados internos, sino que también debemos otorgarles un cierto tipo de vida a los elementos que llenan el campo de juego. Porque están lejos de ser meros objetos muertos e inanimados.

Al ubicar el fútbol en el Reino Medio, en esa zona intermedia propia de los cuasi-objetos y los cuasi-sujetos, daremos con una manera de acercarnos a la peculiar mezcla de realidad e irrealidad que define la experiencia del partido de fútbol; mezcla con la que estamos plenamente familiarizados, si bien rara vez explicitamos esa familiaridad. En otras palabras, el fútbol tiene lugar en el reino de la fantasía en su más férreo sentido psicoanalítico. La fantasía no es fingimiento y no es delirio subjetivo, pero tampoco es objetivamente real. Es aquello que presta estructura e impregna lo que pensamos que es la existencia cotidiana, una existencia que encuentra una articulación especialmente intensa en el fenómeno futbolístico. Por ejemplo, pensemos en el momento en que vamos a uno de los grandes estadios de fútbol, como el Emirates del Arsenal, al norte de Londres, o el Stade de

France, en Saint-Denis, a las afueras de París. Entrás en él, intentas orientarte, recorres anchos pasillos de cemento sin ventanas a lo largo de los cuales se alinean puestos de comida con precios exagerados, y a continuación subes unos escalones hacia la luz del día o (incluso mejor) la iluminación de los reflectores para buscar tu asiento. Es entonces cuando ves el césped y el estadio al completo, brillante, resplandeciente. Es real, pero es demasiado real, hiperreal, casi en exceso. Es como ver una película en un sensorio de 360 grados, que te envuelve por completo. Es a la vez real e irreal. No lo percibimos en nuestra mente, sino ahí fuera, en el Reino Medio. Es el imperio de los sentidos, el reino de lo intermedio, el éxtasis sensorial. Nos hallamos bajo el hechizo de la «misteriosa vida sensorial» de James.



Con ello quiero decir que en el fútbol no hay una inmediatez, no hay ningún acceso directo al reino de la objetividad o subjetividad puras. Cada aspecto del fútbol es objeto de mediación y esa mediación no representa una desviación respecto a una pretendida inmediatez, sino que es la forma misma en que se presenta el fenómeno. En otras palabras, el fútbol es mediación de principio a fin. Quizá sea una característica que comparte con el cine, que es al mismo tiempo completamente real y completamente inventado. Real e irreal a la vez. Dos en uno.

Siguiendo esta conexión, podríamos pensar en la creciente influencia de los videojuegos de fútbol, tanto en los países donde este deporte cuenta con una larga tradición como en territorios como Norteamérica y Asia, donde el juego se ha extendido de forma masiva y con altos niveles de popularidad. Es posible que el fútbol tenga cada vez más aspecto de videojuego, así como los videojuegos se van acercando más y más al aspecto del fútbol. Llegados a este punto, se vuelve más difícil trazar la línea que separa la realidad de la simulación. Para muchos hinchas y espectadores, la experiencia futbolística se halla del todo mediada por videojuegos como el FIFA, el Pro Evolution Soccer o el Football Manager. Y no se trata sólo de eso, ya que también es evidente que los jugadores conocen esos videojuegos: tanto los chavales que los usan para aprender o pulir trucos que luego pondrán en práctica durante sus partidos como numerosos futbolistas reconocidos (Messi, Pirlo, Zlatan Ibrahimovic´...) que han confesado pasarse horas viendo las simulaciones de otros colegas y de sí mismos. Durante el Mundial de 2014 descubrieron a Paul Pogba jugando al Football Manager como entrenador del Chelsea y fichando a Paul Pogba para su equipo.<sup>16</sup>









Mirar un partido de fútbol es como adentrarse en un universo animista donde todo tiene vida, donde todos los elementos están dotados de algún tipo de alma: los jugadores, sus camisetas, el campo, las bufandas, banderas y pancartas que ondean al viento, las inmensas pantallas de televisión dentro del estadio en las que se puede ver la repetición de las jugadas... Y, una vez más, esa alma no es ninguna entidad que resida dentro de la cabeza o por debajo del corazón. Se encuentra *animizada* sobre la superficie de todo lo que vemos. Da la sensación de que todo está vivo. Hasta el balón parece estarlo, parece haberse llenado de alma y poseer inteligencia y conciencia. Es un cuasi-objeto, está lleno de implicaciones emocionales, fluctúa entre lo animado y lo inanimado.

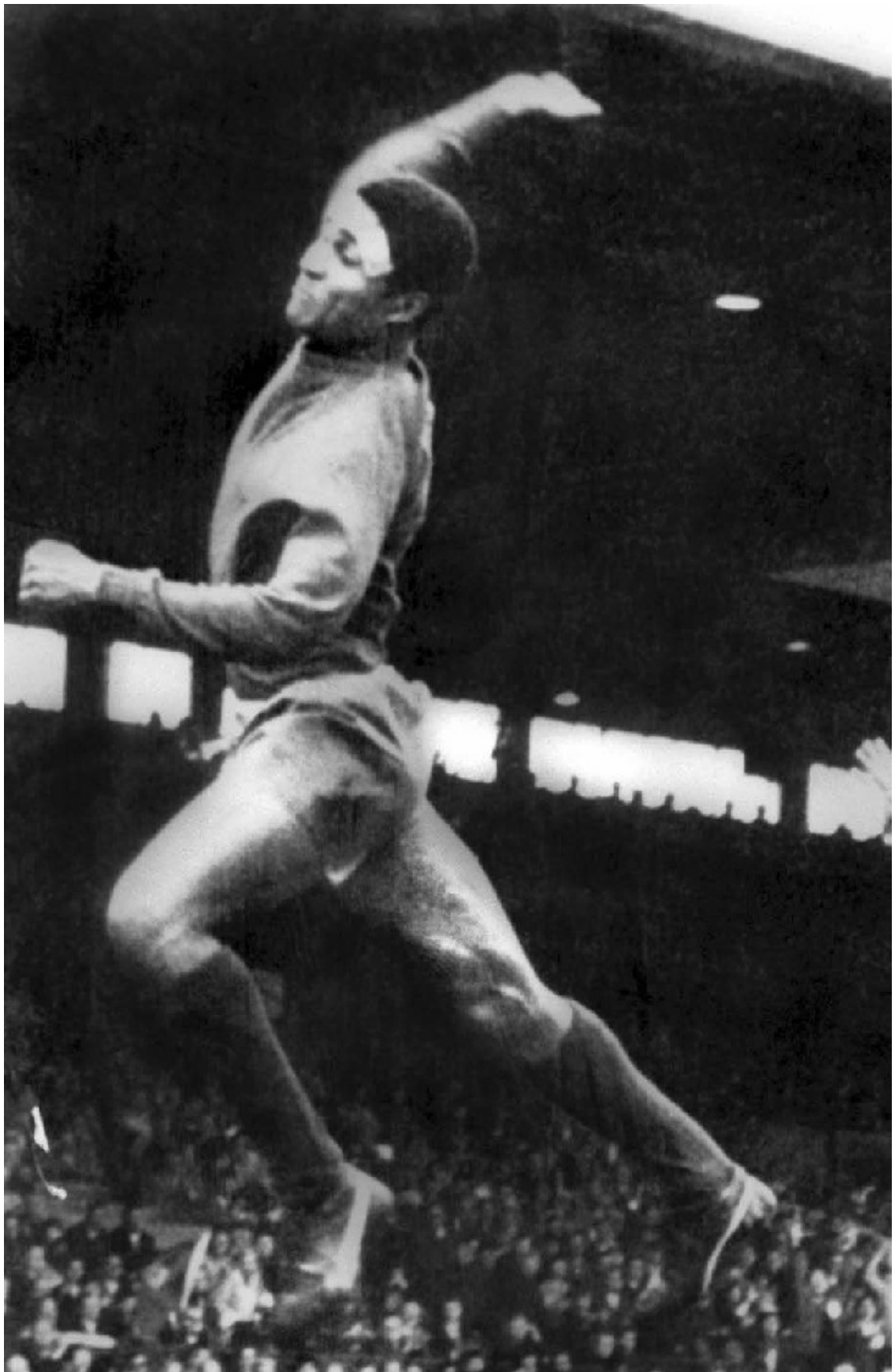
Hagamos una pausa para decir algo un poco extraño, que he tomado prestado de un texto escrito por D. Graham Burnett.<sup>17</sup> Éste cita a Don DeLillo al escribir (aunque aquí se refiere al fútbol americano): «El balón sabía que aquél era un partido de fútbol. Sabía que se encontraba en el corazón mismo del partido. Era consciente de su propia *futbolidad*». Bien, resulta evidente que la última es una afirmación objetivamente falsa. El balón no es más que una esfera de trozos de plástico sintético cosidos entre sí, con una circunferencia de entre 68 y 70 centímetros, que pesa entre 410 y 450 gramos (según la regla n.º 2). Aun así, cuando vemos un partido o lo jugamos, la pelota parece estar viva. Parece estar dotada de una vida propia con la que todo gran jugador debe comulgar durante el encuentro. Hay un momento extraordinario en la película de Gordon y Parreno cuando Zidane dice recordar un episodio en el que recibió el balón y supo con exactitud lo que iba a suceder a continuación. Zidane sabía, y el balón lo sabía también, que iba a marcar antes incluso de que el cuero entrara en contacto con su pie. Zidane añade que le sucedió en una sola ocasión, pero lo dudo. Balón y jugador parecen poseer un conocimiento mutuo basado en la vida que comparten. Dicho lo cual, incluso los mejores jugadores pueden verse ridiculizados por esa pelota que se le escapa inexplicablemente al portero de las manos, que se desliza bajo el pie que intenta atraparla, o que insiste en elevarse por encima del larguero en vez de alojarse entre las redes cuando el delantero ha disparado a apenas cinco metros de la línea de gol. Y resulta llamativo –cómico, de hecho– que la composición exacta del balón varíe de un Mundial a otro, ya que Adidas introduce en cada torneo alguna espléndida

innovación técnica. Lo cual se traduce en que los jugadores tengan dificultades para controlarlo y los comentaristas se pasen horas tratando el tema.

En 1974, Thomas Nagel escribió una de las ponencias más discutidas del último medio siglo acerca del problema de la consciencia, «¿Qué se siente al ser un murciélago?». <sup>18</sup> Pero ¿qué se siente al ser un balón? Me arriesgaré a profundizar un poco más en mis especulaciones. La pelota es como el muñeco de un ventrílocuo. Bien, sabemos que el muñeco, empírica y objetivamente, no es más que un trozo de madera cubierto de trapos al que alguien le introduce la mano culo arriba. No tiene vida. Pero, aun así, el muñeco parece estar vivo cuando habla, tal y como el balón da la impresión de estar vivo cuando jugamos. Pero lo que tiene el muñeco de extraño es que, incluso cuando no hay ningún ventrílocuo animándolo y yace ocioso e ignorado en el desván, parece que aún disponga de un potencial de vida, un potencial terrible, y tal es el motivo por el que los muñecos son una fuente de temores tan inexplicables: flotan en algún punto entre la vida y la muerte, no habitan por completo ninguno de los dos reinos. Y se podría decir algo análogo acerca de los balones. Incluso cuando están en el suelo sin que nadie los chute o guardados y olvidados dentro de algún armario, continúan teniendo un potencial de vida y movimiento, y cuesta resistirse al llamamiento que parecen realizar: «¡Venga, salgamos ahí fuera, juega conmigo!». La cuestión es que nos servimos de la pelota para hacer un ejercicio de ventriloquía. Animamos el balón con nuestra vida y, al hacerlo, nos animamos a nosotros mismos, nos sentimos vivos con una sensación de fuerza especialmente intensa. Pero compartimos esa vitalidad con la pelota, que quizá sea el cuasi-objeto por antonomasia.

## REPETICIÓN SIN PUNTO DE PARTIDA

Regresemos al juego y a Gadamer. El juego es y debe ser repetible. Cada partido de fútbol es una repetición del anterior, tal y como anticipa la repetición del que lo seguirá. El fútbol es una larga cadena de actos imitativos o miméticos, y es por ello que nos cuesta tanto soportar que se acabe la temporada futbolística. ¡Estaremos meses sin fútbol! (O al menos semanas). Esta repetición requiere de un reconocimiento por parte de los espectadores. Reconocemos que está teniendo lugar un partido –cuando pasamos junto a un bar y decimos: «Oh, mira, están poniendo un partido»– y que dicho partido seguirá el camino de la repetición, que estará sujeto a ciertas normas y procedimientos, como si fuera un ritual. En tanto que el partido sólo existe a través de la repetición, cada caso, cada partido, es tan genuino como el primero. De hecho, es aún más genuino, pues es una demostración de la existencia continuada y repetida del juego. El juego perdura. El juego se mantiene. En otras palabras, no existe un partido de fútbol original, un bullanguero encuentro de Ur sobre la húmeda hierba inglesa del siglo XIV, o el que jugara una cultura mesoamericana como la de los mayas, o los chinos mucho antes. No es ningún accidente que se haya perdido el origen del fútbol (estoy convencido de que no tardarán en aparecer, en alguna cueva de los Pirineos, unos petroglifos que muestren a gente pateando una pelota hecha con piel de bisonte, con los huesos del mismo animal a modo de palos). Es también por este motivo que la cuestión sobre los orígenes del Fútbol Asociado en la Inglaterra del siglo XIX, aunque fascinante en lo sociológico, resulta irrelevante para la existencia continuada de este deporte. El fútbol no se encuentra unido a sus orígenes por medio de un cordón umbilical.



Para decirlo de manera más formal, la esencia del fútbol radica en la repetición, en este partido, en el partido previo y en el partido siguiente. Y ninguno de ellos es menos original que el anterior. Cada partido es una expresión de la esencia del fútbol, que consiste por entero en la repetición. A partir de este acto repetido, que los espectadores reconocen como tal, podemos establecer series, o series de series, con las que comenzar a establecer una historia, o series de historias, pongamos que sobre el desempeño de un equipo durante un torneo o a lo largo de una temporada, o que nos permitirán comparar entre diferentes temporadas. Podemos favorecer una serie en especial y escogerla para darle un tratamiento heroico, como cuando el Nottingham Forest se mantuvo invicto a lo largo de 42 partidos entre dos temporadas de la liga inglesa en los años 1977-78, números que únicamente ha eclipsado el Arsenal de los Invencibles, apodados de ese modo porque se mantuvieron invictos durante toda la temporada 2003-04 y continuaron así hasta sumar 49 encuentros. Pero se puede hacer lo mismo con una temporada especialmente mala, con una serie desastrosa, como cuando el Derby County se pasó 32 encuentros sin conocer la victoria en 2007-08. La esencia de la serie está en la repetición. El fútbol es un acto constante de mimesis productiva, o de imitación que se reproduce a sí misma en nuevos partidos. Siempre habrá una próxima temporada o un torneo aguardando. No hay un original, sólo la reiteración de un acto repetido. El fútbol no es sólo mediación hasta el final; su naturaleza consiste únicamente en la reproducción, en una sucesión interminable de actos miméticos y creativos.





## EL TEATRO DE LA IDENTIDAD Y LA NO IDENTIDAD

El fútbol es drama. La gente lo repite constantemente. Con la salvedad de que, en mi opinión, el fútbol es un drama más cargado de verdad que el teatro. Mientras que, lamentablemente, pese a los esfuerzos heroicos de dramaturgos como Brecht, Artaud, Grotowski, Peter Brook, Richard Schechner y otros, el teatro se ha pasado el último siglo osificándose y experimentando una muerte lenta, degenerando en una especie de fórmula de consolación para el sentimentalismo liberal, el drama pervive en el fútbol y en la forma del fútbol. Las enérgicas reivindicaciones en pos de un «teatro viviente», como las de la compañía epónima fundada en Nueva York en 1947\* y que se extienden hasta nuestros días, son una demostración paradójica de que el teatro se está muriendo, y de que tendrá el mismo destino que la ópera. El fútbol no representa tan sólo la analogía más cercana a la experiencia del teatro antiguo en Atenas o Epidauro, donde el público de los festivales dramáticos posiblemente alcanzara cifras altísimas, entre los 15 000 y los 18 000 espectadores, sino que se caracteriza por el mismo rasgo básico y definitorio: el destino. No es que el fútbol sea el único deporte ahí fuera, es evidente que no lo es, sino que en realidad no se trata para nada de un deporte en el sentido habitual del término. Como me dijo una vez Hal Foster, crítico de arte e hinchas del Liverpool, el fútbol es el escenario donde se resuelven los en ocasiones oscuros manejos del destino, sobre todo en lo que respecta al destino nacional, muy especialmente cuando vemos cómo Inglaterra vuelve a arrastrarse por un torneo internacional antes de cometer algún acto de suicidio colectivo, siendo el más reciente la humillante derrota por 2 a 1 ante Islandia en la Eurocopa de 2016. El fútbol es el teatro de la identidad: familia, tribu, ciudad, nación. Pero presenta esa identidad desde apartados siempre retorcidos, complicados, tan inclinados que se hallan al borde del derrumbe. El fútbol es el teatro de la diferenciación de la identidad que se desarrolla mientras jugadores e hinchas representan su propio drama supervisados por las fuerzas del destino. Es el drama trascendental ante el que nos rendimos libremente al ver un partido.

Daré un par de ejemplos acerca de la diferenciación de la identidad. En primer lugar aparece el peculiar caso irlandés, que les debo a Michael O'Hara y Connell Vaughn.<sup>19</sup> La Asociación Irlandesa de Fútbol se fundó en 1880 y representaba a toda Irlanda, aunque la mayoría de aquellos primeros equipos procedían de la zona de Belfast. Esto sucedía, obviamente, durante el dominio colonial británico. En 1921, tras la partición de Irlanda y el establecimiento del Estado Libre Irlandés, en Dublín se fundó la Asociación de Fútbol de Irlanda. La cuestión es que tanto la IFA como la FAI\* reivindican el mismo territorio. Ni nominal ni constitucionalmente existe el Estado de «La República de Irlanda». Existe tan sólo una isla de Irlanda, compuesta por los veintiséis condados de la «República» más los seis condados del «Norte». Referirse a «Irlanda» como «Eire», tal y como hacen muchos británicos izquierdistas de bien, implica errar también el tiro, y se considera denigrante hacia muchos irlandeses. E Irlanda del Norte no es un Estado soberano, sino una unidad constituyente del Reino Unido, al menos de momento, con permiso del Brexit. Digamos que se trata de un asunto complicado, pero la cuestión es que, cuando la «República» juega un partido de fútbol con «el Norte», Irlanda se enfrenta a sí misma. Éste es un ejemplo maravilloso de diferenciación de la identidad. Tuvo lugar por primera vez el 20 de septiembre de 1978 y terminó, en un ejercicio involuntario de ironía dramática, con un empate sin goles. Por supuesto, hay una capa adicional de ironía, y es que muchos de los jugadores de la «República» nacieron en Inglaterra, sobre todo durante la época en que el gran Jack Charlton fue su entrenador. A menudo se los llamaba la «Inglaterra B» o «los Paddies de plástico».\*

O veamos el ejemplo de Serbia. Recuerdo que, durante la visita que realicé a Belgrado en 2006, tenía que dar una charla el día 16 de junio por la tarde, a la misma hora del encuentro del Mundial que iba a enfrentar a Serbia y Montenegro con Argentina. Educadamente, solicité que trasladaran la conferencia a esa misma mañana, para poder ver el partido con mis anfitriones y todos aquellos que quisieran sumarse a nosotros. Y así lo organizaron: di la charla y a continuación nos reunimos en un sencillo restaurante al aire libre que contaba con una pantalla de televisión de buen tamaño. Bien, el mes anterior, concretamente el 21 de mayo, en Montenegro se había celebrado un referéndum de independencia, y esta opción había

triunfado con el apoyo del 55 % del electorado. El 3 de junio se había declarado la independencia montenegrina. Así que, en el momento de disputarse el partido, el país que participaba en el Mundial ya no existía. Para empeorar las cosas, cuando los equipos salieron al césped, la marcha nacional que sonó para Serbia y Montenegro fue el «Hej, Sloveni», o «Eh, eslavos», el himno de la antigua Yugoslavia, que se había desintegrado con la guerra de 1991. Así que un país que en adelante dejaba de existir se vio obligado a cantar el himno de un viejo país que ya no existía. Y mis anfitriones me señalaron cuidadosamente esa ironía entre identidad y diferencia. A continuación, Argentina aplastó a Serbia y Montenegro por 6 a 0. Fue una derrota humillante. Pensé que mis anfitriones estarían dolidos. Pero no fue así, en absoluto. En cambio, se mostraron encantados de que la desastrosa y divisiva precariedad de su existencia nacional hubiera sido representada delante de todo el mundo: ¿cómo esperar que la selección de un país inexistente jugara con la menor convicción?, me insistieron.



## LA MÚSICA DEBE RESONAR

El fútbol es el lugar donde el drama de la identidad nacional y la no identidad se representa de manera trascendental sobre una historia de guerra y de violencia. Bien, la verdadera naturaleza de una pieza dramática no reside en el texto, en su guion o en las directrices escénicas; y mucho menos en las intenciones subjetivas del dramaturgo (esto último resulta a menudo engañoso o ilusorio). No, la verdad del drama ocurre en la actuación y como actuación. Como escribe Gadamer en *Verdad y método*, «En realidad, el drama sólo existe cuando se interpreta, y en definitiva la música debe resonar».<sup>20</sup>

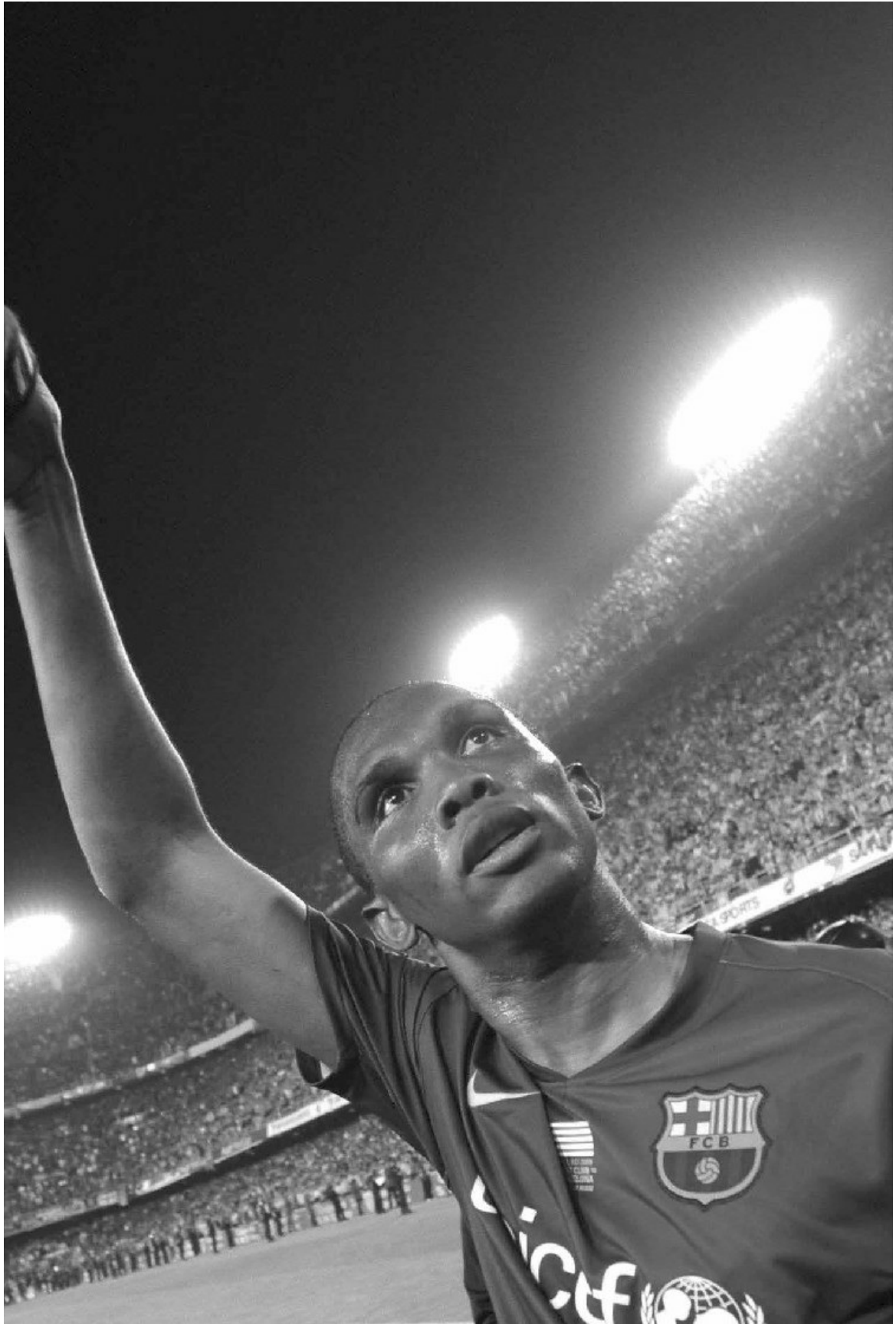
Esto es cierto también para el fútbol. Los complejos planes tácticos trazados en un iPad o recopilados en esos enormes archivadores de cuero negro tan del gusto de Louis van Gaal no tardan en perder su sentido en cuanto el sonido del silbato señala el inicio del encuentro. Las ruedas de prensa y las entrevistas con entrenadores y jugadores son distracciones agradables, pero a la vez representan una enorme pérdida de tiempo. La esencia del fútbol se manifiesta durante el partido, mientras el balón está en juego. Y, por supuesto, la música debe resonar. No a través del ritmo sutil y circular de las odas dóricas que canta el coro trágico, sino mediante el acompañamiento coral, complejo y constante de las canciones de los hinchas, que pueden provocar efectos casi hipnóticos, en cuanto son a la vez eco y alimento de las acciones que tienen lugar sobre el césped. (Pero la música resonante de los hinchas se ve completamente arruinada por el horror de la música que suena por megafonía, especialmente con temas tan vacuos como el «We Are the Champions» de Queen –¡que Dios nos asista!–. Llamadme talibán y reaccionario, si queréis, pero creo que debería prohibirse ese tipo de música en los estadios).











En su primer libro, *El nacimiento de la tragedia* (1872), Friedrich Nietzsche realiza la célebre distinción entre las dos fuerzas que conforman el drama antiguo, impulsos gemelos que hallan expresión en forma de deidades: lo apolíneo y lo dionisiaco. Lo apolíneo es el arte de la escultura, la perfección de la forma corporal concreta, que se expresa en la figura del héroe trágico. Lo dionisiaco es el arte de la música, una comunión de jolgorio orquestado que genera una intensa sensación de embriaguez o *Rausch*, agradablemente trasladada al inglés con la palabra *rush*.<sup>\*</sup> El efecto emocional de la música es un torrente de compañerismo y comunión que tiene lugar cuando formamos parte por voluntad propia de una vasta multitud, algo parecido a lo que sería una noche en la sala The Hacienda de Manchester durante los años ochenta, o una fiesta *rave* en el Essex de los noventa. Sobre esta distinción entre Apolo y Dioniso, Nietzsche aplica los conceptos de lo bello y lo sublime. Como individuo sufriente, el héroe trágico nos proporciona la imagen de la belleza, pero es la música la que resulta sublime en tanto que no puede sintetizarse de manera visual, sino que realiza su alegato emocional de forma no iconográfica, a través del sonido. Aunque la tragedia antigua es la unión de estas dos fuerzas, belleza y sublimidad, Nietzsche deja claro que la música es la matriz del género, el tejido del que emerge.

Todo esto cobra perfecto sentido en relación con el fútbol, donde el canto colectivo y el embriagante sonido de la multitud no sólo brindan acompañamiento a la hermosa actividad de los jugadores, sino que son la matriz sublime de la que emerge el juego, el campo de fuerza que impulsa la acción, bajo la forma de una canción competitiva y su versión opuesta, de una estrofa y de su antistrofa. Ése es el motivo por el cual los partidos que se juegan en un estadio vacío, pongamos que como castigo por el comportamiento racista de los hinchas (circunstancia que sigue dándose con una frecuencia deprimente), constituyen tamaña abominación. El partido sin hinchas es una suerte de error categorial; un mero ejercicio de entrenamiento carente de sentido. La clave del fútbol radica en la interacción compleja y configurada entre la sublimidad de la música y la belleza de la imagen, entre Dioniso y Apolo, entre los hinchas y el equipo. Cuando este encuentro funciona a su máximo nivel, como por ejemplo con el extraordinario muro de sonido que generaron los hinchas del Leicester City durante los partidos en

casa de la temporada 2015-16, producido por sus voces y el simple golpeo al unísono de sus aplaudidores de cartón, o viendo el atronador aplauso vikingo de los seguidores islandeses en la Eurocopa de 2016, los efectos pueden ser impresionantes. Y también pueden ser graciosos, como cuando los hinchas del Manchester United adaptaron la canción más famosa de Joy Division, no en vano una banda de su ciudad, con la letra de «Giggs, Giggs will tear you apart again».\*

El 10 de julio de 2016, asistí a la final de la Eurocopa en el Stade de France con mi hijo y un par de amigos suyos. Y el aspecto más memorable de aquel tosco partido se encontró en el canto complejo, constante y coordinado de los 15 000 hinchas portugueses que se encontraban en la grada de gol a nuestra izquierda, canto que dirigían unos jóvenes de piel bronceada y pecho desnudo al golpear sus inmensos tambores. Aquélla era una fuerza unificada, compacta y colorida, que ofrecía un contraste brutal a la sosa repetición del «Allez les Bleus» que gritaban los seguidores franceses, quienes superaban ampliamente en número a los anteriores. De hecho, el otro recuerdo que guardo con mayor intensidad de aquel partido fue la invasión de polillas que cubrió el césped y las gradas antes del pitido inicial, y que envolvió como un enjambre a los hinchas, servidor incluido, mientras se dirigían hacia sus asientos. Una polilla tuvo incluso la audacia de posarse sobre el rostro de Cristiano Ronaldo cuando éste se fue al suelo por tercera vez con una lesión de rodilla. Al parecer, las autoridades del Stade de France habían decidido dejar las luces encendidas la noche anterior a la final por razones de seguridad tras los ataques terroristas que sufrió París en noviembre de 2015, y que se habían originado precisamente en ese estadio. Fue como si se diera una especie de extraño concurso de baile entre polillas y futbolistas, donde cada uno elogió la figuración del otro en la frontera entre el humano y el insecto.



La repetición está relacionada con el fenómeno del festival, al que Gadamer tenía en alta estima, y pensamos especialmente en el antiguo festival dramático de las Dionisias Urbanas, que se celebraba en Atenas durante siete días del mes de marzo y donde se representaban las obras (tragedias, comedias y dramas satíricos) y la música resonaba con mucha pompa. Si se le hubiera preguntado a un antiguo ateniense que fuera camino del festival qué estaba haciendo, la respuesta no habría sido «Voy al teatro», sino «Voy al *mousike*», que significa «palabras con un añadido musical». Lo esencial del festival es que se repite. Señala el paso del tiempo. Mantiene el ritmo. Le otorga al tiempo una estructura musical, define el ritmo del año y el paso de las estaciones (las Dionisias Urbanas en primavera, las Leneas en invierno). Esto se cumple también tanto con el ritmo de la temporada futbolística, que puntúa las semanas, meses y estaciones del año en la misma medida que les da unidad, y con el ciclo cuatrienal de las Eurocopas y los Mundiales (los años sin torneos de ese tipo se encuentran, como bien sabe cualquier aficionado, completamente vacíos de significado, por mucho que se anteponga el club al país, como es mi caso). No es que alguna vez hubiera un festival original que nos limitamos a conmemorar, como si se tratara de un aniversario o de un cumpleaños. Por el contrario, la esencia del festival consiste en su iteración, en su eterno retorno. La naturaleza de un festival es que éste se celebre con regularidad y en unas fechas determinadas. El Mundial debe realizarse en verano, no en invierno, como en el caso de esa inminente farsa que será la edición de 2022 en Catar. Personalmente, me gustaría ver cómo declaran a Catar Estado canalla para que le arrebatan la organización del evento.

## TEORÍA Y PRAXIS

Observemos ahora más de cerca al público. Si el juego se juega en sí mismo y los jugadores han de extraviarse en él, dicho juego tiene lugar delante de y para los espectadores. ¿Qué hay de ellos, pues? Según Gadamer, la naturaleza del espectador se encuentra determinada por su «estar ahí presente». Concretamente, el espectador debe estar presente ahí, en el teatro, en el *theatron*. Y ése es el significado que Gadamer otorga al *theoros*, la palabra griega que designaba al espectador del teatro antiguo, sentado sobre un banco de madera en un enorme auditorio generalmente conformado a partir de una pendiente natural y rocosa, como el Teatro de Dioniso en Atenas. El *theoros* participa del drama estando presente y entregándose a la actuación o al partido. Esta participación consiste tanto en asistir al partido como en prestarle atención, no en sentirse aburrido, hastiado o desconcertado por lo que sucede en él. Es una participación que requiere que uno se abandone a la observación. No nos observamos a nosotros mismos, observamos el partido y, de tanto en tanto, cobramos consciencia de ello.

El espectador se sienta en lo que Gadamer define como «distancia absoluta», una distancia suficiente para que no pueda tomar parte en el juego, o intervenir en él con una invasión de campo, alterando o interrumpiendo el partido, o lo que sea. Por el contrario, esa distancia absuelve al espectador de tener una participación directa en el juego. Se trata de una distancia estética o, incluso mejor, de la distancia teórica necesaria para ver la obra o mirar el partido. Así que los espectadores participan del juego adoptando una distancia teórica respecto a la praxis que se presenta ante ellos, o respecto a la actividad que es objeto de imitación, según la formulación aristotélica de *mimesis praxeos*. Son teóricos que participan de la práctica del juego a través de actos de atención prolongados en el tiempo. Esto implica que la relación entre teoría y praxis se ve representada, en el drama y en forma de drama, como la distancia entre el espectador y el jugador, una distancia que jamás debe sumirse en una proximidad o identidad completas. Es ésta otra manera de pensar el fútbol como un teatro de la diferenciación de la identidad cuya disparidad se encuentra en la distancia que separa la teoría de la praxis. Por

supuesto que se produce una identificación entre el espectador y los jugadores o el jugador favorito del primero, pero tiene que existir una distancia. El momento en que esa distancia puede estar más cerca de quebrarse surge cuando el jugador salta sobre la multitud durante la celebración de un gol y recibe por ello una tarjeta amarilla. Pero el partido requiere de una distancia estética.

Incluso podríamos ir un poco más allá y decir que el partido existe en el espectador. Es decir, que el partido no es para los jugadores sino para nosotros, los hinchas. Bien, para Aristóteles, la tragedia era una variante privilegiada de la poética, tenía mayor altura que la épica y la comedia, y aún más que la redacción de textos históricos. Y la tragedia existía con el fin de provocar un efecto en el espectador. Es famosa la descripción que el estagirita hace de ese efecto como las emociones de miedo y compasión que la obra dramática suscita o despierta a fin de alcanzar la catarsis. Gadamer interpreta esa catarsis como una purificación, lo cual es uno de sus significados posibles, y su elección va de la mano con su preferencia por entender el drama de la antigüedad en términos de comunión ritual y ciertamente sacra. El problema de esta interpretación es que no tenemos demasiada idea de a qué se refería Aristóteles al hablar de catarsis. La mayoría de las veces en que usa el término en otros apartados de su extensa obra lo hace para referirse a funciones orgánicas o biológicas como la menstruación o la eyaculación, lo que podría llevarnos a interpretar que la catarsis era una purgación prácticamente física.

No es éste el momento de adentrarse en el eterno debate acerca del significado de «catarsis». Digamos tan sólo que no está nada claro que la catarsis aristotélica pueda ser entendida como una idea de purificación ritual; mucho menos de sublimación, según la preferencia de psicoanalistas como Lacan, o como una suerte de educación moral, opción bastante condescendiente pero del gusto de muchos filósofos. Es comprensible que la idea de que la catarsis conlleve algún tipo de enseñanza resulte atractiva, pues otorga al teatro una función de alivio moral. Como la Guinness, se supondría que el teatro es bueno para uno. Yo discrepo enérgicamente de esa interpretación, me parece del todo hipotético pensar que los antiguos griegos necesitaran del teatro para recibir una educación. No era así. La catarsis quizá fuera algo tan simple como ese sube y baja emocional a través de la acción dramática tras el cual no sentimos nada en especial, sino que regresamos a la

vida cotidiana y a sus numerosas exigencias banales y contradictorias. Creo que esto se acerca más a la verdad, por lo menos en lo que respecta al fútbol. Podemos mirar el más apasionante y electrizante de los partidos, el que más miedo y compasión nos suscite, pero a continuación –pip, pip– se cumple el tiempo reglamentario y regresamos a nuestras vidas, volvemos al trabajo, cortamos el césped, nos hacemos una taza de té y le echamos un ojo a Facebook. No se ha producido ningún cambio fundamental. La vida sigue. Quién sabe, es posible que hasta haya otro partido un rato después. No veo ningún motivo para considerar la obra dramática o el fútbol en clave de alguna idea de educación moral. El hincha no necesita tales enseñanzas porque ya conoce el juego. Claro, siempre se puede saber más, se puede tener la voluntad de aprender cosas nuevas, pero la apabullante mayoría de hinchas parte de una base de conocimientos impresionante.









## LA ESTUPIDEZ

Si existe una dimensión sacra en el fútbol, la verdad es que preferiría verla en el mismo carácter ordinario del juego y su incuestionable estupidez. Que te guste el fútbol tanto como a mí –algo que le sucede a muchos– es verdaderamente una tontería, y una parte del enorme atractivo del juego radica en nuestra sumisión del todo voluntaria hacia algo que resulta bastante estúpido. Por no mencionar que te quita una inmensa cantidad de tiempo. Pero no veo ningún problema en comportarse de manera estúpida. La cualidad sacra del fútbol aparece en elementos tan aparentemente ridículos como, pongamos, el color de las distintas equipaciones: la camiseta amarilla de los brasileños, el azul oscuro e inalterado de los italianos, el blanco immaculado de los ingleses, el verde de los irlandeses, los pantalones negros de los alemanes, el azul celeste y el negro de los uruguayos..., y los rusos, que por algún motivo no dejan de cambiar de color (durante la Eurocopa de 2016 vistieron una especie de bermellón a fin de reconocer, a la vez que eludir, el intenso rojo soviético, que, por supuesto, se veía mucho mejor). Toussaint habla con belleza y honestidad de estos colores, del modo en que destacan sobre «el verde absoluto del césped bajo los potentes focos del estadio».

Philip Schauss se burla amablemente de la estupidez del mundo balompédico al alinear el fútbol con la figura de la Locura en el *Elogio de la locura* de Erasmo, quien «suelta abruptamente todo cuanto se le pasa por la cabeza».<sup>21</sup> Así es como numerosos hinchas se sienten durante el partido. Somos capaces de decir cualquier cosa. La experiencia de mirar el fútbol confiere una extraña licencia y libertad de expresión, una auténtica *parrhesia* o franqueza lingüística que con frecuencia se acaba torciendo hacia la grosería y la más absoluta obscenidad. La estupidez del fútbol no tiene fondo, y un ejemplo de ello es la obsesión por las estadísticas como el número de faltas cometidas, los saques de esquina que se han lanzado, los disparos a puerta, etcétera, etcétera, etcétera. La majadería de esa métrica ha sido reemplazada, sobre todo en Alemania, por el llamado *packing rate*,\* que intenta medir la naturaleza y frecuencia de los pases que llevan a que el balón

supere a los defensas rivales –esto se conoce como *Gegner überspielen*, o dominio sobre el adversario– y se generen ocasiones de gol. Escribe Schauss: «El fanatismo y la obsesión son condiciones habituales en el mundo del fútbol. Se sitúan en algún punto entre la locura y la estupidez, sin acabar volcándose de manera necesaria sobre una u otra». Esta idea también puede expresarse en términos más cercanos a Gadamer: diciendo, concretamente, que ocupar el terreno de juego, o *Spielraum*, implica adentrarse en una experiencia de dichosa estulticia, la de perder el contacto con el mundo normal y cotidiano, el mundo de los fines, *die Welt der Zwecke*. Al mirar el fútbol entramos en un mundo diferente, maravillosamente idiota.



Pienso ahora en la estupidez del gran Brian Clough, que en 1974 protagonizó una célebre anécdota al ser despedido como entrenador del Leeds United Football Club –en aquel momento, campeones de la liga inglesa– tras apenas 44 días en el puesto. Había reemplazado a Don Revie, un entrenador tremendamente exitoso, obstinado y querido, que dejó el Leeds para dirigir a la selección de Inglaterra. Clough había criticado públicamente en numerosas ocasiones el estilo de juego físico y agresivo de Revie, lo había tachado de «sucio» y «tramposo», pero creo que se equivocaba. Desde luego que el Leeds era un equipo duro, pero quien dude de su capacidad para jugar bien al fútbol debería recordar cómo, en marzo de 1972, destruyó al Southampton por 7 a 0, en un partido que fue el equivalente de ver al Barcelona jugando en un baño de barro.<sup>22</sup> Asombrosamente, la noche en que fue despedido, Clough concedió una larga entrevista a la televisión de Yorkshire junto a un segundo invitado, que no era otro que Revie. Limitémonos a describir la atmósfera como tensa. Pero el punto central del debate entre Revie y Clough surgió cuando el segundo dijo: «Creo en un concepto de fútbol diferente al de Don Revie. Uno que quizá tenga como objetivo la utopía, lo que quizá implique que soy algo estúpido. Así es como soy. En lo referente a este tema, soy un tanto estúpido. Soy un tanto idealista. Creo en las hadas». Pese al cinismo, la corrupción y el capitalismo crónico propios de este deporte, ser hincha te obliga a creer en las hadas, a comportarte como un estúpido y a tener un cierto grado de utopismo. Podríamos relacionar la *Locura del Encomium Moriae* de Erasmo con la *Utopía* de Tomás Moro, a quien precisamente está dedicada la obra anterior. Hay una conexión entre la locura y el pensamiento utópico. El utopismo de Clough activó su oposición estética a lo que percibía como fealdad en el estilo de juego de Revie, le llevó a creer en el llamado «fútbol de moqueta», que se debe jugar a ras de suelo: «Si Dios hubiera querido que jugáramos al fútbol en las nubes, les habría puesto césped». Tras dejar el Leeds, Clough pasó a entrenar al Nottingham Forest, con quien ganó la liga inglesa de la temporada 1977-78 y dos Copas de Europa seguidas, en 1979 y 1980. (El otro equipo inglés capaz de alcanzar ese hito había sido el Liverpool, en 1977 y 1978).











Por supuesto, en lo que a torneos internacionales se refiere, la estupidez a la que se somete el espectador es evidentemente la del nacionalismo. Toussaint sugiere que el fútbol ampara un nacionalismo de tipo irónico, un chovinismo de sonrisa ligeramente ladeada: «¡Larga vida a Bélgica!». Como mi viejo amigo flamenco Philippe Van Haute me dijo en una ocasión, la única forma aceptable de nacionalismo es la belga, ya que el país se halla completamente dividido y está constantemente al borde de la disolución. La pregunta es: ¿se puede mantener esa forma de nacionalismo irónico cuando se aplica a países como Inglaterra o Alemania, Brasil o Argentina, Corea del Norte o Corea del Sur? Eso es mucho más difícil de decir. La opción más simple consistiría en rechazar el nacionalismo y abrazar algún tipo de globalismo o cosmopolitismo balompédico, tanto liberal como de izquierdas. Pero a mi cabeza eso le parece demasiado fácil, y además pasa por alto el modo en que nos vemos interpelados como sujetos nacionales, sobre todo en la actualidad, con el ascenso de la derecha populista en todo el continente europeo.

La pertenencia a una nación no es algo que pueda simplemente ser rechazado o eludido, pues ello implicaría renegar de nuestro origen y del modo en que éste ha modelado lo que somos y la manera en que pensamos y nos expresamos. Aunque no soy partidario de la simplista identificación actual entre nación y Estado, tampoco creo que esté en nuestra mano ignorar o rebajar la naturaleza de la nacionalidad y su importancia vital a la hora de ofrecernos un sentido de pertenencia, una identidad y una historia. También debemos tener en cuenta la complejidad y el exotismo del sentimiento nacional, sobre todo cuando lo experimentamos hacia una nación que no es la nuestra. Por ejemplo –y aquí no estoy para nada solo–, la primera vez que sentí una atracción apasionada hacia otra nación fue en 1970, viendo la actuación de Brasil en el Mundial (tengo una foto con diez años en la que aparezco con una pelota entre las manos y vestido con la equipación brasileña al completo). El fútbol me permite soñar con lugares en los que nunca he estado y que probablemente nunca visitaré: Camerún, Kazajistán, Camboya... Bélgica.

## LA INTELIGENCIA

La hermosa estupidez de la condición del hincha futbolístico está relacionada con lo que Gadamer denomina «introspección trágica», aquello que se adueña del espectador del teatro antiguo mientras mira la obra. Creo que en el fútbol sucede algo similar. El espectador establece una distancia reflexiva respecto al juego, una distancia teórica o estética que a la vez es la manera en la que participa del mismo. Eso no significa que los espectadores se mantengan al margen de la acción, sino que participan de ella mediante su presencia y su atención constante. Y podemos ir un poco más allá: diciendo, concretamente, que el espectador no está al servicio de los jugadores ni desempeña un rol secundario en función de aquéllos. Por el contrario, creo que el espectador es una parte superior frente a la igualdad entre los jugadores que corren sobre el césped. El espectador es un *umpire*,\* palabra que se deriva etimológicamente de *nonper*, aquel que no es tu par, aquel que no es igual al resto. Como hubiera dicho Hegel de haber tenido la suerte de pensar en el fútbol, la esencia del jugador no es un ser-en-sí-mismo, sino un ser-para-nosotros, bajo la mediación de los espectadores y necesitado del reconocimiento de éstos para ver confirmada su existencia.

Teniendo eso presente, podemos desarrollar la idea de Sartre que postulábamos en el primer capítulo. Es cierto que la libertad de acción del jugador individual se subordina a la acción colectiva del equipo, se integra en ella y a la vez la trasciende a través de la estructura organizativa del equipo. Pero esta acción colectiva o praxis es objeto de mediación en un nivel superior a través de la mirada teórica del espectador. Es decir, que únicamente mediante el reconocimiento teórico de la praxis colectiva del equipo por parte de los espectadores se puede aprehender la totalidad del equipo como tal. Sólo los espectadores pueden garantizar la totalización del equipo, y ciertamente también la del equipo rival y la del partido en su conjunto. Por ponerlo de manera más sencilla, los jugadores juegan, pero sólo los hinchas ven el cuadro al completo. (Aunque debo decir que me deja siempre perplejo el fenómeno recurrente del hincha que abandona el estadio antes de tiempo, cuando faltan cinco o diez minutos para el final del partido,

presumiblemente para evitarse los atascos. Vamos, que si el tráfico es tu principal motivo de preocupación, ¿para qué te molestas en ir al campo desde un principio?). Podría argumentarse que es necesario distinguir entre dos tipos de espectadores. Concretamente, entre el espectador que también fue jugador y el que no ha jugado nunca. Aquellos que hemos sido jugadores –sin importar que fuéramos buenos, mediocres o malos– sentimos el movimiento del juego desde una observación física. Seguimos cada pase que se da sobre el césped replicando ese movimiento a modo de eco, o imaginando que lo realizamos con nuestro propio cuerpo. Esto puede darse con una ligera alteración en los músculos del cuello cuando se produce un centro y uno anticipa el movimiento del jugador y quizá murmura por lo bajo: «¡Ve a por ella, joder!». También sucede cuando vemos a unos chavales jugando al fútbol en un parque, en un aparcamiento o en un lugar por el estilo. Nos involucramos en la acción del juego y participamos indirectamente de ella. En efecto, a veces resulta imposible resistir la tentación de sumarse al partido y pedir el balón, o de hacerle una entrada aparatosa a alguno de los críos para quitárselo. Lo cual no es un gesto bonito por nuestra parte, ya lo sé.



Bien –y he aquí un punto capital de la argumentación, a la vez que una contradicción aparente–, aunque hayan elegido someterse a la hermosa estupidez del fútbol, los espectadores son poseedores de una gran inteligencia. Saben cómo funciona el juego y saben cómo acabará probablemente. Los jugadores se extravían en el partido. Si realizan un buen juego, se pierden en sus lances y agonías. Pero el espectador es algo aparte, participa desde una distancia absoluta que le permite eximirse de la actividad frenética que tiene lugar sobre el césped. A veces, cuando su equipo vence por un margen amplio, los espectadores se sienten felices y, cuando los suyos marcan un gol, experimentan una euforia salvaje, si bien breve. Pero a menudo miramos desde la premonición. La distancia reflexiva puede ser de carácter ansioso. Retomando una idea de Mary Lefkowitz, experta en el mundo clásico, el rol del espectador es análogo al que desempeñaban los dioses en la tragedia antigua, pues observa la acción, ve cómo se desarrolla, sabiendo de antemano que cuanto sucede no es pura contingencia o juego de azar, sino parte de las maquinaciones más elevadas del destino.<sup>23</sup> En el drama antiguo, sobre todo en Eurípides, los dioses aparecían sostenidos por una especie de grúa (el *mechane*) en lo alto del escenario, como si fueran espectadores en un estadio cósmico. A menudo, los jugadores se nos aparecen como juguetes en manos del destino, incapaces de influir en el curso del drama y de alterar su final, tantas veces trágico, pese a lo intenso de sus esfuerzos.

Para mí, éste es precisamente el caso cuando sigo el paso de Inglaterra por una competición internacional de renombre: los jugadores trajinan infructuosamente, el balón cruza el terreno de juego de lado a lado sin parar, si es que no regresa al portero; los delanteros o bien permanecen extrañamente estáticos o corren buscando un espacio al que la pelota no llegará nunca; una palpable sensación de miedo se extiende entre los seleccionados y hace que los hinchas caigan en el rencor... Cuanto mayor sea el esfuerzo físico, más son los jugadores que parecen quedar atrapados en la telaraña de la fatalidad.

Es como ver el baile psicótico de Lucky en el primer acto de *Esperando a Godot*, de Beckett, al que Pozzo se refiere como «la red». Y los hinchas, que saben de antemano todo cuanto va a suceder, se hunden en sus asientos, sintiéndose aturridos y decepcionados. De hecho, es incluso peor, porque,

mientras al encuentro le quede algo de tiempo, quizá los escasos minutos del añadido, seguiremos teniendo alguna esperanza. Como demostraré dentro de un rato, lo que te mata del fútbol no es la decepción, sino la esperanza constantemente renovada. Lo peor de ser hinchas de fútbol, y especialmente de ser hinchas de Inglaterra, es ese cóctel horrible y venenoso de presciencia y esperanza.

Bertolt Brecht tuvo una idea fabulosa en los años veinte mientras trataba de cuadrar el concepto de «teatro épico».

Para él, el problema del teatro, especialmente en el contexto del naturalismo dramático burgués de finales del siglo XIX y principios del XX, es que el espectador, cuando acude a ver una obra, cae en una suerte de duermevela o estado hipnótico. Lo que Brecht quería era un público despierto e inteligente. Mientras que el público teatral tipo se limita a quedarse ahí sentado, anula su capacidad crítica y espera que la brillantez individual de los actores le haga llorar en silencio, lo que Brecht deseaba era un público inteligente, informado y crítico. Un público relajado y experto. Es por eso que Brecht dijo aspirar, para su nuevo teatro épico, a algo mucho más parecido al público de un evento deportivo: gente que comiera tentempiés, que fumara cigarrillos, que hablara e hiciera ruido, que cantara, animara y abucheara... Opino que Brecht llevaba razón y eso nos permite apreciar en sentido inverso la inteligencia del público futbolístico.

Soy consciente de que esto le sonará raro a quien no siga el fútbol y obvio a quien sí lo haga, pero quiero manifestar que hay una inteligencia genuina en el hecho de ser hinchas balompédicas. Bien, sé lo que estaréis pensando. Me recuerdo a mí mismo a principios de los años ochenta, de pie en las gradas de Stamford Bridge, comprendiendo a duras penas la intensidad del racismo de la hinchada del Chelsea en aquel momento. Fue algo muy feo. Sé que, cuando el Leeds se enfrenta al Arsenal, los seguidores londinenses se lo pasan bomba contando chistes sobre Peter Sutcliffe, el Destripador de Yorkshire. Los hinchas del Manchester United hacen bromas sobre la tragedia de Hillsborough, que en 1989 acabó con la muerte de noventa y seis seguidores del Liverpool, y éstos siguen bromeando también sobre el desastre aéreo de Múnich de 1958, en el que murieron veintitrés personas, incluyendo a ocho jugadores del United, y que dejó gravemente herido a Matt Busby, su



gran entrenador. Y hay muchos, muchos ejemplos más del repugnante mal gusto que puede darse entre los seguidores de fútbol.







Pero los hinchas no son una colección de vándalos e idiotas, de nacionalistas simplones o de fascistas furibundos. En absoluto. Como tampoco son participantes cuasinietzscheanos de una comunión sacra y ritual. Son una masa inteligente, crítica y a menudo extremadamente bien informada, pese a que con frecuencia sus miembros caigan en situaciones extremas de mal gusto y en el candor libertino de la *parrhesia*. Suelen ser expertos en su campo de conocimiento y contar con opiniones relajadas, y nunca temen realizar juicios de carácter arbitral, pongamos que acerca de lo bueno o vago que sea un jugador, o sobre el error táctico que haya podido cometer el entrenador. Son un público capaz de alcanzar la totalidad, de ver la imagen al completo. La inteligencia de los hinchas no deja de impresionarme enormemente, tal y como me deprime la ignorancia de quienes no consiguen apreciar su sabiduría y la desestiman como estupidez. Para mí, el fútbol es un ejemplo profundo de racionalidad discursiva. De hecho, es posible que el fútbol sea la única área de la actividad humana en la que se cumple la declaración de Jürgen Habermas, filósofo y teórico social alemán, acerca de la naturaleza consensuada de la acción comunicativa y la fuerza del mejor argumento. Apoyamos a nuestro equipo y tenemos buenos motivos para ello, pero a los hinchas de los demás equipos les pasa lo mismo.

Hay dos elementos sobre los que me gustaría llamar la atención. Primero, el carácter racional de la argumentación que se establece entre seguidores de un mismo equipo. Me he pasado horas, días, semanas y años hablando con otros colegas de la hinchada del Liverpool, discutiendo el estado del equipo, la política de traspasos, la elección de los jugadores, las diversas formaciones tácticas, a menudo relacionando todo eso con la historia del club, sus tradiciones, sus glorias pasadas y sus gloriosos fracasos. Cuando nos encontramos con un seguidor de nuestro mismo equipo, no es que simplemente surja una especie de comunión fática donde el oyente se une al hablante a través de toda una serie de apuntes no verbales, como gañidos y resoplidos. No, hablamos, averiguamos cuánto sabe la otra persona, qué tipo de hincha es y –lo más importante– la seriedad con que hemos de tratarlo. Cuando uno se encuentra con un hincha riguroso, cosa que sucede en numerosas ocasiones, tiende a escuchar una serie de argumentos basados en datos a los que podrá contraponer sus propios argumentos basados en datos. Y así prosigue la cosa, en un tira y afloja que se prolonga a veces durante

largo rato, desde una formalidad alegre (a fin de cuentas, esto es un juego), pero a la vez extremadamente honesta. De hecho, es posible que cambiemos de parecer respecto a alguna convicción acerca del equipo que hasta entonces habíamos mantenido intensa y apasionadamente. Lo he experimentado mil veces con gente de todo género y edad, incluyendo a niños y adolescentes; en realidad, con los niños eso sucede a menudo, pues suelen disponer de una valoración del juego extremadamente honesta e intuitiva. Se puede mantener una conversación futbolera realmente decente con un crío de diez años. El fútbol despliega vías sencillas para la charla y puede desplazarse –entre una palabra y la siguiente– de lo fatuo a lo intelectual, para a continuación regresar a lo primero.

El segundo elemento es la experiencia de hablar con seguidores de otros equipos, quizá incluso de equipos a los que hemos despreciado públicamente por tratarse del gran rival, como el Manchester United. Por sorprendente que me pueda parecer, incluso los hinchas del Manchester United tienen sus motivos para apoyar a ese equipo. También ellos se precian de mantener sus tradiciones, historias y folclore. Al fin y al cabo, la última vez que el Liverpool ganó la liga inglesa fue en 1990, mientras que el United se la ha llevado nada más y nada menos que en trece ocasiones desde entonces. Afortunados que son algunos. El dolor que ese hecho me produce se ve atenuado por el respeto, y es que hay buenas razones para que haya sucedido así. No ha sido cosa de la suerte. La cuestión es que podemos escuchar a un hincha de un equipo rival, oír sus argumentos, atender a sus razones y hasta cambiar de parecer. En mi humilde opinión, el diálogo futbolístico puede llegar a ser un paradigma de comportamiento y discusión de tipo moral. Ojalá otras áreas de la vida fueran tan razonables, y a la vez subyacieran a ellas una pasión y una fe tan profundas y pertinaces.



Por supuesto que podemos preguntarnos por qué sucede así. ¿Cómo es posible que las conversaciones de fútbol posean simultáneamente esas dos propiedades por lo común excluyentes que son la razón y la fe? ¿Cómo es posible que, en lo que al fútbol se refiere, pueda compaginar una lealtad visceral, tribal y poderosa hacia mi equipo y, al mismo tiempo, mostrarme respetuoso ante el enemigo, y que la fuerza del mejor argumento nos permita a ambos cambiar de parecer? ¿Es la admisión de ese supuesto básico que es el trasfondo lúdico del asunto a tratar lo que ampara un debate tan serio? ¿Nos resulta más sencillo discutir con rigor desde el conocimiento de que sólo estamos hablando de un juego?

Debo admitir que no conozco las respuestas a estas cuestiones. Pero resulta llamativo comparar las discusiones futbolísticas, y quizá sobre deporte en general, con los debates filosóficos y políticos. En este último caso, quizá no sea tan sorprendente que nos aferremos a nuestros prejuicios más arraigados cuando nos los refutan. Pero recuerdo que Bernard Williams decía que, a lo largo de su dilatada y distinguida carrera académica, sólo en una ocasión fue testigo de que un filósofo cambiara de opinión, y fue durante una investigación del Gobierno británico sobre la naturaleza y los efectos del abuso infantil, cuando unas atroces pruebas de pornografía de carácter pedófilo llevaron a que un filósofo moral revisara su parecer acerca de la necesidad de una nueva legislación parlamentaria. Yo me he pasado toda mi carrera académica escuchando a gente que presentaba sus trabajos, miles de ellos. Y no recuerdo una sola ocasión en la que la respuesta al orador tomara la siguiente forma: «Gracias, doctor Smith, por esta charla tan convincente. Lleva usted razón. Yo estaba equivocado». No sucede nunca. Pero, en cambio, sucede muchas veces en el escasamente serio y estúpido mundillo futbolístico. Qué raro, ¿no?



## ZIZOU

El fútbol es «el ballet de la clase trabajadora». Es una experiencia embelesadora. Durante una hora y media se despliega un nuevo orden temporal y nos sometemos a él. El partido de fútbol es una ruptura pasajera dentro de la rutina cotidiana: es una ruptura extática, fugaz y, todavía más importante, compartida. En su mejor versión, el fútbol presenta alteraciones en la intensidad de esa experiencia, la maximiza.

Con este libro he intentado trazar una poética de la experiencia futbolística. Me gustaría ahora ampliar esa poética centrándome en una obra ejemplar que ya he citado antes en un par de ocasiones: *Zidane*, de Douglas Gordon y Philippe Parreno (2006). Veo esta película como un homenaje al fantástico documental de Hellmuth Costard *Football As Never Before* (1971), cuyo tema fue el sublime George Best (llegué a verlo jugar pasada su mejor época, y probablemente pasada su penúltima mejor época, en un partido de homenaje que se celebró en Luton Town a mediados de los 1970. Aunque no se movió demasiado aquel día, seguía haciendo cosas maravillosas con el balón). El subtítulo de *Zidane* es *Un retrato del siglo XXI* y estas palabras despliegan un amplio abanico de significados.<sup>24</sup> *Zidane* es una reflexión sobre la naturaleza de la imagen y sobre la naturaleza constantemente mediatizada de la realidad. La película comienza con las habituales imágenes planas de la televisión y el comentario del partido antes de convertirse de repente en algo más..., pero dejemos ese «algo más» por un instante.

En su nivel más evidente, *Zidane* es un retrato del siglo XXI, donde la realidad presenta una naturaleza completamente mediatizada. Es un mundo de celebridades y comodidades, un mundo de superficies suaves y relucientes, una realidad alucinatoria, nada más. El siglo XXI es un retrato. Todo es un retrato. El propio Zidane, o Zizou, es un retrato, el fetiche mágico y perfecto, pura mercancía que inspira deseo, un producto cuyos derechos pertenecen a Adidas, a Siemens o a la panoplia al completo de sus patrocinadores. Zizou es un espectáculo.



Claro, es posible que respondas. Así es. Ya lo he pillado. Todos somos hijos de los situacionistas, vivimos en la sociedad del espectáculo y el mundo no es más que una esfera de imágenes mercantilizadas. Pero en el retrato de Zidane hay algo más. Douglas Gordon menciona en algún lugar la importancia del silencio y la inmovilidad en el arte del retrato. Esto me parece crucial. Por un lado, al mirar un retrato buscamos que la imagen nos diga algo sobre nosotros mismos. En la entrevista que concedió como acompañamiento a la película, Zidane lo reconoce y admite que los espectadores del film quizá sean capaces de ponerse en su lugar, «*un petit peu*» («un poquito»), añade. Tal es la naturaleza de la imagen en su nivel de identificación. Eso está bien. Pero hay más.

Lo que cuenta es el *petit peu*. La paradoja de Zidane como retrato es que se encuentra en movimiento constante, siempre engullido por el ruido de la multitud y del partido. Aun así, pese a la firmeza, el hermetismo y la severidad de su rostro, podemos atravesar su piel, atravesar la imagen y ver algo más, algo a lo que quiero referirme como una especie de verdad, una verdad más oscura, incluso una realidad allende esa imagen. De algún modo, entre toda la cacofonía y el movimiento incesante de la película, hay un núcleo oscuro de inmovilidad y silencio.

El modelo de todo esto es el pintor español del siglo XVII Diego Velázquez, y considero que *Zidane* es una especie de homenaje a (y una recreación de) su famoso retrato del papa Inocencio X, que cuelga de las paredes del Palazzo Doria Pamphilj de Roma, el mismo que obsesionó a Francis Bacon y que inspiró su serie de estudios. (La historia reza que, cuando Bacon viajó a la capital italiana para ver el cuadro de Velázquez, no consiguió entrar en la sala donde se exponía, tal era el poder que la obra ejercía sobre él). Como es bien sabido, cuando el papa, de aspecto en absoluto inocente, vio el retrato de Velázquez, dijo: «*Tropo vero*», «demasiado real» o «demasiado verdadero». Lo cual encuentra un eco en las manifestaciones de Zidane acerca de su imagen durante la película. Primero afirma que su cara parece «*un peu dure, un peu ferme*» («algo dura, algo rígida»), pero a continuación, añade: «*C'était moi quoi, c'était moi*» («Pero era yo, sí; ése era yo»).

Por tanto, *Zidane* es un retrato en un doble sentido. Por un lado, nos transmite una visión sobre la manera en que las imágenes mercantilizadas se han adueñado de la realidad en este siglo por el que nos arrastramos

lentamente. Por otro, el retrato es fiel a Zidane de un modo que va más allá del contenido sensible de la imagen. Hay ahí un indicio, el esbozo de una interioridad inaccesible, de una realidad que se resiste a la mercantilización, de una atmósfera, como cuando Orfeo vuelve la mirada para ver cómo Eurídice desaparece en el interior del Hades.

La película da inicio con (y regresa después a) la frase «un día extraordinario». Por supuesto, el sábado 23 de abril de 2005, cuando se grabó el film y se jugó el encuentro entre el poderoso Real Madrid y el extremadamente competitivo Villarreal (equipo de una pequeña ciudad de algo más de 50 000 almas), fue un día perfectamente normal. Durante el descanso se nos ofrece una sucesión de fogonazos con imágenes aleatorias del mundo exterior, que conforman un embrollo caótico de todo aquello que se olvida al instante. Lo único importante es lo que tiene lugar en el estadio, en la cara de Zidane. Eso tiene que ver con el abandono de uno mismo dentro del azar y el flujo temporal y el movimiento del juego. Como observa Zidane, podrían haberlo lesionado a los cinco minutos, o haberlo expulsado al principio en vez de al final del encuentro. La cuestión es que no fue así. Lo que resulta crucial es el acto de sometimiento al orden del tiempo. Los noventa minutos de partido nos proporcionan un marco, un orden de conteo y recuento dentro del cual puede acontecer lo extraordinario. Zidane se pasa el partido levantando la vista hacia el cronómetro, mirando la hora. Tal es el tiempo de la línea, del marco, del juego. El tiempo de reloj vulgar y corriente.

Pero otro orden temporal se despliega durante ese acto de sumisión, la duración se convierte en una experiencia diferente, no el flujo lineal de los noventa minutos, sino algo más. Al abandonarse completamente al azar, comienza a aparecer algo cercano a lo inevitable, incluso una sensación de destino. Esta bifurcación del orden cronológico también se encuentra en lo que Zidane comenta respecto a su memoria del partido. Uno no recuerda el partido, dice, sino una serie de imágenes quebradas que anuncian una experiencia de duración diferente: episódica, azarosa, intermitente. La memoria se inflama, se aferra a una imagen y succiona su contenido de verdad. Así es el tiempo en su forma de éxtasis.

A finales de los años cincuenta, durante el apogeo del cine en 3-D, se realizó un experimento que consistió en entregar a los espectadores unas tarjetas de «rasca y huele» a fin de intensificar su experiencia en la sala. En el momento convenido, debían rasgar la tarjeta e inhalar su aroma a hierba

recién cortada, pólvora, carne putrefacta de extraterrestre o lo que fuera. Yo puedo oler la película *Zidane*.

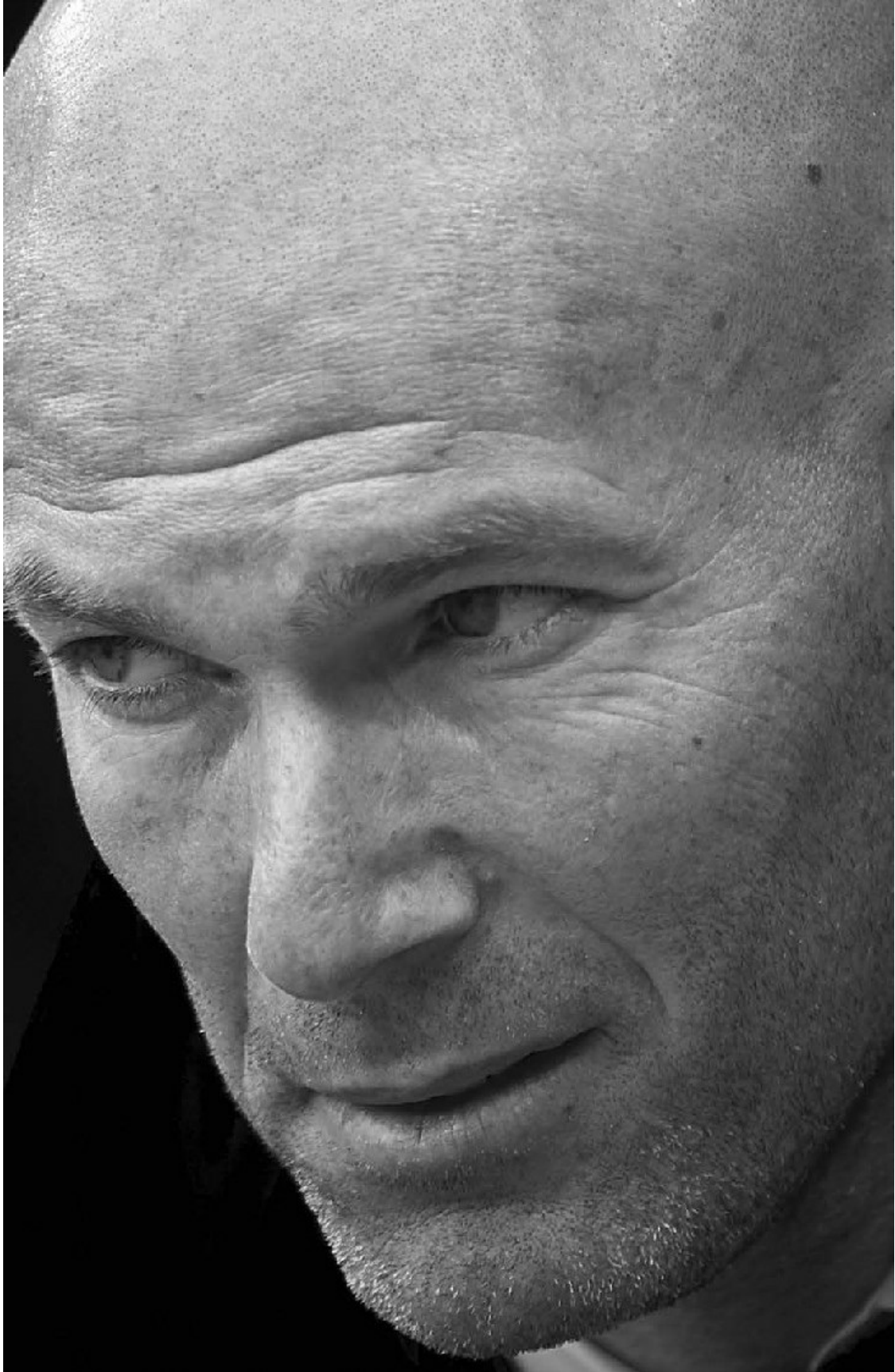
Hay dos cosas que se te escapan por completo cuando ves un partido de fútbol por televisión: los olores y los sonidos.

Hay algo intensamente nostálgico –incluso elegíaco– en los olores. Cuando recuerdo los partidos que iba a ver de pequeño con mi padre, o el regreso a casa llorando en el coche si el Liverpool había perdido (en febrero de 1970, cuando tenía diez años, nuestra derrota por 1 a 0 en los cuartos de final de la Copa ante el Watford, un segunda división, fue una lección de humildad que me dejó desolado), lo primero que me viene a la cabeza son los olores: el punzante hedor a orina de los lavabos, la carne del Bovril, los manchurriones de tinta de papel de periódico en los dedos, el humo de cigarrillo por doquier y el delicioso aroma de los pasteles de carne. Por supuesto, esto revela la edad que tengo de manera bastante dramática, y las cosas han cambiado radicalmente. Hoy día, los estadios modernos están sumamente esterilizados y parecen más bien centros comerciales. Pero, sobre todo en los meses invernales, el olor a tierra húmeda del campo sigue elevándose hacia las gradas. Es la misma tierra que Zizou trata con tanta delicadeza a lo largo del partido, cuando devuelve a su sitio los terrones de hierba que se han visto arrancados en una jugada o con el persistente pero suave sonido de arrastre de sus pies al contacto con el terreno de juego.

*Zidane* se basa por completo en el sonido. El francés habla sobre la experiencia sonora del juego. Del modo en que los distintos ruidos lo meten y lo sacan del partido, de la vasta presencia del público cuando sale al terreno de juego. Durante el encuentro, su oído se vuelve de lo más fino. Puede oír cómo alguien tose o le susurra algo a su vecino. «*Il y a du son*», dice. «Hay sonido». Y añade una frase extraordinaria: «*le son du bruit*». «El sonido del ruido». En muchos sentidos, esta película trata el *il y a* del sonido del ruido, la pura presencia de un ruido que te envuelve por completo. Eso es lo que implica formar parte de una multitud. Es lo que antes he definido como éxtasis sensorial.

Generalmente conocemos el fútbol a través de los comentarios de los locutores, en su mayor parte enormemente vacuos. Aquí no hay inmediatez. La experiencia al completo está mediada y mediatizada. Zidane recuerda que de pequeño solía comentar los partidos mientras los jugaba. Según Laurent Blanc –Monsieur le President–, Pep Guardiola lo hacía constantemente

cuando ambos coincidieron en el Barcelona de mediados de los años noventa, actitud que él encontraba tremendamente molesta. Pero todos lo hicimos en nuestra infancia. Todos fuimos locutores de nosotros mismos mientras pateábamos sin parar una pelota contra la pared, o algo por el estilo: «¡La multitud ha saltado al césped, incapaz de contener su alegría después de que Critchley haya marcado el gol de la victoria en el minuto 93 de partido!». Era como si tan sólo ese acto de ventriloquía y de distanciamiento respecto a uno mismo pudiera permitirte acceder a aquello que era de la máxima importancia para tu persona. Sólo podemos ser nosotros mismos a través de la voz y de la personalidad de otro.



No sé de nada que se acerque tanto al meollo de este juego como la película *Zidane*, básicamente porque está hecha desde el más puro amor al fútbol. Pero es lo máximo a lo que podemos llegar. Zidane recuerda cuando iba corriendo a sentarse lo más cerca posible del televisor para ver el programa francés *Téléfoot* y escuchar obsesivamente la voz de su locutor, Pierre Cangioni. Afirma –y esto resulta fascinante– que lo que le atrajo no fue el contenido de las palabras de Cangioni, sino su tono, su acento, la atmósfera que éstos creaban. Es ese entorno lo que Zidane intenta evocar, aquello en lo que intenta introducirnos: la evocación del espacio, la esfera celeste, el momento de la respiración y el vaho.

Al final de su peculiar pero influyente ensayo corto *Sobre el teatro de marionetas* (1810), Heinrich von Kleist reflexiona sobre la naturaleza de la gracia. Dado el carácter inquieto de la consciencia humana, Kleist concluye que la gracia sólo aparecerá encarnada en un ser que «o bien no tenga consciencia alguna o presente una consciencia infinita, lo cual equivale a decir que será una marioneta o un dios». ¿Es Zidane una marioneta o un dios? No podría decirlo, pero sí que es poseedor de la gracia. Lo cual significa que podría ser ambas cosas. Es la gracia de los movimientos de Zidane lo que nos deja asombrados incluso ahora, cuando ejerce su poder desde la línea de banda –por lo general vistiendo un bonito abrigo azul marino de tres cuartos– como entrenador del Real Madrid.

No está claro el significado que pueda tener –si es que tiene alguno– el heroísmo en el siglo XXI. El héroe es un icono. Eso ya lo sabemos. Pero él –o ella– también es algo más. El héroe de verdad se encuentra poseído por la fragilidad y el aislamiento. Por encima de todo, y es aquí donde Zidane se acerca más a la figura del héroe, está condenado a la melancolía y a provocar su propia perdición.

Zidane sonrío una vez, quizá dos, a lo largo de la película. La segunda sonrisa aparece hacia el final del partido, cuando conversa de manera relajada con Roberto Carlos, el gran lateral brasileño, dueño de un disparo feroz. El Real Madrid está ganando tras haberse encontrado un gol abajo por culpa de un penalti tonto. Zidane creó el primer tanto *ex nihilo* con una extraordinaria demostración de inteligencia, fuerza, velocidad y talento. Parece feliz. Pero se trata de una sonrisa amenazante. Es casi una mueca.

Las sombras se ciernen sobre él, sus ojos se oscurecen y parece verse



engullido por un intenso y claustrofóbico campo de energía alimentado por la duda y el desprecio hacia sí mismo. Un compañero recibe una entrada dura, si bien no terrible, ante lo que Zidane cruza el campo a la carrera y golpea al tipo, parece estar dispuesto a hacerlo de nuevo, pero David Beckham lo aleja de allí. A continuación, un mundo de dolor estalla sobre Zidane, que es expulsado. Y él se somete a la ley, a regañadientes, pero se somete a ella, igual que en la final del Mundial de 2006 entre Francia e Italia (cuando la mayoría del mundo civilizado deseó que su cabezazo a Marco Materazzi hubiera sido aún más fuerte). El heroísmo siempre conduce a la autodestrucción y a la ruina. Y se ve influenciado por la tarjeta negra de la melancolía. Mientras abandona el campo, Zidane sabe que se ha acabado todo. Lo vemos indefenso. Como dice Kleist en las palabras finales de su ensayo sobre el teatro de marionetas: «Éste es el último capítulo de la historia del mundo».

## NOSTALGIA POR EL ENTRENADOR

A fin de intentar dotar de sentido aquello en lo que pensamos cuando pensamos en fútbol, he esbozado una fenomenología del juego, de los jugadores y de los espectadores. Pero hay una figura que he dejado fuera: la del director técnico o entrenador. De hecho, el propio Zizou ha realizado esa difícil transición entre jugador y entrenador, subiendo de rango de director deportivo a responsable del filial y, finalmente, desde el 4 de enero de 2016, a entrenador del primer equipo del Real Madrid, con el que ganó una Champions League apenas cuatro meses y medio después. Al año siguiente volvió a conseguir ese trofeo, que esmeradamente sumó al primer título de liga para los blancos desde el año 2012.

La figura del entrenador está envuelta en nostalgia. Sin duda, ésa es una de las razones por las que los libros de David Peace sobre Brian Clough y Bill Shankly, *Maldito United* (2006) y *Red or Dead* (2013) respectivamente, han tenido tanto éxito. En ellos, la del entrenador es una figura prometeica y brillante, pero también maltrecha, imperfecta y, por último, trágica y solitaria. Debo confesar que me cuesta meterme en las obras de Peace, ir pasando las páginas, aunque admiro su esfuerzo por ofrecer una fenomenología profundamente evocadora del flujo de la conciencia de un entrenador. Una parte del atractivo que estos libros tienen para nosotros, igual que el encanto de los personajes titánicos que describen, se debe a lo mucho que ha cambiado el juego. Si volvemos la vista atrás más allá de estas cuatro décadas de globalización neoliberal y capitalismo galopante, que han permitido que sumas cada vez mayores de dinero contaminen el fútbol, entrenadores como Clough y Shankly –o ciertamente el gran Sir Bobby Robson, que obró auténticos milagros con el Ipswich Town e incluso con la selección inglesa, a la que condujo a las semifinales del Mundial de 1990, donde perdió en la tanda de penaltis frente a (¿quién si no?) Alemania– se nos aparecen como recuerdos descoloridos del mundo industrial de la clase obrera del norte de Inglaterra, ya desaparecido. Es éste un mundo contenido en granulosa fotografías en blanco y negro, y en esas bobinas titilantes –pues no dejan de saltar– de partidos disputados hace ya tiempo. En ese sentido, la figura del

entrenador se nos aparece ahora como una especie de tradicionalista que defiende, a través de su idiosincrasia verbal, de sus obsesiones y de su personalidad enérgica y carismática, la herencia verdadera del juego del Fútbol Asociado. No es ninguna casualidad que tanto Clough como Shankly se declararan socialistas, que defendieran lo que ellos consideraban la belleza y la virtud del juego frente a la venenosa influencia del dinero y el cinismo del fútbol defensivo y del patadón hacia delante. Ambos querían jugar de la manera correcta: a ras de suelo, atacando con velocidad, dinamismo, talento y un compromiso absoluto. El amor que sentimos por figuras como las de Shankly y Clough no deja de ser un anhelo por una época previa a la globalización en la que supuestamente el juego era más sencillo y virtuoso. Nos encontramos en el dominio de la nostalgia, pero ¿quién dijo que la nostalgia era cosa del pasado? Nos adentramos también en el ámbito del mito, pero jamás deberíamos menospreciar la necesidad que tenemos de dejarnos seducir por la fuerza de los relatos protagonizados por héroes imperfectos. En ese sentido, seguimos siendo contemporáneos de los antiguos griegos.







El entrenador puede aparecer como una figura mesiánica, no tanto un tipo especial,\* al estilo de José Mourinho (quien, debemos recordarlo, dio con su oportunidad mientras hacía de traductor para Bobby Robson en Portugal, y más tarde en Barcelona), como un dios crucificado, como le sucedió a Clough en el Leeds, para resucitar en el Nottingham Forest y acabar sus días sumido en el caos. O como cuando Shankly se retiró «misteriosamente» en 1974, obligado a proseguir su camino en solitario\* y sintiéndose traicionado por su club (la culpa del maltrato que sufrió fue claramente del Liverpool). El entrenador también puede presentarse como un Lázaro y regresar de entre los muertos. Consideremos el escepticismo y la perplejidad con que se recibió el nombramiento de Claudio Ranieri en julio de 2015 como entrenador del Leicester City, equipo que el mes de mayo siguiente ganó la Premier League con un margen de diez puntos (sólo nueve meses después, en febrero de 2017, el italiano fue destituido vergonzosamente). Podríamos hablar de Arrigo Sacchi, el antiguo vendedor de zapatos que transformó el estilo del fútbol europeo de clubs cuando llevó al Milan a alcanzar éxitos tremendos a finales de la década de los ochenta. Y no podemos dejar de mencionar al gran Mário Zagallo, quien ganó el Mundial dos veces jugando con Brasil, en 1958 y 1962, para luego volver a alzarse con él como entrenador de su país en 1970 y otra vez como ayudante de entrenador en 1994.

Existe cierto puritanismo en torno a la figura del entrenador, pues éste asume el rol de guardián de unas virtudes morales estrictas; es la persona ética y rigurosa que se levanta temprano, que trabaja duro de manera sistemática, que es leal a sus jugadores y devoto de su familia, y que además inspira respeto, y hasta miedo, al equipo. Incluso cuando el entrenador disfruta de una copa o dos, como Alex Ferguson, o se bebe una copa o dos de más, como Clough, nos gusta verlo como un puritano que custodia las virtudes del fútbol, que se encarga de que se juegue como se debe jugar. Más allá de cualquier nostalgia, el compromiso obsesivo para con ese estilo de juego, y la expectativa de que los jugadores se avengan a él o se atengan a las consecuencias, es algo que conecta a entrenadores contemporáneos como Mourinho, Arsène Wenger (el Profesor) o Pep Guardiola (el Filósofo). Todos ellos son adictos que tienen evidentes dificultades para sentir interés por cualquier cosa ajena al fútbol, y ése es el motivo por el que son tan buenos en lo que hacen y por el que son objeto de nuestra admiración.

Por razones personales que a estas alturas resultarán obvias, tiendo a asociar la idea del entrenador virtuoso y obsesivamente adicto con una estirpe de preparadores del Liverpool: Bill Shankly, Joe Fagan, Roy Evans, Kenny Dalglish, Gérard Houllier, Rafa Benítez y, sobre todo, Bob Paisley. Paisley fue el más exitoso de los responsables del Liverpool; pasó cerca de cincuenta años en el club y, durante sus nueve temporadas a cargo del equipo, ganó seis ligas inglesas, tres Copas de la Liga, una Copa de la UEFA y la Copa de Europa hasta en tres ocasiones. Tras darle al Liverpool la primera Orejona en Roma, frente al Borussia Mönchengladbach en 1977, dijo: «Es la segunda vez que derrotó aquí a los alemanes... La primera fue en 1944. Entré en Roma conduciendo un tanque el día en que la ciudad fue liberada. Si alguien me hubiera dicho que, treinta y tres años más tarde, volvería a estar aquí viendo cómo ganamos una Copa de Europa, ¡lo habría tachado de loco! Pero quiero saborear cada minuto... Por eso no pienso beber esta noche. Voy a dejar que sea éste acontecimiento lo que me embriague». Dejando de lado sus belicosos sentimientos antigermanos, es su carácter abstemio lo que nos cautiva acerca de esa respuesta. Paisley no quiso permitir que la bebida nublara su experiencia de la victoria.

Aunque sea alemán, hay algo del puritanismo de Paisley en Jürgen Klopp, de quien me gustaría hablar a continuación con cierto detalle. Supongo que Klopp no es ningún desconocido, y, en caso de que lo sea, una simple búsqueda en Google dará paso a horas de buen entretenimiento. Klopp es un entrenador de fútbol dotado, trabajador, apasionado, tremendamente simpático y dueño de tácticas de gran astucia que se dio a conocer gracias a algunos éxitos con el FSV Mainz 05 de Alemania antes de pasar siete temporadas en el Borussia Dortmund, cuya fortuna cambió por completo: con él ganaron dos veces la Bundesliga y llegaron a la final de la Champions League de 2013. Klopp fue nombrado entrenador del Liverpool Football Club el 8 de octubre de 2015. Estaba tomándome una cerveza con mi hijo Edward en un pub del West End londinense cuando saltó la noticia. Edward reaccionó con euforia, y yo mismo me sentí bastante satisfecho. Klopp iba a heredar un club sumido en una cierta confusión, que había perdido la confianza en la capacidad de un entrenador cada vez más delirante, a la vez que obsesionado por transmitir siempre el mensaje adecuado: Brendan —«una vez asistí a un curso de entrenador y ahora conduzco un BMW»— Rodgers. El club parecía



haber perdido el rumbo desde la salida del prometeico Luis Suárez hacia Barcelona en julio de 2014 y su fracaso a la hora de ganar la Premier League de 2013-14, que tuvo claramente al alcance de la mano. El 27 de abril de 2014, Steven Gerrard resbaló con el balón en el partido contra el Chelsea, Demba Ba aprovechó el error para marcar y el Liverpool perdió por 2 a 0; en la jornada siguiente, el 5 de mayo, tras 78 minutos y con 3 a 0 en el marcador ante el Crystal Palace, el Liverpool concedió tres goles y le regaló la Premiership al Manchester City. Por decirlo sin rodeos, el Liverpool se atragantó. El club también se había visto perjudicado por una dudosa política de traspasos al estilo *moneyball*,\* que llevó a situaciones tan embarazosas como que Mario Balotelli luciera la camiseta *red*. Nos habíamos convertido en un club excesivamente preocupado por sus glorias pasadas (sólo a modo de recordatorio: cinco Ligas de Campeones, tres copas de la UEFA y dieciocho títulos de Liga) y cabría decir que atrapado en el lodazal de su propio victimismo. Esto último ha sido objeto de una sátira maravillosa por parte de David Stubbs con su personaje del «hinchista santurrón del Liverpool». No me puedo resistir a citar algunas de sus líneas.



Anoche, sobre el césped había once jugadores. Orgullo. Pasión. Corazón. Compromiso. Agallas. Honestidad. La Camiseta. Salivazos. El espíritu de Stan Boardman. Gerrard. Carragher. Todos ellos, pero sobre todo la Camiseta; estaban preparados para vestir la Camiseta. Nos quitaron a John Lennon y a George Harrison, cancelaron *Brookside*, pero no pueden arrebatarnos la Camiseta. ¿Qué representa esa Camiseta? Para mí, para todos aquellos que aman al Liverpool Football Club, representa una sola cosa: la Camiseta. ¿A qué hinchas del Liverpool, cuando ve la Camiseta, no le viene a la cabeza la palabra «Camiseta»? Cada una de las letras de esa palabra sagrada tiene su importancia, cada una, igual que los jugadores del Liverpool, desempeña su papel. Si le quitamos las cuatro primeras, ¿qué nos queda? Una seta.\* Da qué pensar, ¿no? He ahí todo lo que hay que saber sobre la Camiseta. Anoche, todos fuimos Camiseta y lo sabéis.<sup>25</sup>

Quizá a raíz de su delirante arrogancia, el irregular estado de forma del Liverpool en los primeros partidos de la temporada 2015-16 (ocupábamos el décimo lugar de la clasificación tras ocho encuentros) amodorró a los seguidores, los sumió en una indiferencia anodina y en el derrotismo. La llegada de Klopp alteró ese estado de ánimo tanto dentro como fuera del club, y aunque el desempeño del equipo en la Premier League de 2015-16 se vio arruinado por la irregularidad y las lagunas defensivas, llegamos a la final de dos competiciones, la Carling Cup y la Europa League. Lamentablemente, perdimos ambas.

Cuando me invitaron a hablar de fútbol en Basilea a principios de julio de 2016, durante la Eurocopa, acepté de inmediato. Le dije a Ridvan Askin, el organizador de la conferencia, que hablaría de Klopp. Sentía la fuerza del destino soplando sobre mi espalda como una confluencia de vientos huracanados. El Liverpool se había embarcado en una trayectoria inverosímil en la Europa League, había derrotado al Manchester United, nuestro rival histórico; al Borussia Dortmund, el antiguo equipo de Klopp (regresaremos más tarde a ese encuentro) y al Villarreal en las semifinales. La final se iba a celebrar en el estadio de St. Jakob de Basilea el 18 de mayo, y me imaginé llegando a la ciudad para regodearme en nuestra victoria sobre el Sevilla. Pero perdimos por 3 a 1. De hecho, en la segunda parte nos dieron todo un repaso. En esa ocasión vi el partido en un pub del sur de Londres, de nuevo

con mi hijo y dos de sus colegas. Nos fuimos al descanso con la comodidad de estar un gol arriba. Yo llevaba mi réplica de la camiseta roja del Liverpool de 1976 («la Camiseta»), con su cuello en uve y su manga corta, y me fui a mear confiado, sonriente. Le dije al tipo que tenía al lado en el urinario: «Creo que le hemos tomado la medida al Sevilla y que vamos a ganar». Él se declaró más escéptico. Y tenía razón. A los diecisiete segundos del inicio del segundo tiempo, tras el previsible error defensivo del malhadado Alberto Moreno, el Sevilla marcó y nosotros perdimos por completo la forma y la confianza. El centro del campo pareció implosionar; Coke (su verdadero nombre es Jorge Andújar Moreno), del Sevilla, marcó otros dos goles excelentes y ya no llegamos a recuperarnos, en ningún momento pareció que pudiéramos volver a entrar en el partido. Fue horrible. Mi hijo y yo apenas nos dirigimos la palabra tras el final, de lo decepcionados que nos sentíamos. A la mañana siguiente volé de regreso a Nueva York con el peso de la derrota encima. Y todavía lo siento..., al menos un poco.

Así que lo de Basilea fue un auténtico fracaso, una humillación y una capitulación ante un equipo mejor organizado, más fuerte, más efectivo y más experimentado. Pero de la derrota siempre se puede extraer alguna lección. El fútbol no sólo consiste en ganar. Por lo general, consiste en perder. Tiene que ser así. Pero lo más extraño del fútbol no es la derrota como tal. Como he dicho antes, lo que te mata no es perder. Lo que te mata es la esperanza renovada. La esperanza al inicio de cada nueva temporada. La esperanza que viene a hacerte cosquillas en los pies, hasta que te das cuenta de que, como dice la poeta y experta en el mundo clásico Anne Carson, tienes las plantas de los pies ardiendo.<sup>26</sup> A menudo, el fútbol puede representar una experiencia injusta, donde de manera plenamente justificada sientes que la derrota se ha debido a los errores arbitrales, al estado del terreno de juego o simplemente al mal tiempo. Pero a veces resulta simplemente que un grupo superior de jugadores le ha dado un repaso a tu equipo. Es otro tipo de dolor, el que brota cuando te das cuenta de que tu equipo no es lo suficientemente bueno. Pero el cosquilleo de la esperanza sigue vibrando y quemándote la planta de los pies.

## EL TIEMPO DE KLOPP

Los debates acerca de Jürgen Klopp se caracterizan a menudo por el uso de banalidades: su pasión por el «fútbol *heavy metal*», por el *Vollgas-Fußball* («fútbol a todo gas») y por el *Gegenpressing* (la presión avanzada nada más perder el balón), o el hecho de que sea un «tipo normal» en vez de un «tipo especial»,\* dueño de esa sonrisa tan característica. Aunque las entrevistas que le hacen son siempre entretenidas, no resultan necesariamente reveladoras. Pero hay una palabra recurrente en su léxico que me interesa en particular: *el momento*. Para él, el fútbol consiste en la creación de un momento, aquello a lo que me he referido antes como el momento entre momentos. Bien, me gustaría enlazar esto con una idea que podemos encontrar en *Ser y tiempo* (1927), la obra filosófica más importante de Martin Heidegger, cuando habla del *Augenblick*, el instante en que se mira o el parpadeo. Y quiero hacerlo no sólo porque Klopp se criara en el pueblecito de Glatten, que se encuentra a menos de cien kilómetros de Freiburgim-Breisgau, donde Heidegger estudió y trabajó más o menos a lo largo de toda su carrera; tampoco porque a Heidegger le gustara el fútbol, sintiera un profundo respeto por la capacidad de liderazgo del Káiser Franz Beckenbauer y tuviera un televisor escondido en su despacho para poder ver los partidos. La razón es más bien que deseo pensar sobre la experiencia temporal en relación con el fútbol. Como decía antes, el fútbol tiene que ver con las alteraciones temporales. La que me interesa en particular comienza con el tiempo de reloj, el tiempo común y corriente de la vida cotidiana, que avanza ineludible desde el ahora del presente hacia el ahora-todavía-no del futuro antes de escurrirse hacia el ahora-ya-no del pasado: tic tac, tic tac, tic tac.









El tiempo de reloj halla su confirmación en el tiempo lineal y cronometrado de los noventa minutos de partido, cuya cuenta el árbitro y sus asistentes llevan diligentemente. Opuesto a éste aparece lo que podríamos denominar como el tiempo de Klopp, el momento de euforia, el instante, cuando nos elevamos y abandonamos el tiempo de reloj para entrar en una experiencia temporal distinta. En un apartado crucial que llega bastante avanzado el argumento de *Ser y tiempo*, Heidegger hermana una serie de conceptos que había desarrollado en los capítulos anteriores del libro.<sup>27</sup> El pasaje en sí mismo es bastante complejo, así que lo resumiré. En el momento de mirar, nos vemos arrastrados por un arrebató que nos aparta de la inmersión en la vida cotidiana y nos lleva a encontrarnos, verdaderamente y por vez primera, con esa cotidianidad. En lo que dura un parpadeo, somos transportados desde el tiempo de reloj –lo que Heidegger denomina la «intratemporalidad» o el flujo en apariencia interminable de «ahoras»–, hacia un éxtasis en el que descubrimos el mundo de «lo a la mano» [*Zuhandensein*] y de «lo que está ahí delante», «lo que está a la vista» [*Vorhandensein*]. El contraste entre «lo a la mano» y «lo que está ahí delante» había sido desarrollado ampliamente en la primera parte de *Ser y tiempo*, y estos dos conceptos describen las categorías bajo las que se puede aprehender el mundo. Es decir, ya como el mundo de elementos útiles, normal, familiar y con valores añadidos que nos rodea y con el que mantenemos una relación práctica, o como el mundo de los objetos de valor neutro que examinamos teóricamente a la manera de un filósofo o de un científico.

Lo que señala Heidegger es que ambas categorías, teoría y praxis, son aprehendidas por primera vez como lo que son desde el punto de vista del éxtasis del instante. Para que quede claro, aquí el éxtasis no es una suerte de embriaguez alcohólica y dionisiaca, sino que se trata de un arrebató firme, de un éxtasis sobrio que percibe la indiferencia de lo cotidiano hacia su ser y lo empuña a modo de Situación [*Situation*], uno de los conceptos clave de *Ser y tiempo*. La Situación es el lugar donde nuestro «ser ahí», lo que Heidegger denomina el *Dasein*, se revela no como los sucesos azarosos de un mundo aparentemente fuera de nuestro control, sino que es capturado como un contexto rico en posibilidades para la acción. No es que dejemos el mundo o a nosotros mismos atrás, como si Heidegger se hubiera limitado a poner al día el mito de la caverna platónica, sino que nos vemos con claridad a

nosotros y al mundo por lo que somos y, en ese momento de visión, abrazamos la existencia en sus múltiples posibilidades. Nos mantenemos firmemente anclados en el arrebató del momento. Y el momento no dura más que un instante, un parpadeo. Pero, en ese momento, el tiempo de reloj se frena, se convierte en el tiempo de Klopp, abre la posibilidad de otra experiencia temporal y de ese modo posibilita la historia, una historia de momentos.

## LA HISTORICIDAD DEL FÚTBOL

El hincha vive por esa historia de momentos, vive con ella y a través de ella. Para ser un hincha hay que crear y poseer una historia de ese tipo, o, mejor incluso, hay que cocrearla y ser capaz de compartirla con los demás, de relatarla, además de disfrutar de la posibilidad de generar nuevos momentos. Es al compartir esos momentos que surge la unidad entre los hinchas, que éstos quedan ligados en el seno de un colectivo, de una comunidad, de una asociación de sentimentalidad profunda. En palabras de Sartre, a quien ya hemos citado antes, se pasa así del carácter serial de una línea de individuos reunidos por el azar, como los que esperan el autobús o hacen cola para entrar en el cine, a un grupo fusionado, una fuerza compacta y unificada por un juramento de fidelidad.

Voy a dar cuerpo a esta línea de pensamiento con el ejemplo concreto de un partido memorable. En la segunda vuelta de los cuartos de final de la Europa League que jugó contra el Borussia Dortmund el 14 de abril de 2016, el Liverpool concedió dos goles en los primeros diez minutos y se encontró con un 3-1 abajo en el global de la eliminatoria. Llegó el descanso y Klopp desapareció rápidamente camino del vestuario. Se lo veía muy tranquilo, relajado, porque la actuación del equipo, en su opinión, era buena y, en efecto, el Liverpool había creado un montón de oportunidades. La clave para entender la aproximación al fútbol de Klopp consiste en no centrarse en los goles encajados o en las derrotas. Todos los equipos acaban perdiendo. A lo que siempre presta atención –firme y sobriamente– es al rendimiento del equipo, porque ésa es la clave de su desarrollo. Lo que debe ser entendido y celebrado es la actuación de los jugadores, no el número de goles que marquen. Al parecer, cuando Klopp analiza los partidos con su núcleo duro de ayudantes –el segundo entrenador, ŽELJKO «el Cerebro» BUVACĀ, y su analista de vídeo, Peter «los Ojos» Krawietz–, nunca ve los goles. Se los quitan del montaje. Así que, aunque el Liverpool perdía por un global de 3 a 1 en el descanso, Klopp estaba contento con el rendimiento de los suyos. Y les dijo que tenían la oportunidad de «crear uno de esos momentos que luego podréis contar a vuestros nietos»; a saber, la creación de una historia, de lo

que Heidegger llamaría una herencia, cuya esencia consiste en la repetición o la reproducción, como intenté mostrar antes.







Como los aficionados al fútbol saben bien, la mayoría de partidos no son memorables y tampoco tardan en ser relegados al olvido. Aquello a lo que nos aferramos, lo que le proporciona al hincha una experiencia de la historicidad, de la memoria compartida y de la colectividad de un grupo fusionado, es la serie de momentos que compartimos: 1977, 1978, 1981, 1984, 2005, cuando el Liverpool ganó la Copa de Europa y la Champions League. Pero también hay otro tipo de momentos, como la desgraciada tragedia del estadio de Heysel en 1985, que dejó un saldo de treinta y nueve personas muertas, casi todas ellas hinchas de la poderosa Juventus; o la tragedia de Hillsborough en 1989, que provocó la muerte de noventa y seis seguidores del Liverpool a manos de la policía de South Yorkshire. (Mi primo David estaba en la grada de Leppings Lane, donde se produjeron todas las víctimas, y –en aquellos lejanos días antes de que hubiera teléfonos móviles– no hubo manera de que se pusiera en contacto con nosotros durante más de veinticuatro horas. Temimos seriamente por su vida). Como cualquier hincha del Liverpool sabe, los jugadores siguen luciendo un número 96, enmarcado por un par de llamaradas conmemorativas, en la parte trasera del cuello de la camiseta.

En su primera rueda de prensa, el 9 de octubre de 2015, refiriéndose a las elevadas expectativas que acompañan el trabajo de entrenador de un club grande como el Liverpool, Klopp dijo que «la historia es tan sólo nuestro punto de partida..., pero no te la puedes llevar la historia contigo en la mochila... El de ahora es un gran equipo. Éste es el momento perfecto para emprender dicho camino». Klopp sabe bastante de mochilas, teniendo en cuenta que la tesis con la que en 1995 obtuvo su diploma en Ciencias del Deporte llevaba por título *Walking: Bestandsaufnahme und Evaluationsstudie einer Sportart für Alle* («El caminar: Balance y estudio evaluador de un tipo de deporte al alcance de todo el mundo»; ciertamente, no el más excitante de los lemas). Hay en Klopp una fuerte faceta de determinación heideggeriana, además de una ética de trabajo obsesiva y hasta puritana. No deja de destacar constantemente que el Liverpool es un gran equipo, y añade esa exhortación crucial y voluntarista: «Si nosotros queremos..., si nosotros queremos». En lo referente a entrenar a un club como el Liverpool, dijo, como si se tratara de un eco de la Situación de Heidegger: «Siento la presión antes de cada partido y entre un partido y el siguiente, desde luego, pero sólo como incentivo para



desarrollarme y mejorar lo antes posible. Debo aceptar esta situación». Y, de nuevo: «La presión está ahí, pero el arte está en sentirla a fin de ganar los partidos». Un aspecto que también es fundamental en Klopp, y que hace que su estilo táctico sea claramente diferente respecto a la precisión orquestada de las grandes escuadras del Barcelona, o al cinismo defensivo de algunas estrategias de contraataque, es el énfasis particular que pone en la emoción, el sentimiento, la pasión, lo que Heidegger denomina *Stimmung* y *Grundstimmung*, el estado de ánimo y el estado de ánimo fundamental. Para Klopp, aunque tanto él como su equipo técnico evidentemente utilizan datos, el fútbol no tiene que ver sólo con los análisis biométricos o estadísticos de cada faceta del partido que realiza un jugador, y mucho menos con el *packing rate*. Tal sería el error del objetivismo en el mundo del fútbol. Pero el fútbol tampoco se basa sólo en el rendimiento del equipo, en aceptar la presión y abrazar la situación. En cambio, el fútbol se basa en jugar desde y por la emoción, desde y por la pasión; en él, todo se articula de cara a conseguir un estado de ánimo fundamental. La tarea del entrenador consiste en gestionar ese estado de ánimo y permitir que florezca en el juego individual y, aun más importante, en el colectivo; que la acción colectiva del equipo permita que florezca la acción individual y que ésta se alimente de la energía y la música de los hinchas. Obviamente, Klopp no es el único en poner ese énfasis en el estado de ánimo; ahí están Antonio Conte, Guardiola, Mourinho o Wenger, pero el volumen que usa Klopp es indiscutiblemente más alto y su pasión, más intensa.







Voy a arriesgarme a presentar otra analogía con Heidegger, esta vez relacionada con el *Angst* o la ansiedad. Para Heidegger es importante distinguir entre el miedo, que siempre es un temor hacia algún ente o realidad del mundo, y la ansiedad, que no tiene nada en particular como objetivo. En lo relativo al fútbol, la ansiedad no es el miedo a cometer algún error, a perder la posesión o incluso a caer derrotado. La ansiedad no tiene nada que ver con los nervios. No, la ansiedad es ese humor básico o estado de ánimo fundamental que se da cuando nuestro ser al completo se despliega en el interior de la experiencia temporal, el momento en que nos sentimos vivos como nunca antes. La ansiedad, y esto tiene su importancia, es una suerte de júbilo, o lo que Heidegger denominó en su conferencia *¿Qué es la metafísica?*, de 1929, una tranquilidad, una especie de calma extasiada. En otro lugar, habla de la «valentía de la ansiedad». En esos instantes de ansiedad valerosa y alegre, no sentimos ninguna preocupación, no sentimos ningún miedo, nos centramos por completo en asir la situación y el movimiento del juego. En su mejor momento, cuando uno se centra por completo en el juego, creo que ese tipo de calma ansiosamente extasiada describe la experiencia del hincha. En cualquier instante puede llegar el momento.

## LA RECUPERACIÓN

La clave, para Klopp, está en la fe. Como él mismo dijo: «Si alguien quiere ayudarnos, tiene que pasar de ser un escéptico a ser un creyente. Es algo muy importante». Por supuesto, volviendo al tema del puritanismo de los entrenadores, Jürgen Klopp es un cristiano que jamás ha intentado esconder que cree en Dios. Cuando mi colega Roger Bennett le preguntó cómo se las arreglaba para responder al cinismo del mundo del fútbol con ese optimismo y alegría aparentemente insondables, él contestó sin dudar: «Creo en Dios y mi único deber es hacer lo mejor en esta vida... Sólo siento presión por ser un buen ser humano». Es una emoción maravillosamente sincera y desarmante, y no tengo motivos para dudar de ella. La cuestión que de veras me parece interesante, y quizá un tanto absurda, es la relación entre la fe en Dios y la fe en un equipo de fútbol. No cabe duda de que el concepto del momento que he intentado describir presenta una marcada cadencia religiosa. El instante, el *Augenblick*, es la traducción que Lutero hizo del *kairós* en San Pablo, ese momento adecuado u oportuno en el que uno puede decidir si realiza un acto de fe y pasa a creer en Cristo resucitado. Desde luego que hay muchas razones para creer, como hay muchas razones para no creer, pero el acto de fe es algo por naturaleza irracional, la locura de una decisión que te lleva a ver la Situación por lo que es, con lo que antes he definido como un éxtasis sobrio, un arrebató firme. Eso es lo que representa ser un hincha. Puesto que, a diferencia de Klopp, no soy cristiano, el Liverpool Football Club es lo más cerca que puedo estar de una experiencia religiosa.

Hablando de intervenciones divinas (y desde luego que sería fantástico poder fichar a Jesucristo nada más recibir la carta de libertad del FSV Nazaret 00), regresemos a lo que sucedió en el segundo tiempo contra el Borussia Dortmund de aquel 14 de abril de 2016. Se trató, sin duda, de un momento. Después de que Divock Origi marcara el 1-2 para el Liverpool, Marco Reus puso el 1-3 para el Dortmund con un gol sublime, desmarcándose por el lado izquierdo del área antes de superar al portero con un disparo de rosca con la diestra. Le mandé un mensaje a mi hijo que decía «Se acabó» y me dejé caer sobre el sofá. Pero, nueve minutos más tarde, Philippe Coutinho, «el pequeño

maestro», volvió a anotar para el Liverpool y el ánimo del estadio pareció cambiar de golpe. Todos lo notaron. Una fe contundente se propagó entre los hinchas y el equipo. La conexión entre unos y otros comenzó a crecer segundo a segundo, se convirtió en una intensidad extraña y salvaje, pero concentrada. El Dortmund también la sintió. Su centro del campo, hasta entonces dominante, pasó a contraerse y retroceder; sus contraataques, atterradoramente veloces, dejaron de producirse, y su defensa reculó cada vez más. Aquélla posiblemente iba a ser una de las grandes noches europeas de Anfield. Mamadou Sakho empató el encuentro con un rudimentario cabezazo en el minuto 77, pero el Liverpool seguía necesitando un gol más por los tantos que el Dortmund había anotado en campo contrario. Entonces, en el minuto 91, Daniel Sturridge recibió el balón y se lo pasó al espacio a James Milner, quien aceleró hacia la línea de fondo y centró con pericia al segundo palo para que Dejan Lovren cabeceara el gol de la victoria.

Anfield entró en erupción. Durante un par de segundos, como si aún no hubiera comprendido lo que acababa de suceder, Klopp se mantuvo extrañamente inmóvil. Fue un momento. No hizo una mueca desencajando la mandíbula (una expresión que odio) ni lanzó el puño cerrado hacia arriba (un gesto adolescente sobre el que también tengo mis dudas, aunque suelo hacerlo cuando veo los partidos solo y la verdad es que me hace sentir bien). Lo más extraño es que el gol de la victoria no representó ninguna sorpresa. Fue como si hubiera estado destinado a pasar. Pareció cosa del destino, o la intervención de algún *deus ex machina*. Thomas Tuchel, antiguo ayudante de Klopp, a quien había reemplazado con éxito como entrenador del Dortmund, describió el resultado como «ilógico». Llevaba razón. A veces, el fútbol desafía la lógica, y éstos son los momentos por los que vivimos.<sup>28</sup>

La rueda de prensa de Klopp posterior al partido resultó interesante, condensó buena parte de lo que he intentado transmitir acerca del momento, del desempeño y la emoción, del ánimo y el estado de ánimo fundamental. Klopp comentó que, durante la charla del descanso, recordó el momento de la final de la Champions League de 2005 en Estambul, cuando el Liverpool se recuperó de un 3-0 en contra para llegar a la prórroga y acabar venciendo al AC Milan en la tanda de penaltis. Fue una referencia obvia, quizá, pero aun así efectiva. La cuestión es que la consciencia de la historia de ese momento ampara una repetición del mismo o su recuperación, lo que Heidegger denominaría un *Wiederholung*, en un nuevo momento histórico, que a su vez

aporta su potencial para la creación de momentos futuros, de un nuevo legado. Simplemente, no estaba ahí. Es como si la memoria de los hinchas formara un archivo viviente de significado, un vasto depósito histórico al que se puede recurrir para empaparse en él. Que el Liverpool acabara cayendo derrotado en la final de aquella Europa League en Basilea ante el Sevilla no representa una refutación de esos momentos. Como he dicho, siempre hay derrotas. Es la naturaleza del juego. La cuestión es cómo un equipo se aferra a su historia a fin de aceptar la derrota y volver a intentarlo, una y otra vez, sin descanso, unido y cada vez más fuerte.

Marcelo Bielsa apunta que la función del entrenador consiste en dar forma al equipo, en asegurarse de que tenga un estilo y de que sus jugadores sean receptivos a jugar de una determinada manera. El estilo preferido de Bielsa se denomina «protagonismo» y es lo contrario que el juego de contraataque, pues consiste en mantener la pelota alejada del rival para reducir todo lo posible su tiempo de juego. Ésa es una de las maneras con las que se podría describir el tipo de juego que Klopp implantó en el Liverpool durante los primeros compases de la temporada 2016-17. Aunque el equipo contaba con auténticos talentos individuales, lo verdaderamente excitante fue ver las configuraciones dinámicas que se establecieron entre diferentes grupos de jugadores; en particular, la fluida y hermosa matriz que amparó los veloces tuya-mía a uno o dos toques entre Roberto Firmino, Philippe Coutinho, Adam Lallana y Sadio Mané. Cuando el Liverpool jugó bien, esa forma protagonista fue bastante evidente. Cada vez que se perdía la posesión, ésta se recuperaba con rapidez, y, cuando se fallaba una ocasión, el equipo era capaz de reagruparse de inmediato para volver a atacar. Aunque algunos de los goles marcados por el Liverpool fueron gloriosos, a menudo la finalización, el último toque, fueron aspectos casi secundarios de los movimientos formales del juego, como el punto que marca el final de una frase y el inicio de otra.









¿Qué falló, pues? El Liverpool se vio aquejado de una evidente debilidad defensiva, además de sus recurrentes problemas en la portería y de una alarmante tendencia a sufrir episodios en los que se derrumbaba súbitamente y el equipo parecía experimentar una crisis de fe colectiva. Quizá ése sea el defecto letal del planteamiento de Klopp y su énfasis en la pasión: que se funde demasiado fácilmente con la manera en que el fútbol inglés ha favorecido la emoción pura sobre la técnica y el sentido táctico. Cosa que no sucede en otras culturas futbolísticas, como la italiana, por ejemplo.

Hablando de Italia, el Chelsea de Antonio Conte se impuso con bastante facilidad en la Premier League inglesa. Contaron con una estructura defensiva hermética y de fiar, con unos laterales rápidos y ofensivos, con un portero mejor y con la innegable genialidad de Eden Hazard y Diego Costa. Por encima de todo, lo que el Chelsea exhibió, y quizá ésa sea la virtud más importante de todo equipo fuerte, fue una consistencia que condujo al equipo, al rival y a los hinchas de ambos a ser cada vez más conscientes de que no iban a perder. Y no lo hicieron.

Pero siempre habrá una próxima temporada..., ¿verdad?

## REPULSIÓN

Espero que a estas alturas ya haya quedado claro: amo el fútbol. Pero muy a menudo me pregunto si no lo amo demasiado, y eso me lleva a perderme y extraviar mi sentido crítico con demasiada facilidad. Quizá deberíamos sospechar profundamente del fútbol y mostrarnos más críticos que festivos acerca del rol que desempeña en nuestras vidas. Como decía al principio de este libro, existe una contradicción entre la forma del fútbol en cuanto asociación, socialismo y praxis colectiva, y su contenido material, que no es otro que el dinero en sus manifestaciones más excesivas y grotescas. Como dijo Bielsa hace algunos años: «El mundo del fútbol cada vez se parece menos al aficionado y más al empresario».<sup>29</sup> Yo escribo, debo reconocerlo, desde el punto de vista del hincha, pero el éxito de un equipo se juzga cada día más según criterios de productividad corporativa: según les devuelva a sus propietarios los dividendos de su inversión. Bien, no creo yo que esa contradicción entre forma y contenido pueda resolverse de un modo que nos permita simplemente sentirnos bien con el juego. Ésa no ha sido mi intención. En cambio, la contradicción entre forma y contenido es una herida abierta y supurante, lleva a que el juego nos haga sentir tanto deleite como repulsión, a veces en un mismo instante, y parte de esa repulsión se dirige especialmente hacia nosotros mismos, por la manera en que el espectáculo nos atrapa y nos cautiva.

El fútbol puede ser algo terrible. Es un potente opiáceo que seda a quienes son adictos a él, que agota sus energías y distrae su atención de las luchas sociales de la época y el lugar en el que viven, tanto más importantes; incapacita nuestro potencial para la acción política. El fútbol es, sin duda, una forma de psicología de masas que da licencia a las más atroces formas de tribalismo a nivel de clubes y al más desagradable nacionalismo a nivel de selecciones. Aunque el imperio suele contraatacar (como cuando, pongamos por caso, Argelia derrota a Francia o Irlanda vence a Inglaterra), el fútbol es un vehículo para las suposiciones colonialistas más obsoletas sobre la relación entre los nativos, debidamente patrióticos, y los extranjeros, manifiestamente inferiores y deshonestos; entre un «nosotros» y un «ellos»

donde el «nosotros» siempre es mejor que el «ellos». Esto se puede encontrar en algunos textos dedicados al fútbol, especialmente cuando alguien como David Stubbs lo convierte en maravilloso objeto de sátira a través de su personaje del Teniente Coronel, para quien cada partido internacional que juega Inglaterra es una nueva prueba de su superioridad racial.<sup>30</sup>









Pero, incluso cuando intentan efectuar un comentario de tipo más serio, algunos textos futbolísticos continúan padeciendo la dolorosa resaca de una serie de actitudes colonialistas. Con frecuencia se usa un tono paternalista y petulante hacia otras culturas, ya sea como método para degradarlas, ya sea desde la idealización romántica. Y es importante recordar que la idealización romántica del contrario como una especie de noble salvaje que juega de manera supuestamente más natural y vital (una actitud muy ligada al Brasil de los años cincuenta y sesenta, y en décadas más recientes a las selecciones nacionales de África) es en sí expresión de su degradación por parte del discurso colonialista. Pese al (espero que) ineludible ascenso en popularidad del fútbol femenino, sobre todo en lugares como Estados Unidos, no hay duda de que el fútbol refuerza una serie de lamentables normas de género y hace que aflore un sentido de la masculinidad que ya se había derrumbado, como sucedió con el fenómeno del «chavalismo»\* en torno al fútbol del Reino Unido. De algún modo, simplificando las cosas en exceso, podría afirmarse que la estructura misma del juego, con el entrenador encarnando de manera invariable el rol de padre que se rodea de sus hijos queridos, lo cual se refleja en las relaciones paternofiliales que hay entre los hinchas, es uno de los más poderosos testimonios de la persistencia del patriarcado. Incluso cuando la jerarquía padre/hijo se ve reemplazada por metáforas de profesor/alumno o general/ soldado, y aceptando que algunas culturas futbolísticas son más democráticas que otras –como en Holanda, donde los jugadores tienen la costumbre desde hace mucho de contestarle al jefe–, el fútbol sigue estando profundamente marcado por el paternalismo, y puede tender con facilidad al autoritarismo.

Si el fútbol –tal y como clarifica la labor de Norbert Elias en la sociología deportiva, tan innovadora como históricamente detallada– ofrece una microsociología de las figuraciones dinámicas de grupos que constituyen formaciones macrosociales de carácter más amplio, nosotros no deberíamos hacer oídos sordos a la naturaleza perversa de dichas formaciones.<sup>31</sup> Todo lo contrario. Debemos ser lúcidamente conscientes de ellas. Tomemos el ejemplo de la violencia. Elias narra una historia cautivadora, sustanciosa y cuidadosamente documentada acerca del papel del deporte en lo que él denomina «el proceso de la civilización». Comenzando con la violencia de la llamada Guerra Civil Inglesa del siglo XVII, Elias compone un argumento

sobre lo que él llama «pacificación», donde la violencia física propiamente dicha se ve sublimada a través de la disputa simbólica entre los dos partidos rivales del Parlamento Inglés durante el siglo XVIII: los liberales y los conservadores. Para Elias, el proceso de pacificación estuvo íntimamente ligado a la creciente popularidad en Inglaterra de los pasatiempos en forma de deporte. Por tanto, la emergencia allí de los deportes se encuentra conectada de manera intrínseca con un gobierno parlamentario que se caracteriza por el traspaso pacífico del poder entre un partido político y el otro. Así pues, la codificación de deportes como el fútbol en la Inglaterra de mediados del siglo XIX es expresión de un proceso de pacificación que no deja de crecer y ampliar sus fronteras. El deporte es la sublimación de la guerra civil. Y el fútbol es la continuación pacífica, y regida por leyes, de unos conflictos que habían encontrado su expresión en la violencia de tiempos anteriores y menos civilizados.

Elias cuenta una historia encantadora. Una historia muy bonita. Si tan sólo fuera real... El inconveniente más simple que se le puede poner es que, incluso si lleva razón acerca de la pacificación de la violencia en Inglaterra entre los siglos XVII y XIX (y no creo que esto sea evidente, y hay maneras mucho más convincentes y problemáticas de recontar la historia de la lucha de clases inglesa durante ese período), la violencia política se transfiere desde la madre patria hacia las colonias con una crueldad y una eficacia cada vez mayores. La «paz» en la madre patria sólo es posible gracias a la violencia política organizada que supone la colonización, un proceso de expropiación que encuentra legitimidad en la violencia de la ley. Por supuesto, como los lectores de Walter Benjamin sabrán perfectamente, este argumento resulta escasamente original. Pero eso no impide que sea verdad. Lo que quiero decir es que el fútbol no consiste en una pacificación de la violencia, sino que es una cierta organización legal de esa violencia, una cierta codificación colonial de unos métodos de violencia social que constantemente amenazan con desbordarse en forma de violencia real, tal y como demostró el ascenso del vandalismo futbolístico en Inglaterra durante los años setenta y ochenta, una tradición de brutalidad ultranacionalista que hoy puede encontrarse en muchos, muchos otros lugares: Rusia, Italia, Ucrania, Egipto, Turquía... La lista es interminable. Desde tiempos de los primeros registros del período medieval inglés, el fútbol siempre ha sido violento. Y continúa siéndolo. El

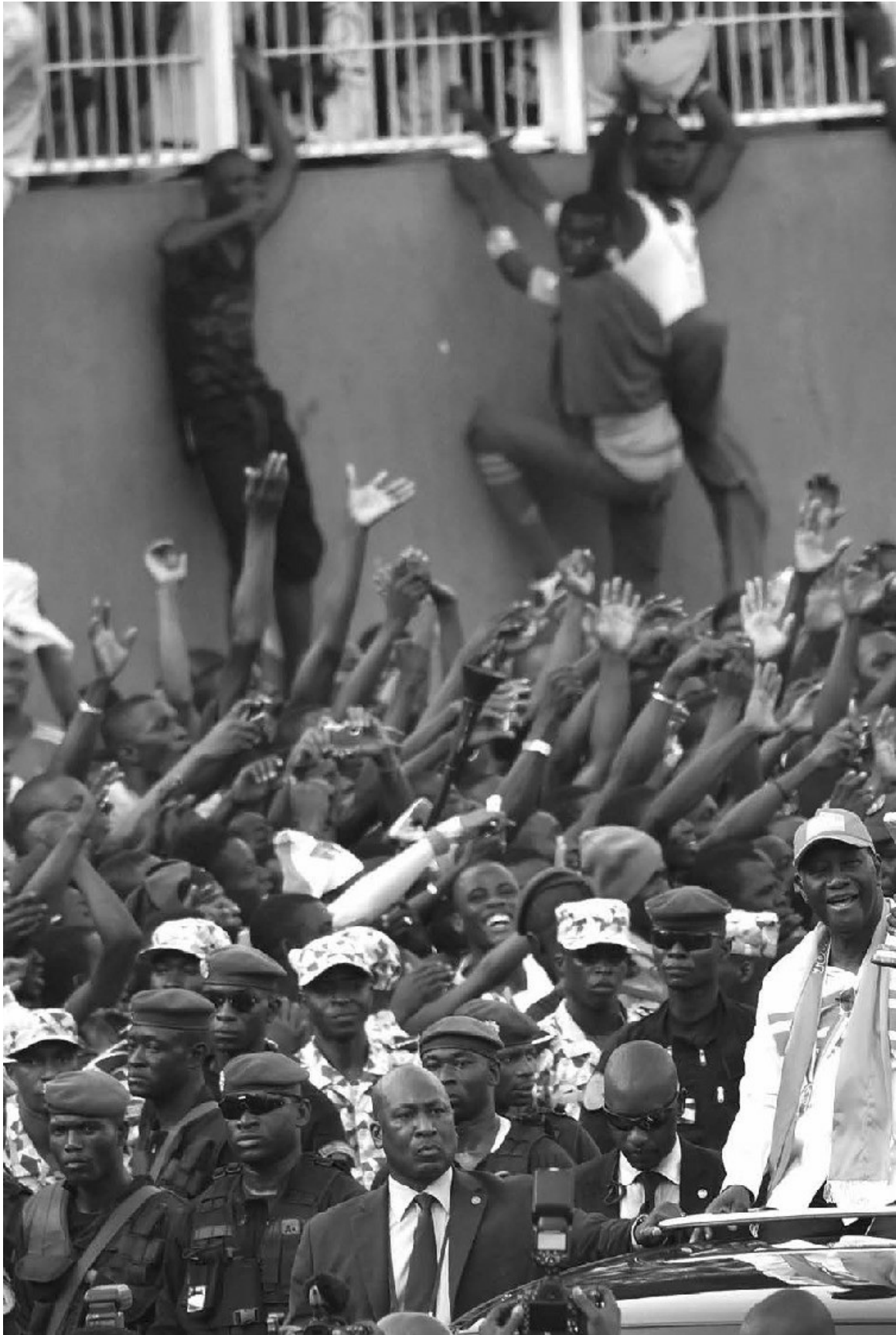
fútbol nos permite ver la historia de violencia de la que hemos emergido, pero no nos ofrece nada parecido a la paz. Parafraseando a Raymond Williams, hablar de paz allí donde no

la hay equivale a no decir nada.

El nexo entre el colonialismo y la violencia de la ley se puede percibir en la misma estructura gubernamental que continúa administrando el juego del fútbol: la International Football Association Board. Relativamente pocas personas parecen conocer la existencia de este organismo fundado el 2 de junio de 1886, cuando dos representantes de cada una de las asociaciones futbolísticas de Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda se reunieron en Londres para normalizar las leyes del Fútbol Asociado. La Fédération Internationale de Football Association (FIFA) se formó en París en 1904 y fue por fin admitida en la IFAB en 1913. Aunque la FIFA es el organismo que gobierna el fútbol, la autoridad jurisdiccional sigue compitiendo a la IFAB. Y, aunque la IFAB publica las normas del juego en francés, alemán y español, sólo la versión inglesa de las mismas tiene autoridad jurídica. Tras la partición de Irlanda en 1921, como ya he dicho antes, se fundó la Asociación de Fútbol de Irlanda (FAI), pero ésta no se halla representada en la IFAB porque no forma parte del Reino Unido. Curiosamente, cada una de las asociaciones futbolísticas del Reino Unido dispone de un voto, mientras que la FIFA tiene cinco. Para efectuar cualquier cambio en las reglas hacen falta tres cuartos de los votos, lo que significa al menos seis. Por tanto, curiosamente, para realizar cualquier alteración hace falta el apoyo de la FIFA, que a la vez no es suficiente por sí solo. Aún haría falta el apoyo de al menos una de las asociaciones del Reino Unido. El 19 de mayo de 2016 se publicó una extensa revisión de las reglas del juego que incluía una impresionante cantidad de detalles, como por ejemplo estipular el color de la ropa interior de los jugadores, que debe ser el mismo que el de sus pantalones.<sup>32</sup>

Capitalismo, mercantilización, colonialismo, nacionalismo, psicología de masas, patriarcado y codificación legal de la violencia... Éstos son los motivos por los que continuamente relaciono deleite y repulsión en lo referente al fútbol. Sentarse a disfrutar de un partido, por inocente que parezca, no lo salva a uno de los horrores del mundo globalizado y neoliberal, como tampoco nos abstrae a un reino más elevado y sacro de experiencias ritualizadas. No, al contrario; ver un partido lleva a que uno se sienta constantemente comprometido por esos horrores, por esas injusticias

manifiestas; nos quedamos atrapados entre las capas de los medios de comunicación y la meditación. Ver un partido de fútbol es contemplar la cara más nauseabunda y aterradora de nuestro mundo. La belleza no es más que el punto de partida del terror. Si el fútbol es una imagen de nuestra época, en él vemos lo peor que nos rodea, sus aspectos más chillones, con todo ese despliegue de opulencia y poder financiero. Pero el fútbol no desvía nuestra mirada de ese mundo. Y los hinchas no se comportan como incautos bobalicones ante el poder. Están muy lejos de ser estúpidos. Saben lo que está pasando. Saben cómo funciona ese deporte y todo lo que hace falta, en términos económicos, para construir y mantener un equipo de éxito.









Pero los hinchas saben también que, aunque sólo sea por un instante, cuando llega ese momento de momentos, puede haber algo más, un algo que es lo que he intentado describir en estas páginas, que no trata sobre la victoria sino sobre la consecución de lo que podríamos llamar un esplendor. En esos momentos, mágicos e irresponsables, surgen el trance y el deleite, la forma del fútbol brilla sobre su materia, brotan una figuración dinámica llena de belleza, la dramática expresividad del juego, un movimiento de libre asociación entre los jugadores y también entre los hinchas, el hechizo de un éxtasis sensorial. En esos momentos, contenemos el aliento. Algo diferente, algo maravilloso, se presenta ante nosotros. Pero se marcha. Espiramos. Y el espectáculo del horror sigue su curso.

## BIBLIOGRAFÍA

- BEWES, TIMOTHY. «“Form Resists Him”: The Event of Zidane’s Melancholy», *New Formations*, n.º 62 (otoño de 2007), pp. 18-21.
- BURNETT, D. GRAHAM. «On the Ball», *Cabinet*, n.º 56.
- CARSON, ANNE. *Antigonick*. New Directions, Nueva York, 2012.
- CONNOR, STEVEN. *A Philosophy of Sport*. Reaktion, Londres, 2011.
- ELIAS, NORBERT. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1991.
- FOER, FRANKLIN. *El mundo en un balón*. Debate, Madrid, 2004.
- GADAMER, HANS-GEORG. *Verdad y método*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2014-2017.
- GALEANO, EDUARDO. *El fútbol a sol y sombra*. Siglo XXI, Madrid, 2015.
- GOLDBLATT, DAVID. *The Ball is Round: A Global History of Football*. Penguin, Londres, 2007.
- GOLDBLATT, DAVID. *The Game of Our Lives: The Meaning and Making of English Football*. Penguin, Londres, 2015.
- HANDKE, PETER. *El miedo del portero al penalti*. Alfaguara, Madrid, 2010.
- HEIDEGGER, MARTIN. *Hitos*. Alianza, Madrid, 2001.
- HEIDEGGER, MARTIN. *Ser y tiempo*. Trotta, Madrid, 2009.
- HUGHES, SIMON. *Red Machine: Liverpool FC in the 1980s*. Main stream, Edimburgo/Londres, 2013.
- KNAUSGAARD, KARL OVE y EKELUND, Fredrick. *Home and Away: Writing the Beautiful Game*. HARVILL SECKER, Londres, 2016.
- KUPER, SIMON. *Fútbol contra el enemigo*. Contra, Barcelona, 2012.
- LATOUR, BRUNO. *Nunca hemos sido modernos*. Debate, Madrid, 2003.
- MACEY, DAVID. «Un coup de boule n’abolira jamais...», *New Formations*, n.º 62 (otoño de 2007), pp. 15-17.
- MCCARTHY, TOM. *Typewriters, Bombs, Jellyfish: Essays*. New York Review of Books, Nueva York, 2017.

- MERLEAU-PONTY, MAURICE. *The Structure of Behavior*. Duquesne University Press, Pittsburgh, 1965.
- NAGEL, THOMAS. «What Is It Like to Be a Bat?», *The Philosophical Review*, n.º 83 (4), pp. 435-50.
- NEVELING, ELMAR. *Jürgen Klopp: The Biography*. Ebury Press, Londres, 2016.
- PAPINEAU, DAVID. *Knowing the Score*. Constable, Londres, 2017.
- PEACE, David. *Maldito United*. Contra, Barcelona, 2015. PEACE, David. *Red or Dead*. Faber, Londres, 2013.
- PASOLINI, PIER PAOLO. *Sobre el deporte* (Contra, Barcelona, 2015).
- RICHARDS (ed.), Ted. *Soccer and Philosophy*. Open Court, Chicago & La Salle, 2010.
- SARTRE, JEAN-PAUL. *Crítica de la razón dialéctica*, vol. 2. Losada, Buenos Aires, 2004.
- SERRES, MICHEL. *The Parasite*. University of Minnesota Press, Minneapolis, 2007.
- SIMPSON, PAUL y HESSE, Uli. *Who Invented the Stepover?* Profile Books, Londres, 2013.
- STEEN, ROB; NOVICK, JED Y RICHARDS, HUW. *The Cambridge Companion to Football*. Cambridge University Press, Cambridge, 2013.
- STUBBS, DAVID. *Send Them Victorious: England's Path to Glory 2006-10*. Zero Books, Winchester, 2010.
- TOUSSAINT, JEAN-PHILIPPE. *Football*. Fitzcarraldo, Londres, 2016.
- WILSON, JONATHAN. *Inverting the Pyramid: The History of Football Tactics*. ORION, Londres, 2008.

## CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

- p. 7: Final de la Copa del Mundo de 1966. Aliviado, Jack Charlton se deja caer de rodillas mientras Geoff Hurst (10) se aleja junto a Martin Peters tras completar su *hat trick* en los últimos segundos de partido. *Popperfoto*.
- p. 8: Marcel Desailly, del Chelsea, frente al Manchester United en un partido de marzo de 1999 que acabó sin goles. *Ben Radford/Allsport*.
- pp. 12 y 13: Ronaldinho, del AC Milan, participa en una sesión de entrenamiento en Dubái, en 2009. *Karim Sahib/AFP*.
- p. 17: Bill Shankly practicando sus andares de Wembley, en 1973. *Evening Standard/Getty Images*.
- p. 20: Paul Breitner, que marcó uno de los goles de la final del Mundial de 1974, en la que la República Federal de Alemania venció a Holanda por 2 a 1, en el banquete posterior al partido. *Rolls Press/Popperfoto/Getty Images*.
- p. 23: Sepp Blatter, el presidente de la FIFA, anuncia que Catar ha sido el país ganador para organizar el Mundial de 2022 en el Messe Conference Center de Zúrich, en 2010. *Laurence Griffiths/Getty Images*.
- p. 25: El argentino Diego Armando Maradona se enfrenta a una cuadrilla de defensas belgas durante el Mundial de 1982. Bélgica marcó al Pelusa en zona y ganó el partido por 1 a 0. *Steve Powell/Allsport*.
- p. 28: Un exhibicionista salta al campo en el partido de la Copa Inglesa entre el Liverpool y el Brighton & Hove Albion que se jugó en Anfield en febrero de 2012. *Paul Ellis/AFP/Getty Images*.
- pp. 32 y 33: Roberto Firmino celebra la consecución del segundo tanto del Liverpool en su victoria de liga en casa del Stoke City en abril de 2017. El texto griego de su tatuaje reza «Dios es fiel». *Chris Brunskill Ltd/Getty Images*.
- p. 36: Thomas Müller, el investigador del espacio alemán. *Contrast/Ralf Pollack/ullstein bild via Getty Images*.
- p. 40: El francés Laurent Blanc le planta un beso en la coronilla a su compatriota Fabien Barthez antes del partido de semifinales de la Eurocopa

de 2000 contra Portugal, en junio de 2000. *Olivier Morin/AFP/Getty Images*.

pp. 44 y 45: El uruguayo Luis Suárez detiene la pelota con la mano en el último minuto de la prórroga del partido de cuartos de final del Mundial de 2010 ante Ghana, que se jugó en Soweto, Sudáfrica. Asamoah Gyan falló el consiguiente penalti y Uruguay acabó ganando el partido en los lanzamientos desde los once metros. *Roberto Schmidt/AFP/Getty Images*.

p. 50: Bert Trautmann, portero alemán del Manchester City, hace malabarismos con varios balones durante un entrenamiento de 1951. Trautmann fue un antiguo prisionero de guerra alemán famoso por haber acabado la final de la Copa Inglesa de 1956 con el cuello roto, ayudando a que el City mantuviera la diferencia de 3 a 1 sobre el Birmingham hasta el pitido final. *Popperfoto/Getty Images*.

pp. 52 y 53: Los seguidores del Galatasaray lanzan bengalas al campo durante un partido de Champions League ante el Borussia Dortmund en noviembre de 2014. *Martin Rose/Bongarts/Getty Images*.

p. 58: El delantero portugués Eusebio celebra el gol que le marcó a Bulgaria en el partido de la Copa del Mundo de 1966 que terminó con victoria por 3 a 0 del equipo luso. *AFP/Getty Images*.

p. 60: George Best celebra el segundo gol del Manchester United ante el Benfica en la final de la Copa de Europa de 1968, que los ingleses ganaron por 4 a 1. *Popperfoto/Getty Images*.

p. 64: Unos seguidores de Serbia y Montenegro hacen ondear su bandera durante el partido del Mundial de 2006 que los enfrentó a Argentina. Su equipo, que jugaba por última vez, perdió 6 a 0. *Vladimir Rys/Bongarts/Getty Images*.

pp. 68 y 69: El delantero camerunés del Barcelona Samuel Eto'o celebra el triunfo en la final de la Copa del Rey española ante el Athletic de Bilbao por 4 a 1. *Lluis Gene/AFP/Getty Images*.

p. 72: Cristiano Ronaldo se lesiona durante la final de la Eurocopa de 2016 que enfrentó a Portugal y Francia en el Stade de France. *Dave Winter/Icon Sport via Getty Images*.

pp. 78 y 79: Los hinchas del Liverpool protestan contra el aumento del precio de las entradas durante el partido de la Premier League ante el Sunderland que se jugó en Anfield en febrero de 2016. *Lindsey Parnaby/AFP/Getty Images*.

- p. 82: Andrea Pirlo y Edinson Cavani intercambian sus camisetas tras el encuentro del Grupo D del Mundial de 2014 entre Italia y Uruguay que se disputó en Natal, Brasil. *Julian Finney/Getty Images*.
- pp. 84 y 85: Brian Clough durante un entrenamiento del Brighton en 1973. *Frank Tewkesbury/Evening Standard/Hulton Archive/Getty Images*.
- p. 91: John Barnes, del Liverpool, conversa con su entrenador, Kenny Dalglish, antes de enfrentarse a su antiguo club, el Watford, en 1987. El Liverpool venció por 4 a 0. *Bob Thomas/Getty Images*.
- pp. 94 y 95: Semifinal del *play-off* de la League One inglesa de 2017 entre el Millwall y el Scunthorpe United en The Den. *Mike Hewitt/Getty Images*.
- p. 98: Un seguidor del Swansea City espía desde fuera del estadio antes del partido de la Premier League frente al AFC Bournemouth de diciembre de 2016. *Jordan Mansfield/Getty Images*.
- p. 102: David Beckham consuela a su compañero del Real Madrid Zinedine Zidane después de que éste fuera expulsado durante un partido de la Liga ante el Villarreal en el Bernabéu, en abril de 2005. El Real Madrid ganó por 2 a 1. *Denis Doyle/Getty Images*.
- p. 107: Zidane, como entrenador del Real Madrid en el partido de la Liga ante el Valencia de abril de 2017. *Fotopress/Getty Images*.
- pp. 112 y 113: El jugador del Liverpool Kenny Dalglish mantiene una conversación con su entrenador, Bob Paisley, en marzo de 1979. *Bob Thomas/Getty Images*.
- p. 118: Tras la caída. Steven Gerrard reflexiona sobre la enormidad del gol del Chelsea que acababa con las esperanzas del Liverpool de ganar la Premier League. Anfield, 17 de abril de 2014. *Clive Brunskill/Getty Images*.
- pp. 124 y 125: El entrenador del Dortmund, Jürgen Klopp, observa a unos músicos bávaros antes del partido de la Copa alemana con el TSV 1860 que se jugó en Múnich en septiembre de 2013. *Christof Stache/AFP/Getty Images*.
- pp. 130 y 131: El Clock End («Fondo del Reloj») de Highbury, estadio del Arsenal, en diciembre de 1951. *George Douglas/Picture Post/Getty Images*.
- pp. 134 y 135: Final de la Copa inglesa, mayo de 1972: Leeds United 1 – Arsenal 0. Norman Hunter salta en el aire para celebrar el gol de la victoria marcado por Allan Clarke. *Bob Thomas/Getty Images*.

pp. 140 y 141: Jugadores e hinchas del Liverpool se abalanzan sobre Dejan Lovren después de que éste marcara el cuarto gol *red*, que sellaba su remontada ante el Borussia Dortmund en los cuartos de final de la Europa League de abril de 2016. *Clive Brunskill/Getty Images*.

pp. 144 y 145: El presidente ruso Vladímir Putin habla ante la mirada del oligarca Roman Abramóvich, propietario del Chelsea, durante un encuentro con empresarios celebrado en Sochi, Rusia, en 2016. Putin dijo que el último informe sobre dopaje entre los atletas rusos carecía de sustancia. *Mikhail Svetlov/Getty Images*.

pp. 150 y 151: Los marfileños festejan mientras el presidente Alassane Ouattara y el centrocampista Yaya Touré sostienen el trofeo de la Copa Africana de Naciones durante el desfile de bienvenida que tuvo lugar en Abiyán en febrero de 2015. Costa de Marfil había vencido en la final a Ghana por 9 a 8 en el lanzamiento de penaltis. *Sia Kambou/AFP/Getty Images*.

pp. 166 y 167: Un niño indio cabecea una pelota de fútbol delante de una pintura del futbolista argentino Lionel Messi en una carretera de Calcuta durante el Mundial de 2014. *AFP*

## AGRADECIMIENTOS

16 de enero de 1998. Colchester, Essex, en el viejo campo de Layer Road. Era una tarde excepcionalmente fría. Allí llevé a mi hijo a ver su primer partido en vivo. Tenía cinco años. El Colchester United se enfrentaba al Torquay United. Asistieron 2776 espectadores, lo cual no estaba mal para los parámetros de Layer Road. 1 a 0 para el Colchester. Tony Lock marcó el gol de la victoria. Fue un partido terrible. Nos tocaron unos asientos espantosos. Pero jamás deberíamos subestimar la importancia del fútbol de mierda, de esos partidos malos entre equipos mediocres. Es ahí donde se puede ver la forma más pura de la cultura futbolística: los socios del Colchester estudiando el programa con intensidad antes de que comenzara el partido, envueltos en sus bufandas, en sus gorras, en sus abrigos repletos de insignias, saludando a otros seguidores, esperando pacientemente y luego mirando atentamente, por lo general tranquilos, hasta que uno de sus jugadores cometiera un error predecible.

Ya de vuelta en el Corsa Vauxhall, tras el partido, mi hijo y yo entramos en calor escuchando la radio, sin salir aún del aparcamiento. Le pregunté si había disfrutado de la experiencia. «Sí, me ha gustado». Le dije: «¿Quieres repetir?». Y lo hicimos. Con el tiempo, pasamos del Colchester United al Ipswich Town, que se convirtió en nuestro segundo equipo. El Liverpool será siempre el primero. Me gustaría dedicarle este libro a mi hijo, Edward, mi leal compañero en todos los asuntos relacionados con el fútbol, y a la memoria de mi padre, Bill, que murió demasiado joven, antes de que mi hijo pudiera conocerlo, pero que me enseñó a jugar. De él aprendí a pensar en el fútbol.

Este libro no habría visto la luz sin Mark Ellingham, quien –pese a ser hincha del Manchester United– es un tipo de lo más agradable. Su labor de edición me ha sido notablemente útil y también me gustaría darle las gracias por haber encontrado las imágenes que acompañan al texto. A través de Mark tuve la suerte de contar con la opinión de David Goldblatt y Paul Simpson, cuyas inteligentes observaciones sobre una versión anterior de la obra se revelaron inestimables, lo mismo que los vitales comentarios de Natania



Jansz. Miles Ellingham realizó un gran trabajo buscando imágenes, y encontró numerosas fotos fascinantes. También me gustaría agradecer a las siguientes personas su ayuda con este proyecto: Ridvan Askin, Lucas Ballestin, Philip Schauss, David Buckley, Hugh Eakin, Colin Robinson, Nemonie Craven, Rosie Welsh, Jacques Testard, Hal Foster, Sandy Tait, Sina Najafi e Ida Lødemel Tvedt.







1. *Fútbol contra el enemigo*, de Simon Kuper, sigue siendo el recuento definitivo, desde una perspectiva global, del fútbol, la política y la guerra. Pero puede verse también *El mundo en un balón*, de Franklin Foer.
2. Sartre, Jean-Paul. «La Organización», *Crítica de la razón dialéctica*, vol. 2. Losada, Buenos Aires, 2004.
3. Marx, Karl. *El capital*, vol. 1.
4. Ronay, Barney. «Anyone want to play on the left?». 25 de abril de 2007, [www.theguardian.com](http://www.theguardian.com).
5. Profesor Juan Pablo Pochettino. «Marcelo Bielsa hablando de filosofía, estilos de juego y táctica». 20 de enero de 2010, YouTube.
6. Como suculenta, variada e interesante colección de ensayos sobre este tema, véase Richards (ed), Ted. *Soccer and Philosophy*. Open Court, Chicago & La Salle, 2010. Sobre todo, los capítulos 30 y 31.
7. Toussaint, Jean-Philippe. *Football*. Fitzcarraldo, Londres, 2016.
8. Kuper, Simon. «*Football* promete ser un libro que no gustará a nadie, y lo cumple». 7 de mayo de 2016, [www.newstatement.com](http://www.newstatement.com); Cole, Ashley. *My Defence*. Headline, Londres, 2006.
9. *The Blizzard* ([www.blizzard.co.uk](http://www.blizzard.co.uk)).
10. Handke, Peter. *El miedo del portero al penalti*. Alfaguara, Madrid, 2010. Traducción de Pilar Fernández-Galiano.
11. Connor, Steven. *A Philosophy of Sport*. Reaktion, Londres, 2011.
12. Merleau-Ponty, Maurice. *The Structure of Behavior*. Duquesne University Press, Pittsburgh, 1965.
13. Para saber más acerca de los rituales previos al partido y muchas otras cosas, véase el excelente, extremadamente detallado y muy divertido libro de Paul Simpson y Uli Hesse *Who Invented the Stepover?* Profile, Londres, 2013.
14. Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 2014-2017. Véase, sobre todo, «El juego como hilo conductor de la explicación ontológica».
15. Serres, Michel. *The Parasite*. University of Minnesota Press, Minneapolis, 2007. Véase también Latour, Bruno. *Nunca hemos sido modernos*. Debate, Madrid, 1993.

16. Smith, Rory. «How Video Games Are Changing the Way Soccer is Played», *New York Times*, 13 de octubre de 2016, [www.nytimes.com](http://www.nytimes.com).
17. Burnett, Graham. «On the Ball», *Cabinet*, n.º 56, pp. 64-72.
18. Nagel, Thomas. «What Is It Like to Be a Bat?», *The Philosophical Review*. n.º 83 (4): pp. 435-50.
19. Michael O'Hara y Connell Vaughn realizaron una excelente presentación titulada «Caveman Stuff: Ireland's Soccer Struggle with Identity, Style and Success» en la Universidad de Basilea el 1 de julio de 2016.
20. Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*.
21. Schauss, Philip. «On Stupidity in Football». Charla en la universidad de Basilea, 2 de julio de 2016.
22. Hay varios vídeos en YouTube con las mejores jugadas de la victoria del Leeds United por 7 a 0 frente al Southampton.
23. Lefkowitz, Mary. *Euripides and the Gods*. Oxford University Press, Nueva York y Oxford, 2016.
24. Zidane. *Un retrato del siglo XXI*, 2006. Suevia Films, DVD, 2007.
25. Stubbs, David. *Send Them Victorious: England's Path to Glory 2006-10*. Zero Books, Winchester, 2010, p. 139.
26. Carson, Anne. *Antigonick*. New Directions, Nueva York, 2012.
27. «En la resolución, el presente no sólo es traído de vuelta desde la dispersión en que se encuentra en medio de aquello que es objeto de inmediata ocupación, sino que es retenido en el futuro y en el haber-sido. Al presente retenido en la temporeidad propia, y que por ende es un presente propio, lo llamamos el instante. Este término debe entenderse en sentido activo, como éxtasis. Significa la salida fuera de sí, resuelta, pero retenida en la resolución, por la que el *Dasein* sale de sí a lo que en la situación comparece en forma de posibilidades y circunstancias de las que es posible ocuparse. El fenómeno del instante principalmente no puede ser aclarado por el ahora. El ahora es un fenómeno tempóreo que pertenece al tiempo en cuanto intratemporeidad: el ahora “en el que” algo llega a ser, deja de ser o simplemente está-ahí. “En el instante” no puede ocurrir nada, sino que, en cuanto presente propio él, deja comparecer primero lo que puede estar “en un tiempo” como ente a la mano o que está-ahí». Martin Heidegger, *Ser y tiempo* (Trotta, Madrid, 2009), traducción de Jorge Eduardo Rivera C.
28. Hay varios vídeos en YouTube con las mejores jugadas de la remontada del Liverpool

ante el Dortmund.

29. «Marcelo Bielsa: Fútbol, capitalismo y valores», 20 de octubre de 2013. Colgado en YouTube.
30. Stubbs, David. *Send Them Victorious: England's Path to Glory 2006-10*. Zero Books, 2010.
31. Elias, Norbert. *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica de España, Madrid, 1991.
32. Véanse las doscientas y pico páginas de las *Reglas del juego*, que conforman una lectura inesperadamente absorbente y resabida.

\* Traducción de Carlos M. Soldevila, 1904. [N. del T.]



\* Se refiere a The Living Theatre, literalmente «El Teatro Viviente». [N. del T.]

\* Según sus siglas originales: Irish Football Association y The Football Association of Ireland. [N. del T.]

\* «Paddy» es el diminutivo de Patrick, nombre del santo patrón de Irlanda y, por ello, muy común en la isla. [N. del T.]

\* De hecho, el *Rausch* alemán equivale a «éxtasis» y «embriaguez», mientras que el *rush* anglosajón suele traducirse entre los hispanohablantes como «apuro», «ajetreo», «torrente» o «fiebre» como mucho. [N. del T.]

\* «Giggs, Giggs os hará trizas otra vez». [N. del T.]

\* Algo así como «índice de empaquetamiento». [N. del T.]

\* Un árbitro. Mantenemos el término en inglés para que la relación de familiaridad respecto a *nonper* sea más evidente. Nuestro «árbitro», por cierto, procede del latín «arbiter», unión de «ad» (hacia) y «baetere» (ir), pues se acude al árbitro para que solucione una disputa. [N. del T.]

\* *The Special One* en el original, por el mote que Mourinho se autoadjudicó. [N. del T.]



\* Se refiere el autor, evidente e irónicamente, a «You'll Never Walk Alone», tema del musical *Carousel* que, en la versión de Gerry & The Pacemakers, fue adoptada por el Liverpool a principios de los años sesenta como himno. [N. del T.]

- \* Por el título del libro en el que Michael Lewis contó la historia de Billy Beane, gerente general del equipo de béisbol de los Oakland Athletics, famoso por decidir sus fichajes en base a las proyecciones estadísticas que le ofrecía el economista Peter Brand. [N. del T.]

\* En el original, el autor le quita a «Shirt» la «r» y se queda con «Shit»; se pasa, pues, de «Camiseta» a «Mierda». [N. del T.]

\* De nuevo, referencia a Mourinho, The Special One. [N. del T.]

\* El *Laddism*, en el original, fue una subcultura aparecida a principios de los años noventa en la que sujetos de clase media adoptaron y popularizaron las maneras de las clases trabajadoras; entre ellas, un rechazo a lo intelectual y una apuesta por la bebida, la violencia y el sexismo. [N. del T.]